

El sabor de la madera

José Luis González Vera

ÍNDICE

1. Horizontes de grandeza	p.	5
2. Ante la nebulosa	p.	29
3. Víctimas propicias	p.	43
4. Acrobacias de salón	p.	63
5. Ensalada de cerebro	p.	97
6. Las malas compañías	p.	132

1

Horizontes de grandeza

Había memorizado un par de buenos chistes para aquella ocasión. Los olvidé en la puerta del quirófano; allí pierde uno ese valor etéreo, impulso de acciones peregrinas. Yo nunca me percaté del gran peligro alojado en los pliegues de mi pene hasta que un programa televisivo me convenció de que bastantes enfermedades asesinan auspiciadas por el silencio donde se incuban. En torno a esta alarma podría marcar un punto de comienzo, algo impreciso en los días pero no en la época, para este deambular ya cansino. Nunca padecí hipocondría, aunque un picor me recorra todo el cuerpo cuando alguien menciona pulgas o chinches. Acudí al urólogo.

-Doctor, no sé... cómo empezar.

-¿Qué le sucede exactamente?

-No... no... no me sucede nada.

-¿Una venérea? ¿Ha pillado una venérea? Vamos, no se preocupe. Eso es algo muy normal. Yo mismo...

-No... no. Doctor, estoy casado.

-Bueno... tampoco eso significa nada.

-Yo, no... Es que vi un programa en la televisión sobre la conveniencia de que el glande deje al descubierto el prepucio y a mí no...

-Ya, entiendo. Levántese y muéstreme el miembro.

Me imaginé morcilla tras el escaparate; el doctor allí sentado desatendía mi leve pudor mientras me desnudaba.

-Vale, vístase. Fimosis leve. Operaremos.

-¿Me dolerá?

-No diga tonterías. Es sólo un cortecito. Nada. Pida cita a mi enfermera.

¿Cómo se resiste nadie cuando otro dictamina con esa seguridad en sí mismo? Yo preparé un par de buenos chistes; me gusta distender esos momentos desagradables. Los doctores, sin embargo, no concedían importancia a la intervención ni a mi angustia de indefenso desnudo ante tres enmascarados en blanco que, según su antojo, podían reírse de mí, hacerme llorar o castrarme. Optaron por un pinchazo de bienvenida junto al escroto mientras comentaban algo sobre el automóvil adquirido por un tal Martínez impropio para su edad; cortaron y cosieron cuando ya criticaban a la reciente novia rubia con la que el tal colega Martínez, el mismo día en que compró el deportivo, sustituyó a su esposa ya demasiado mayor. Ambos cirujanos rieron mientras los últimos vendajes; mi congoja impedía que imaginara los actuales lúbricos diecinueve años de la futura señora Martínez.

-Hala. Esto ya está. Se desinfecta y cambia la gasa cada veinticuatro horas.

Tras el efecto de la anestesia, los dolores provocaron una semana de baja laboral. No dormía. Según llegaba la erección nocturna, me lanzaba hacia el lavabo donde el chorro de agua enfriaba mis muñecas; la sutura se tensaba igual que se abrirían los cordones de un zapato acartonado. Cuando la primera desinfección, necesitaba que se desprendiesen unas vendas adheridas a los puntos; sentado a horcajadas sobre el bidé, las desprendí con tanto ímpetu, por miedo, que el golpe de mi frente rajó un azulejo de la pared. El pene estaba seccionado en toda su largura, no lo reconocía con tanta deformidad. Lloré. Concha, mi esposa, me regañó por este carácter mío tan aventurero del que vaticinaba origen de mi ruina en el porvenir. Mi hija de, entonces, tres años dijo “pobrecito papá y su “tete” que está malito”. Sentí algún consuelo. Al día siguiente, la niña describió a todo el mundo, en su fonética particular, las dolencias y heridas de su padre; a las abuelas por teléfono; al cartero que trajo un certificado; a sus cuidadoras de

la guardería bastante risueñas; a varios vecinos; a las amigas de Concha y a los conocidos que pasaron por allí. Con todos expié mi atrevimiento y de cada uno sufrí ironías. Roto, dolorido y humillado.

Una semana después, los puntos casi disueltos permitían las erecciones sin molestias; por fin cesó aquel suplicio de insomnio. Me contemplé desnudo ante el espejo; mi pene había crecido algo y engrosado bastante; alzaba feliz su aspecto de artilugio pornográfico. Un nuevo hombre con una herramienta nueva entre las manos. Intenté introducirla por el agujero del rollo de papel higiénico. No cabía. Magnífica la plenitud que otorga esta seguridad en sí. Había elegido la opción adecuada. Cualquier vida se encara de otro modo con estas dimensiones. Ya digo; alrededor de este triunfo privado ubicaría el arranque de mi camino.

Aquel mes primero de mi excitante figura, Concha y yo copulábamos frenéticos. Tras varios años de matrimonio, la pasión decae, y un inesperado regocijo en el tálamo siempre vivifica; sobre todo, porque, desde hacía un tiempo yo canturreaba una insistente alabanza de la soledad sobre la mala compañía. No concibo tristeza, ni frío semejantes a los que propaga una persona en el lecho de la indiferencia. Me contemplaba intercambiable por cualquier otro; debíamos sepultar nuestra relación mortecina. Con aquel rabo artificioso entre las piernas emprendería mis pasos independientes con la mirada muy alta. El horizonte se manifestaba con todos los colores y adjetivos melosos de una novela rosa.

Considero que disfruté una niñez normal; tal vez, con una adolescencia algo agria a causa de la disciplina impuesta por mis padres; en mi casa, la ética que situaba el esfuerzo en la hélice de toda acción se respetaba como dogma; aunque todo dentro de un cauce adecuado. Eso sí, con las chicas tímido y torpe en mis aproximaciones.

Cierta vez, apareció por Málaga una gallega, cocinera particular que acompañaba a los patronos durante sus vacaciones en el sur, a la que Jorge -el listillo y chulesco Jorge- conoció en una tasca de moda. La trajo a la pandilla como prueba de que él sí se acostaba ya con mujeres, no como nosotros que sólo las habíamos visto desnudas en fotos. Aciago y cierto.

Mi idea sobre una vagina se limitaba a algún dibujo difuminado que aparecía en el capítulo *Anatomía Humana*, del manual de Ciencias Naturales. Aquel presunto mapa del tesoro con escasa utilidad, ni explicaba su uso, ni las artimañas que condujeran hasta la isla soñada. Tampoco hallé respuestas en algunas revistas porno, francesas en su mayoría, que Javier Lara nos prestaba en el instituto por un precio módico. Además de ilustrarnos con información gráfica, muchas veces recordada en la intimidad del retrete, ofrecían una imagen deformada de lo erótico. Uno acababa creyendo que toda mujer anhela que le arranquen las bragas con violencia, o que las sometan a posturas imposibles, su boca entreabierta revelaría la dosis de placer.

Extraje una mayor cantidad de datos sovoz por las esquinas. El adolescente, con su conciencia de grupo, considera que el conocimiento compartido, junto con una crema contra las espinillas con análisis clínico, arman una eficaz defensa frente al mundo. En sus charlas sólo aborda la vagina como tema monográfico; entonces, corren de boca a oreja las más peregrinas teorías; por ejemplo que la primera vez que una chica se acueste con su novio no queda embarazada.

En fin, desconocía tanto al sexo como a las mujeres y, según el cauce de mis acontecimientos personales, aún desprendo una ignorancia absoluta sobre su naturaleza. Animales gemelos evolucionados hacia especies distintas. Si para un adulto el género femenino enuncia un enigma, para un adolescente sus relaciones con las chicas quedan articuladas por un componente de milagro y otro de masoquismo.

Jorge apareció con la gallega porque pretendía convertirse en nuestro líder; el único de nosotros que había culminado en la cama con alguien. Jorge tenía diecisiete años; yo, quince; la gallega, veintidós. Ahora entiendo que la chica venía con muchas batallas dirimidas entre sábanas; le resultaríamos un entretenimiento. Jorge la besaba con frecuencia; se creía el grillete en el tobillo de ella, el amo en esa situación que, de algún modo, también lo convertía en jefe del grupo. A partir de la aparición de la gallega, marchábamos hacia donde él señalara, o bebíamos cerveza cuando lo estimase oportuno.

Pero el aburrimiento empuja al infortunio. Jorge visitó a su familia en Ceuta o algo así; un sábado no se encontraba en Málaga y yo había ido a pasear al centro. Me encontré a la gallega en el parque junto al puerto y decidimos que beberíamos algo por ahí, espoleados por la sed que nos insuflaron un par de cigarrillos de marihuana fumados en los jardines de la Catedral. Charlamos y reímos. Un adolescente se ríe de todo, como en automático. Con las leves convulsiones de las risas, notaba yo que se acercaba bastante; no calculé el motivo; otras veces se recostó contra la pared y subía con descuido su falda hasta un punto que me permitía intuir el inicio de sus bragas. Con seguridad me notó ruborizado. Un tonto no más listo ahora. Pero he aprendido que una chica nunca enseña su ropa interior por casualidad; esos tirantes caídos en las barras de los bares, que actúan como magnetitas para el varón, jamás se vencen porque su dueña no se percate de ello; tampoco juegan inocentes con sus zapatos porque les guste airear el pie; calculan la carga erótica que esconde cada parte de su cuerpo y la arrojan con total precisión al paso de nuestros torpes periscopios. Dos especies diferentes. De pronto, la gallega acercó sus labios a los míos y apretujándome la cara con ambas manos me besó. No abrí la boca, creí que me resbalaba cuando un calor subía por mi

rostro a la vez que una erección inmediata alzaba las costuras de mi cremallera. Mi primer beso. Ni rocé su lengua.

-Los señores no están en la casa hoy ¿vienes?

-Es que mi madre me regaña si llego tarde y me tengo que ir ya. -Dije con una sonrisa bobalicona, a la vez que me levantaba y casi salía corriendo; no le concedí otra oportunidad.

El camino a casa se me hizo breve, caminaba con paso muy ligero, azorado, pensando en lo que me había sucedido, absorto en la sensación cálida que permanecía en mis labios. Lamentaba mi timidez. Cosas de la edad. Recuerdo sus ojos mientras mi fuga. No volví a verla; tampoco sufría remordimientos cuando me encontraba con Jorge; nunca le pregunté por su amiga. Ella lo capturó. Él, errado, exhibía a su cazadora como si fuese la pieza.

La adolescencia jalona un período lleno de ridículos y situaciones absurdas; quizás, años más tarde, se reproduzcan, pero uno sale mejor parado de ellas, o cree que escapa más airoso; o las olvida pronto. Cada noche, llegaba desde el laberinto de la memoria el perfume de la gallega, la sensación de sus labios contra los míos; acostado, cerraba los ojos y me besaba con suavidad los dedos; un mal sucedáneo que disparaba mi imaginación siempre resuelta en el onanismo más gozoso.

El Ayuntamiento de Málaga organizó aquel verano una serie de festivales en el auditorio del Parque Central; comenzaban a hora prudente y en casa me permitían que asistiera. El curso anterior, mi amigo Antonio Mérida se había trasladado a un instituto mixto harto del masculino *Nuestra Señora de la Victoria*.

-Sin tías. ¿Tú resistes esto? Yo lo dejo, me voy al *Pablo Picasso*.

-Mis padres no querrán que me traslade –le dije- y, menos, si sospechan por qué lo hago.

Coincidimos en aquel concierto. Apenas nos habíamos visto durante el curso escolar. Cuando llegué, Antonio brillaba rodeado de niñas preciosas. Bueno, alguna no, pero daba igual. Junto a él, Luisa, melena larga de pelo rojo rizado, nariz respingona y vestido ibicenco blanco. Cuando nos presentaron, me pareció que sonreía más de lo normal. Todos nos acercamos al escenario como animadores de un conjunto malagueño que sonaba con melodías modernas, *Generación Mishima*. Poco a poco, Luisa y yo nos aislamos del resto. Examinábamos la música que nos gustaba, los discos y cintas de casete que componían en común nuestras dos colecciones juntas. Continuamos con anécdotas estudiantiles; no sé de dónde surgían tantos temas de conversación, pero no callábamos.

El olor a feromona femenina, más que el hambre, agudiza el ingenio; si tienes un día así, bien; si no, fin del intento. Lo comprobé tras mi divorcio; unos amigos organizaron un almuerzo para que conociera y atacara a una modelo de lencería erótica. Consecuencias de la selección natural, permanecí en silencio durante toda la cita; dinamité mi oportunidad con aquella mujer estupenda compendio de mis pequeñas perversiones de alcoba.

Luisa llegó en el instante adecuado. La memoria edifica una vida que no sabemos si existió. Prefiero recordarla así. Junto a ella brotaron la fluidez de discurso y la alegría, a pesar de mi timidez. Antonio y sus compañeras nos saludaban con la mano desde lejos; les sonreíamos mientras contoneábamos el ritmo de la música. Ni nos sugerimos el aproximarnos a los amigos. La luz vespertina del verano mediterráneo dilataba el gozo del futuro.

La acompañé a casa. El resto de la comitiva se retrasó porque Laila se había enamorado de un guitarrista y necesitaba su autógrafo y darle un beso, y no sé qué más. Ambos regresamos al barrio. Ella se acercaba mucho cuando hablaba. Qué traidor el

cerebro en busca de la analogía. Pronto, dejé de oírla; sí, la escuchaba pero no atendía a lo que me estaba contando; yo no sabía qué hacer, si lanzarme o quedarme quieto ¿Un nuevo ridículo? Así anduve un buen trecho, asintiendo y sonriendo. Me decidí. Paré. Ella me miraba y yo acerqué mi boca con los ojos cerrados; me dio dos bofetadas, a la vez que chillaba insultos y que ni intentara volver a verla. Las piernas me flaqueaban; no recuerdo tanto sudor, ni que el pulso se me haya acelerado nunca de ese modo. Los paseantes me miraban. Corrí. Al lunes siguiente, supe, coincidencias de la vida, por Guarinos, amigo común, que su novio me iba a matar; por supuesto, mi descripción en su casa coincidía con la de cualquier lascivo descerebrado. Mi amigo Antonio carcajeaba cuando hablamos por teléfono. La amenaza se olvidó, pero apenas me moví de mi barrio durante el resto del verano. Hace algunos años, coincidimos; divorciada con dos hijos, administrativa en una compañía aérea. El tiempo la había respetado; en aquel momento pensé que yo podría haberla hecho feliz. Una idiotez romántica que rugió desde las catacumbas de los diecisiete años. Mientras le firmaba el pago de un pasaje de avión para mi jefe, consideré que, en realidad, se comportó como una histérica y que yo sepa, tampoco he avivado la alegría en nadie.

Mi matrimonio se hundía sin flotadores posibles; aunque encarara este final con cierta ilusión por una nueva etapa en mi vida, tuve que acudir a una médico. Por momentos me encontraba agresivo a la vez que inmerso en una contradictoria falta de fuerzas; también aparecieron las indecisiones ataviadas con sus halos de miedo. Cuando Concha, mi mujer, pasaba junto al sillón donde me debatía entre la esperanza y los temores, hubiera besado su mano y lamido como un gato su cuerpo desnudo sobre la alfombra para que así se apaciguasen aquellas oleadas de incertidumbre bajo el sello de una compleja reconciliación. Ella me habría reprochado mi inquebrantable fe en esos métodos sexualistas. Las indecisiones me empujaron hacia la consulta de una doctora

que al azar elegí en la guía telefónica. Le anticipé el don de una mayor sensibilidad ante la confesión de mi estado. Un varón desconfía de otro para algunas cuestiones. Cavamos la trampa donde nos lamentamos presos. Un hombre no puede confesar a otro que se siente inseguro, que el pánico lo doblega como si encarnase una colegiala de quince años; esas actitudes son alojadas en nuestro peculiar cajón de lo femenino del que el macho apenas puede extraer alguna característica que lo adorne; algo para el arte, una muestra de trastornos ante una película, o en los entierros; pero en pocas situaciones más; ya se sabe, él no llora ni mucho menos se abraza a otro semejante por mero cariño igual que hacen las chicas; ni sale del cuarto con el último traje comprado para que los amigos opinen si le sienta bien. El sujeto no realiza ninguna de estas acciones aunque lo desee sin que alerte extrañas suspicacias entre sus allegados, claro. El grave tributo que pagamos al masculino.

Ante aquella preciosa médico se me escaparon las lágrimas en breves minutos de conversación.

-Pobrecito. –Dijo, mientras cogía mi mano.

-Disculpe, doctora; es que no lo he podido evitar –Me gustaba mucho.

-Tranquilo. Te voy a recetar unas cápsulas.

-Doctora, bebo alcohol. –Sonrió.

-Yo también, no te preocupes, y las tomo desde que mi marido se fue con otro hombre.

Apretó mi mano con cierto cariño. Ni usé las cápsulas, ni regresé; eso sí, durante el camino imaginaba mil historias felices junto a ella. Me veía con un ramo de flores en su consulta y la invitaba a una cena; o le pedía que marcháramos de viaje. Por supuesto, ella aceptaba mis requerimientos; siempre he trazado finales dulces a mis fantasías.

Busqué otros consuelos. Las relaciones con Concha se habían vuelto tensas; educadas pero difíciles. Dormíamos en habitaciones contiguas, y establecimos horarios

y turnos para el cuidado de nuestra hija, el mantenimiento de la limpieza, o para las huidas cuando los fines de semana. Un divorcio virtual mientras que vendiéramos la casa. No obstante, el porvenir ondeaba algunas inquietudes. Según mi juicio, carecía de las destrezas necesarias para la siembra de nuevas relaciones afectivas.

Conocí a Concha en la Facultad de Letras de la Universidad de Málaga. Yo estudiaba filología y ella, historia. No compartíamos aficiones ni ideas en común pero aún recuerdo una agradable charla primera en una de las muchas fiestas estudiantiles. En realidad, me gustaba su amiga Lola, gafas negras, coleta alta y falda ceñida, pero ella prefería de modo claro a mi amigo José Antonio Mesa, que siempre disfrutó de un gran éxito entre las compañeras porque lo comparaban con un actor de moda; evité la competencia contra esa ventaja y me conformé

Mi temprana relación con Concha –teníamos ambos dieciocho años- me inutilizó para el abordaje seguro de las chicas. Yo consideraba que me comportaría igual que el perro doméstico acostumbrado a su mejor almuerzo de lata servido en cuenco de cristal; una vez perdido en el bosque, quizás sobreviviera sustentado por carroña y basura hasta que aprendiese a capturar algo más sabroso entre esos previsibles períodos de hambre larga al acecho, una de las insistentes angustias del recién separado que lo aboca incauto hacia las peores trampas; ante el miedo a la soledad, se abraza a cualquier persona sin que medie ningún criterio de elección; en este baile de sillas muchos danzaron con alguna peor que aquella olvidada en la puerta. Tuve suerte.

Comencé a relacionarme y salir por las noches con algunos compañeros del banco. Una persona solitaria en edad madura significa o superviviente a las miserias y tentaciones elementales del camino común junto a alguien, o quien no vislumbra más alternativa. Un sondeo en el caso de mis nuevos amigos revelaba un empate entre los dos que no querían convivir con nadie y los dos que no encontraban con quien. Íbamos

al *Cantor de Jazz*, bar con ánimo de tertulia donde serpenteaban melodías de ritmo lento invocadoras de la calma y el debate chistoso acerca de mujeres inaccesibles, de la condición femenina y, sobre todo, de esos temas sexuales tan recurrentes entre señores de cualquier edad. Como si el orden de nuestro universo anímico exigiera un repaso permanente de las consignas donde se ancla.

Algunas veces, el aburrimiento al que me inducían aquellas sesiones forcejeaba con mi buen ánimo. Entonces, acompañada por una pareja, hombre y mujer, entró Coke, corpiño de leopardo ceñido y pezones algo erectos por el frescor nocturno. En aquel local de luces abúlicas y clientela modosa, provocaba un inmediato efecto estimulante. La miré con la mayor discreción posible; no descifraba la combinación de papeles que cada cual ejercía en aquel trío; tal vez la acompañara su hermano con la cuñada, quizás sus amigos compañeros de exhibiciones eróticas, vete a ver. En aquel momento, aunque me hubiera encantado hablar con ella, decidí que no tentaría la mala suerte con actitudes ofensivas; luego la recordaría en el vacío de mi cama. Mientras mis contertulios pontificaban sobre no sé qué de lo que gusta a las mujeres cuando las invitas a un cóctel, yo me fijé en un vendedor de rosas que descansaba en un taburete de la barra junto a la puerta; exhalaba el perfume de quien conoce bien su oficio además de los códigos que rigen los gestos de la noche. Me acerqué hacia él con la excusa de que me dirigía al servicio en ese momento, ocupado.

-Oye, mira con disimulo hacia aquella mesa. No sé con quién va la chica del jersey de leopardo. Entérate y le das una rosa. Pero no digas que se la mando yo. –Le pasé un billete.

-No se preocupe el señor. –Contestó con voz quebrada.

Me senté. Demostraba su aprendizaje callejero incluso en la cadencia de su paso. Se deslizó por aquella situación comprometida con la diplomacia de quien se sabe

vencido. La mejor escuela; no existen las recuperaciones y, rara vez concede el destino una segunda oportunidad. De reojo, vi cómo entregaba la flor aderezada con un amplio despliegue de sonrisas y donaires; durante un buen rato en que abundaron los requiebros y el doble sentido, ella intentó sonsacarle, sin éxito, la identidad del remitente. El vendedor regresó a la barra, y ante un vaso aguardaba, tranquilo, una segunda recompensa de la que no habíamos pactado pero él sabía segura. A los pocos minutos, me acerqué con la excusa de rellenar mi copa en el mostrador; invité al florista, quien antes de beber dijo sin mirarme:

-Ataque el caballero, que no hay problema.

-Muchas gracias.

-Volveremos a vernos y ya tendrá que comprarme usted muchas rosas.

Mis amigos, enfrascados en discusiones, no se dieron cuenta de nada. Coke, junto con sus acompañantes, intentaba desvelar a su admirador secreto; acercaba la rosa a sus labios risueños mientras recorría el salón con sus ojos.

La vida social de mis compañeros se desplegaba con abulia. Cualquiera mujer exige la sorpresa en el sujeto que la aborda, no el miedo. Sabe el deseo; que el atacante marcharía a la cama con ella en ese momento sin apenas palabras; sonaría casi redundante cualquier insistencia en ese sentido. La única solución que vitorea el triunfo en su conquista consiste en causarle extrañeza. Ellas eligen a los hombres igual que un vestido; adoran la originalidad, el que ya poseen u olvidaron en el armario no les despierta interés. La distinción traza el único camino que adorna a alguien entre el uniforme invisible común a todos; excepto si el posible amante recuerda a la pretendida un traje antiguo del que guarde buen recuerdo, claro. Seguro que yo no me parecería a ningún pretérito y pasional amorío de Coke, demasiada fortuna. La breve charla con el vendedor de rosas sumió mi pensamiento en el eco de su confidencia. Con celeridad,

urdí una maniobra de aproximación cuando vi que Pepe, el músico, entraba en el local. Tras un saludo amigable y dilatado al camarero, se dirigió hacia el piano dispuesto al fondo. Apenas nos conocíamos; en alguna ocasión le solicité que interpretase alguna pieza, no se sorprendería cuando me acercara a él.

Comenzó un concierto de buen aficionado pulcro en la ejecución. Me coloqué de pie a su espalda, copa en mano, como si leyera la partitura mientras palmeteaba en mi muslo al ritmo de los acordes de jazz. Coke se sentó junto al pianista; le sonreí y me devolvió una mueca amable; con las piernas cruzadas, batía aquellas tetas agresivas al compás; camuflaba mi excitación con la vista alzada al techo, cerrados los ojos, igual que si la melodía me calara hondo. Durante el descanso rogué a Pepe que interpretase algún tema de Wim Mertens; Coke dijo que a ella también le gustaba; yo tenía todos sus discos.

-¿Tú me has mandado la rosa, verdad?

-Pido perdón si he ofendido. No me acerqué por si molestaba al chico que está sentado junto a ti; tal vez sea tu novio y no le haya hecho gracia. Me has gustado mucho, pero te regalo la rosa con respeto y, repito, si te he ofendido, pido perdón. –Me alentó mi discurso: consideración, valentía, lucidez; una novedosa imagen de mí mismo. El olor a feromona femenina, que agudiza el ingenio más que el hambre.

-No, -rió- no es mi novio, es el de mi amiga. Ven, siéntate con nosotros. Si quieres, claro.

Una primera victoria en la que yo preveía larga guerra personal. Mis amigos me miraban sorprendidos y cuchicheaban entre ellos. Tras unos minutos, cuando estaba ya integrado con desparpajo en la conversación de aquel trío, se aproximaron para indicarme que marchaban. Mejor.

Charlamos y bebimos hasta el cierre; los camareros colocaron las sillas patas arriba sobre las mesas, y a mí en una situación complicada; un separado de hecho que aún compartía la casa marital, ella la de sus padres; me incomodaba darle mi número de teléfono y no me atrevía a pedirle el suyo. Esbocé un montón de explicaciones que, supongo, echaron abajo mi personaje y la opereta mantenida en un nivel efectivo de ataque durante toda la noche. Convinimos en que nos encontraríamos allí otro día, sin más indicaciones. Me fui con pocas esperanzas de volver a verla. Por lo menos, me había comportado como buen aprendiz intuitivo en el campo de la conquista callejera; muchas circunstancias se aliaron esa noche para que se desarrollase una función plausible. Caminaba en el interior de una cálida esfera a pesar del frío ambiente. La vida me sorprendía.

Un mes más tarde me hallaba yo en el bar de siempre con los mismos compañeros. Ella entró. Mediaba octubre y, como cada año desde hacía quince, el dueño del local había organizado una fiesta por el aniversario de su apertura; música en directo y antiguos clientes que acudían para la celebración de un acto con gran eco en mi ciudad; encuentro con viejas amistades e, incluso, una excusa idónea para el acecho con intenciones lascivas de esas féminas que quedaron lejos de tu biografía por cualquier circunstancia.

Los días equilibran. Aquellas jovencitas, deseo inaccesible, ahora se mostraban dóciles conversadoras profusas. Casi todas sufrían divorcios y relaciones tristes en su currículum; anhelaban la charla divertida e interesante con cualquiera. Mientras más guapa una adolescente, mayores posibilidades desarrolla para que arrastre al peor chulo de la acera; sin duda, en el ruedo de las horas, la vida había enviado eficaces picadores que desconsolasen los lomos de aquellas admiradas. Coke tenía veinticinco años, diez menos que yo. Pasó por aquel sarao sólo un momento, aún encauzaba su ocio por los

raíles del desenfreno y la exploración. Se alegraba de que hubiéramos coincidido y precisamos una cita para la semana siguiente; no le concedería al azar otro golpe de ruleta.

-He venido con mi amiga Caro para que conozca este sitio ¿No nos presentas a tus amigos?

-Por supuesto. -No me agradaba la idea, aunque careciera de otra opción; además ¿qué iba a hacer con Caro? Una chica también guapísima, por otra parte.

Cada uno enunció su nombre acompañándolo de besos; esa inesperada presencia femenina de veinticinco añitos despabiló el gracejo a todo el rebaño varonil. Animados el uno por el otro consiguieron que ambas se convulsionaran de la risa; los chicos saltaban de un chiste a otro, de anécdota hilarante a otra, sin permitirles un respiro, como si buscasen su vencimiento mediante la fatiga; apoyaba mis intenciones aquel despliegue colectivo de ingenio, pero yo buscaba una conversación en privado con Coke.

Odio el baile. La danza horroriza a la mayoría de hombres que conozco. No me refiero a ese leve contoneo según el ritmo, sino a todo ritual reglado por pasos y variaciones. Si uno aprende a bailar, sabe que conquista a gran parte del género femenino. Como tipo humano, existe la figura del ligón danzarín, pero no abunda; a cambio, la naturaleza compensó con ese cierto mal gusto extendido que empuja a las mujeres hacia la pachanga de feria, o las cantilenas de moda, siempre ajenas a los bares donde suene música de calidad, jazz, blues o rock, donde con frecuencia uno sólo halla varones que comentan la magnífica ejecución del tema que se oiga, mientras las chicas acuden en tropel a locales donde truenan canciones oportunistas.

Me trajo muchos problemas mi masculina aversión a toda danza durante el matrimonio. Me repele. Recuerdo un bar de Tenerife, con velas por todo el suelo y

decoración africana, donde Concha quiso que bailáramos una melodía lenta que interpretaba un organista en directo; aquel pequeño escenario vacío se me representaba como la sala de despiece de un matadero, en el que yo, morsa de circo, exhibiría mi ridículo; me negué, y aquella noche penosa turbó el final de las vacaciones.

Como no veía otra solución que despegase a Coke de mis amigos, tan poco solidarios con mi deseo, la invité a que bailásemos. *I'm waiting for the man* quebraba el aire en una versión suave y larga de Lou Reed en concierto; allí, entre las mesas, nos abrazamos y movimos con la precaución de no arrojar el contenido de algún vaso sobre el pantalón de nadie. Funcionó. La originalidad. Ahí estuvo, creo, el matiz que me distinguió entre el rebaño. Se sintió halagada; me arriesgué por segunda vez y me besó el triunfo.

-Mira, mi vida se está rehaciendo, y puedo parecerme un casado que busca huir del tedio marital por un momento.

-Oye, no te he hecho preguntas. Tampoco quiero que me las hagas. Sólo vamos a divertirnos.

-De acuerdo, pero me gustaría verte y que pudiéramos salir solos y charlar.

-Vale, luego te doy el número de mi teléfono móvil.

-Dímelo ahora.

Lo memoricé; aunque trabaje en un banco, siempre he mostrado dificultades para retener una cifra en mente; antes se hubiera borrado del cerebro la fecha de mi cumpleaños que aquella clave de la emoción. Seguimos abrazados pocos minutos más. Caro tenía que irse a casa; ambas marcharon. Aguanté las bromas de mis amigos entre risas y brindis porque la suerte nos había acariciado esa jornada.

-¡Qué cabrón, qué bien te lo has hecho, con lo de sacarla a bailar!

-Sí. Noté que Coke tenía ganas, y para que no se fueran antes... pues me decidí. –No quise conceder ninguna importancia a aquel hecho; me convenía que se olvidasen de mí durante la próxima semana.

-¿Qué le has dicho mientras bailabas?

-Bueno, más bien ha hablado ella, sobre su vida y lo a gusto que está con nosotros y eso; yo creo que está aburrida y le apetece charlar y vernos.

Una bonita noche para todos, coronada por la satisfacción de sentirse aceptado. Que una chica lo pase bien contigo permite que el gozo detenga su camino inquieto ante tu puerta.

La telefoneé con bastante ansiedad; me reconoció en poco tiempo. Salimos juntos en varias ocasiones pero yo aún compartía casa con Concha y, además, sufrí el asalto del síndrome Luisa; temía darle un beso aunque brillaran instantes propicios, sobre todo, cuando habíamos consumido muchas copas, obligados los dos a una permanencia en las calles hasta casi el amanecer. Aquel horario de pasiones me derrengó. Nunca regresaba a mi lecho solitario antes de las tres de la madrugada; cuatro horas más tarde y, con toda premura, vestía y daba el desayuno a mi pequeña, me aseaba, corría hacia su colegio y culminaba mi desenfreno matutino, como un milagro, ante mi oficina bancaria al minuto puntual. Los fines de semana nos sorprendía el sol, y almorzábamos pronto con el objetivo de seguir bebiendo. Alguna siesta, o el turno para el esparcimiento de Concha me salvaron de la locura.

Llegaron las semanas anteriores a las fiestas navideñas sin que nos percatásemos. Tiempos martirizados por cenas y almuerzos con amistades y compañeros de trabajo que debía hacer compatible con mis escapadas nocturnas junto a Coke. El espejo de cualquier retrete me devolvía una imagen añosa y demacrada en demasía; la metamorfosis hacia una piltrafa humana. Una noche más de alcohol y

somnolencia me decidí y la besé; cerró los ojos y rodeó mi cuello con sus brazos; indefensa, acaricié sus pechos. No sentí nada especial después de tanta indecisión.

-No sé por qué hemos esperado todo este tiempo para besarnos. –Dije.

-Sí, es verdad, qué tontería. –Se le trababa la lengua con la borrachera.

-Me ha encantado besarte, lo haces muy bien. Oye, ¿quieres que nos acostemos? Yo pago la habitación. –Vacío su vaso de tubo antes de contestarme.

-Pero que ninguno de los dos hayamos hecho el amor en el hotel que elijamos.

En mi ciudad jamás había dormido en un hotel; sugerí los mejores.

-¿*El Cairo*?

-No.

-¿*Flamingo*?

-No

-¿*Abbey Road*?

-No.

-¿*Habana*?

-¿*Las biznagas*? –dije yo buscando hoteles de menor categoría.

-No. Ahí, tampoco.

Seguí con la lista. Mi ánimo decaía. Aquella enumeración semejaba un concurso televisivo. Yo no conocía muchos establecimientos y todos jalonaron las andanzas lúbricas de Coke. Salimos a la calle; me encontraba apesadumbrado y confuso. Hacía frío. Coke caminaba sujeta por mis brazos, cabizbaja como si su cuello se hubiera convertido en trapo por los efectos del alcohol y la fatiga. Vi un cartel: *Hostal del Duque*. Pregunté sin esperanza:

-¿Dormiste en este sitio?

-No. –Balbuceó, casi.

-¿Entramos?

Respondió hacia el suelo algo que yo interpreté como afirmación. El recepcionista estaba dormido. Las cuatro de la madrugada. Nos miró con desconfianza; cualquiera que aparezca a esas horas con una chica agarrada por la cintura como alfombra entre los brazos, despabila al testigo.

-Buenas noches. ¿Una habitación, por favor?

-¿Para cuánto tiempo?

-Nos iremos mañana.

-Bien, firme aquí. Tendrá que pagarla por adelantado.

Inscribí mi nombre en la hoja de registro, como pude, con la mano izquierda. Deposité a Coke en un sillón cercano y di al recepcionista mi tarjeta; el datáfono tardaba en responder y ocasionó una incómoda espera; ambos evitábamos un cruce de miradas, aunque los dos contempláramos a Coke allí medio tumbada que, con aquella postura de marioneta sin cordajes, exhibía sus medias, liguero y bragas negras. Me excitaba que un desconocido participase de mi promesa aún apenas vista. Nos despertó el tableteo de la impresión del recibo. La leve campanilla de llaves produjo un efecto de muelle en Coke; de repente saltó:

-Un güisqui, quiero un güisqui con Coca-cola, y velas, quiero velas.

El recepcionista y yo nos miramos con gesto de sorpresa.

-Lo siento, señora, pero el bar está cerrado y no tengo velas; si le vale una linterna...

-Déjelo. Gracias. –Medié.

Llegamos a la habitación: aseo con losas que balanceaban al paso, y una cama con crucifijo y colchón roto. Coke se tumbó; yo con sonrisa bobalicona de niño que va a cometer una travesura le indiqué que iba al servicio a lavarme; cuando volví, roncaba desnuda sobre la colcha; intenté despertarla con suavidad. Imposible. Me reí. Me reí de

mí mismo y de aquella situación, emocionante y estúpida al mismo tiempo. Tampoco pasaba nada. El síndrome Luisa había desaparecido y me iba a acostar con una preciosa chica aunque, en sentido literal, dormiría junto a una hermosa mujer. Me quité el jersey de algodón y, con cierto trabajo, se lo puse para que no pasara frío; estaba destemplada. Me desnudé, la cubrí y cerré los ojos abrazado a ella en la oscuridad. Aspiraba su perfume y sentía el pulso de su corazón. Descansaríamos al menos.

Como un puñetazo, recordé que al día siguiente, o sea, en minutos, yo tenía que llevar a mi hija a su colegio vestida de pastorcita para una representación de clima navideño. Miré el reloj; las seis de la mañana. Coke respiraba con fuerza. Alterado, me vestí sólo con los pantalones y la cazadora. Por el pasillo ante el recepcionista, me limité a musitar un “Hasta ahora”. Buscaba el coche a la carrera por las calles solitarias sumido en una inquietud que por momentos se mudaba en miedo indeterminado. ¿A qué? Un intenso frío interior me había invadido; mi mandíbula temblaba.

Los efectos del alcohol en mí siempre se revelaron reparadores. Me torna locuaz e ingenioso y, además, me sume en un agradable estado de satisfacción; pero nunca se deben combinar copas con tristeza. El alcohol ni cambia ni borra nada; al contrario, acentúa la pendiente de cualquier cuesta de sentimientos por donde alguien rueda y desata los temores que uno oculte en sí; en esos momentos, se transforma en una droga desbocada; extrae a cada cual la insania que alimente y la posa en sus manos. Yo lo resistía un poco mejor que Coke; aguantaba más tiempo con una cierta lucidez. El alcohol mezcla muy mal con las navidades. Nos invade el empalago que impera en el ambiente. Algo perverso rige ese meloso culto a la bondad impostada. Filtra la tristeza y quienes, durante el resto del año no sufren conciencia de desgracia, se contemplan rotos porque su biografía no se cimienta sobre nieve de espuma y bolas de colores. Bien visto, sólo significa un elemento de castración personal, pero imagino que ese colmo navideño

de inocencia desencadena un proceso de ósmosis que mancha la existencia de todos. Mis estadísticas personales me confirman que la clientela acude en tromba a burdeles, confesionarios, establecimientos noctívagos, teléfonos de salvación, psicólogos-psicoanalistas-psiquiatras y grandes almacenes. Cada quien lucha como sabe.

Me alcanzó la tristeza; lloraba mientras conducía. Además, los efectos etílicos avivaron el carrusel de las obsesiones. Si en ese instante, el recepcionista que en mi delirio exhalaba aires de psicópata, por ejemplo, ahogase a Coke con una almohada, yo iría a la cárcel por asesinato. Los pasos de aquel tipo se amortiguaban sobre la moqueta del pasillo; Coke respiraba con hondura; leves gritos acallados por la almohada. Cuando me detuvieran, agacharía la cabeza en silencio; todos los indicios me acusaban. Aceleré, angustiado por la certeza de que llegaría tarde a casa. Caí en la cuenta de que, en el camino, la guardia civil establecía controles de alcoholemia. Borracho y medio vestido; la víctima llevaba puesto mi jersey. El juez aceptaría todas las pruebas. Los guardias civiles certificaban mi huida, mi ebriedad y el miedo que me empujó a abandonar la habitación de modo tan precipitado que ni siquiera recuperé mi prenda. Un móvil evidente; la víctima no quiso hacer el amor conmigo y la maté como venganza, o por despecho. Lloré. Ningún resquicio me amparaba. Mi culpabilidad manifiesta solicitaría la eximente por alcoholismo o porque jamás me hubieran impuesto una multa de tráfico; poco más podría argumentar mi abogado. Una vida destrozada como recompensa a la desaparición del síndrome Luisa.

Concha ya se maquillaba cuando entré. Preferí que no me viera.

-¡Vaya horas! Un poco más, y llego tarde al trabajo por tu culpa. Por favor, sé más atento con estas cuestiones.

-Perdona es que no me he dado cuenta. ¿Dónde está la ropa de la niña?

-Ahí, en el armario de su cuarto.

-Bueno, vete tranquila, ya la visto yo. –Contuve las lágrimas. Un padre asesino.

¡Qué difícil disfrazar a una niña de pastorcita! El corpiño negro al que ciñe un cordón cruzado, las medias gruesas que suben con dificultad, las zapatillas con tiras de cordones que no se ajustan, el pañuelo... Con mi estado de nervios, el llanto de mi hija cuando despierta, y las náuseas producto de la resaca que me dominaba, me vi obligado a llevarla al colegio sin pañuelo; interpreté ante su cuidadora mi faceta de inútil señor de la casa.

-Disculpa que no le haya puesto el pañuelo, es que soy un torpe.

-Ay, estos padres. Traiga, traiga que ya la arreglo yo, pobrecita.

Abracé a mi hija, como progenitor que marcha al extranjero para unos treinta años. Me emocioné y la monitora me miró con extrañeza; otra prueba en contra. Desde un teléfono público avisé al banco de que usaba uno de mis días libres según convenio.

Amanecía cuando salí del centro de la ciudad; en este momento, a las nueve, la hora punta esquilmaba el exiguo aparcamiento al tráfico colapsado. Quedó el coche lejos del hostel y corrí aterrado por lo que encontraría cuando llegara a la habitación. Otro recepcionista; seguro que el anterior le había hablado de nosotros y de mi extraña fuga, para que se abonase el terreno de mi infortunio. Me acerqué con sigilo hasta Coke. Respiraba. Respiré. Me había poseído una alucinación cruel. Junto a ella recostado cerré los ojos; despertó.

-Buenos días. –Dijo, cariñosa y sonriente.

-Buenos días. ¿Has dormido bien?

-Sí. De un tirón; me duele un poco la cabeza, pero nada, apenas. ¿Me has puesto tu jersey? ¿Y tú, has pasado frío?

-No, yo, no...

-Muchas gracias, qué atento eres. –Me abrazó y deslizó su boca hasta la mía. Nos besamos lentamente.

-¿Quieres que lo hagamos?

-Bueno.

Según códigos de la especie, un caballero responde con la afirmación ante esa pregunta. No me apetecía nada tras mi infierno nocturno; aunque sin ánimo ni fuerzas, me entregué a mi condición masculina. Le mordí en el cuello y en los hombros, lamí sus pezones y deslicé mi lengua hasta su vagina. Ella gemía.

-¡Penétrame! ¡Penétrame!

Me despojé de los calzoncillos; mi pene oscilaba flácido entre sus muslos. Coke parecía una cruz caída sobre la cama. Me concentré en el bombeo sanguíneo hacia el glándula imaginando el interior de una manguera. Imposible. Yo besaba, lamía, mordía y abrazaba, pero no me llegaba la erección. Me derroté sobre ella.

-Te lo habrán dicho muchas veces, pero te juro que es la primera vez que me pasa.

-Sí. No te preocupes. Vámonos, acércame a la peluquería de mi barrio.

Nunca más me encontré con Coke. No me quedaron ganas de acostarme con ella. Interpreté aquel día no sólo como una serie de hechos desafortunados y previsibles directos hacia el fracaso, sino como la disolución de un espejismo; aquella chica loca y alegre con quien emprendía una nueva relación quizás amorosa, se convirtió en un demonio capaz de encadenarme a un delirio de mayor tristeza que el del matrimonio frente a mí destruido. Además, esa aventura me impelía hacia una ruina económica donde siempre yo pagaba restaurantes y copas. No obstante, reconozco el necesario paseo por los dominios de Coke con su espaldarazo vital; en circunstancias complejas me demostré a mí mismo que almacenaba recursos de supervivencia en la jungla que se avecinaba. No estuvo mal. Algunas semanas después, Concha y yo vendimos la casa,

repartimos bienes y cada uno emprendió un camino cada vez más divergente. De hecho, perdí el contacto con mi hija. Días desagradables. Un divorcio escribe una derrota; aunque eso lo comprendo en la distancia que otorga el tiempo.

2

Ante la nebulosa

Una de las dañinas mudanzas anímicas que se desarrollan en la última etapa de cualquier separación conyugal, hermana al sujeto con un perro, o una iguana, abandonados en el arcén de cualquier autopista. Cuando la sospecha del fenómeno solidifica en certeza, la angustia acucia con la pregunta sobre la ubicación posible de la ración de comida diaria y del nuevo abrevadero. En líneas generales, todo el mundo se metamorfosea en animal doméstico en proporción directa a la consistencia del matrimonio; es decir, el humano pierde su naturalidad y se aloja en un hábitat cómodo, aunque de artificio, donde el mayor acto salvaje consiste en la conquista solitaria del sofá antes que los demás pobladores del cubículo, o en la extinción del último refresco camuflado en la nevera; alguien tendrá que caminar hasta el supermercado para su reposición; el éxito se cifra en que otro esté obligado a hacerlo. La familia como campo de leve supervivencia.

Cuando uno se divorcia intuye que no le faltará el alimento; incluso, si cultivase determinadas habilidades no sufriría ninguna merma en su higiene, lavadora, ni plancha. Un varón solitario debe dominar los trucos del guerrillero urbano, como ese de las camisas colgadas en el cuarto de baño mientras la ducha; o la más simple adopción de una moda juvenil con vestuario siempre informal en el que prevalezca la camiseta deportiva, a pesar de la posible edad impropia de quien luzca ese hábito en todo momento. Ante una camisa inevitable siempre sugeriremos el uso de un buen abrigo durante el camino hacia el trabajo, sobre todo si hace calor; las arrugas desaparecen por sudoración. Respecto a los pantalones, vaqueros o similares. La eficacia de estos

consejos depende de que las prendas sean recogidas de la secadora o tendedero en un plazo de tiempo razonable; si por la azarosa y, con frecuencia, caótica vida del recién divorciado, la máquina albergara las prendas durante un período superior al mínimo para la proliferación de hongos y bacterias, recomendamos que el proceso de limpieza se active de nuevo.

La sencillez con que se efectúan las suplencias materiales contrasta ante el complejo desarraigo de los hábitos que el matrimonio tatúa. Una persona casada, igual que una fiera en la jaula, se tumba y abandona; tras un tiempo no intuye el peligro, no sabe huir, olvida métodos de caza y, lo peor para el humano, desarrolla comportamientos sexuales que lo incapacitan para las lides callejeras y, además, lo tornan infeliz bajo las sacras sábanas conyugales. El ambiente saturado por feromonas iguales anula el estímulo. La propiedad conlleva el fin de la ilusión por el objeto anhelado. La pareja joven busca que la mañana los sorprenda en un abrazo, la ducha común, la borrachera que conduzca alegre a la cama; con el transcurso de los meses, ven juntos sus primeras películas pornográficas, llegan las adquisiciones de lencería y artefactos eróticos para que el dormitorio luzca un cierto aire burdelario que despierte la imaginación y el gozo. Caminos ciegos. Brotan rutinas insanas cuando las nupcias. La actividad amorosa se resiente la primera; una pérdida mutua del respeto surge cuando cualquiera de los dos se reescribe como un sujeto paciente sin obligaciones hacia el placer del otro. Además la propia naturaleza expelle el polen de conflictos irresolubles; el hombre busca la expulsión de esa amalgama de esperma diario que le fabrican sus testículos; la mujer desarrolló otros ritmos de necesidades; unida la menstruación a los peligrosos tifones de hormonas que soplan los días previos, ocasiona que su deseo, en líneas generales, quede reducido a períodos de quincena por mes, durante la cual deben ser detraídas jornadas de cansancio, enfados e inapetencia; un cálculo impreciso revela

que la cópula dispone de unas veinte ocasiones por año. El varón acude ciego a la llamada del instinto; el exceso de semen le abotarga el cerebro y niebla sus conexiones neuronales, lo que deriva en el egoísmo absoluto; bajo esta tesitura, el macho sólo usa a la hembra en el sentido estricto del verbo; la explota aunque entre la biblioteca personal se hallen estudios sobre el orgasmo femenino.

Modifiquemos la situación. Si el coito se produjera contra la exuberante vecina de enfrente, aquella que tanto muestra los pechos cuando tiende la ropa al sol, el individuo, a pesar de que sufriría idénticos niveles de sobrecarga seminal, incluso mayor excitación, procuraría un despliegue de posturas maravillosas que dibujasen sobre el imaginario de la acompañante una aureola invisible que lo calificará ante cualquier otro rival imaginario, como el mejor de los amantes, la mónada de Leibniz en su versión viril, la cintura mejor articulada, el pene con mayor empuje, la lengua más vibrante sobre un clítoris, o la marca mundial de resistencia en los ejercicios como émbolo. Este sino ancestral que nos aboca a una perpetua exhibición como el óptimo espécimen reproductivo de la manada también desarrolla su trasunto femenino. Si la esposa hubiera marchado a la cama con un compañero del trabajo, por ejemplo, en el transcurso de cualquier fiesta conmemorativa, ella llegaría excitada desde su propósito urdido durante, supongamos, las copas tras el almuerzo; traspasaría el umbral con la disposición de que su amigo le arrancase las bragas, y sin que reprochara la celeridad del acto, percibiría hasta el más mínimo roce sobre su cuerpo; la chica-fuego del trabajo, la vagina más húmeda y sabrosa de cuantas hayan inundado las papilas gustativas de un hombre, la mejor boca succionadora de toda la empresa.

En fin, el matrimonio genera, por ambas partes, una aciaga pérdida de la lealtad debida. Visto así, parece noble y civilizada la actitud de quienes, conscientes de esta trampa, juegan al intercambio de pareja, terapia que implica una frialdad de cirujano,

pilar para una convivencia satisfactoria sobre el que se asiente esa unión cómplice, desconocida por los demás tipos de enlace. En definitiva, de modo inconsciente, cada uno busca la vuelta a los orígenes animales, a aquella tribu que habitaba en la caverna uterina, hogar único para hembras y machos, con hijos del grupo, responsabilidad común, pues ignoraban el uso del adjetivo posesivo aplicado a personas.

La peor alucinación que sobreviene cuando una pareja rompe sume al sujeto en el caos anímico de un animalillo casero lejano a su medio biológico; ni anfibio, ni material reciclable. Cada uno espanta ese pánico como le permiten.

Rosi, según ella la mujer camaleón, presumía de su fácil adaptación a cualquier marido o novio. Detallaba las facetas exhibidas junto a las personas con quienes se hubiera involucrado, y lo que de ellas echó en falta de aspectos sentimentales o sexuales; a veces, relaciones efímeras. Ahí halló su método. Una falta de conciencia que anule el daño y ahonde en la naturaleza del humano, masa de agua que disuelve materia orgánica pestilente con capacidad de reproducción, ciega hacia su destino. Mientras las amistades reíamos aquellas confesiones, Lalo, su esposo actual, las soportaba con un deje de tristeza en los labios, se sabía intercambiable, perpetuo pato de feria en la mirilla, o un opositor crónico ante el tribunal. De todos modos, una pareja se conoce desde las sábanas hacia abajo; roza la imprudencia cualquier invasión de la intimidad de alguien por patética que se muestre ante los espectadores. La soledad doblega muchos ánimos. Nunca dije a Lalo que su esposa no amaba a nadie. A él tampoco.

Recién divorciado y lejos de Coke, sufría sin entereza mi falta de asidero durante aquellas primeras noches de desamparo absoluto. Derivé hacia los bares. Además, por un destino péndulo yo rompía mi matrimonio cuando la mayoría de mis amigos contrajo el suyo; todos se hallaban encauzados entre unos diurnos hábitos hogareños. Tres años antes, mi amigo José Antonio Arbizu aún regentaba su bar de copas, *Swing*,

trasnochador. Yo huía de mi casa. Concha nunca despertaba de ese sueño metódico que con su profundidad tanto nos distanció. No importaba la hora; siempre disfruté una charla agradable con mi amigo camarero, o con algún cliente; paladeaba algunos vasos de ron-cola y volvía excitado a la cama. Aquellas copas clandestinas que finalizaban con una ducha y un enjuague bucal difusor de hedores nocturnos sabían mejor.

El local articulaba una pasarela para José Antonio; en aquella barra bebía una buena cantidad de artistas, músicos y, sobre todo, escritores, verdadera vocación de su dueño, con quienes estableció unas relaciones cordiales, espoleadas por el buen ánimo de la alegría noctívaga. Durante el mes de mayo, ideó un *collage* que se armaría poco a poco con los retratos de la clientela asidua cuando su primera comunión. Ambos charlábamos solos una de aquellas noches. Llovía con la fuerza comprimida de la primavera mediterránea. Cerraría para que nos tomáramos una penúltima copa en algún otro sitio. Entró Solís Mencía, conocido nuestro desde la adolescencia y poetastro local muy guapo, según opinión de las féminas con quienes se unía sin criterio definido; un antibiótico de amplio espectro adherido a cualquier falda. Quizás se trate de un superviviente; los humanos y los carroñeros nos adaptamos hace milenios a cualquier dieta biológica o anímica. Antes se exterminan los tigres que las ratas, o las águilas imperiales que las gaviotas. Quienes se alimenten de basura heredarán la Tierra. Solís ofrecía su brazo a la mujer más cercana. Reconozco que la soledad también flexibilizó mis límites estéticos respecto de las chicas, pero siempre supe qué me agradaba de cada una aunque mis allegados no simpatizasen con ella.

Solís encaminaba sin rubor sus anhelos hacia discotecas para la tercera edad; salía junto a una señora de sesenta años, recién separada y confundida ante esta sorpresa; al día siguiente intentaba los favores de una estudiante casi adolescente, o una madre de familia madura. Consideraba estas acciones, aliento para su leyenda de zorro

urbano. Los amigos nos referíamos a él como “El camión de la basura”, o “El basura”. A todas engatusaba con iguales abalorios: “¿Sabes? Soy poeta. Tú logras que mi sensibilidad aflore desde mi profunda tristeza”, o “¿Sabes? Soy poeta. Pocas personas me conocen de verdad y tú con una mirada has descubierto mi realidad.” Luego, las exhibía y, aunque honrada peluquera, o solícita supervisora de almacén, a todas presentó como escultoras, pintoras figurativas, fotógrafas, escritoras fantasmagóricas o reporteras bélicas; incluso, artesana de la seda salvaje a una camarera muy conocida por todos.

Aquella noche llovía mucho y yo, más bebido de lo habitual. Solís llegó al *Swing* justo cuando nos marchábamos, pero un negocio debe respetar algunos códigos de compostura. Como siempre, vociferó su desprecio hacia los otros. Señalaba frente al collage.

-Sergio siempre ha sido un cabezón –Rió, con sus manos en los bolsillos y la barbilla alzada hacia Sergio Contreras, pintor agasajado en Berlín y Nueva York con frecuencia.-. Y el Castro, un mariconazo. –Iván Castro, profesor de Literatura Española en Dallas y novelista de reconocido prestigio.

Nos mirábamos en silencio Arbizu tras la barra y yo. Sentado junto a mí, Solís encendió un cigarrillo; tras la primera exhalación de humo nos saludó con una media sonrisa. Una chica con el pelo mojado y el rímel corrido abrió la puerta. Con su máscara de mapache indefenso, se detuvo junto a Solís que profería cada pocos segundos alguna caricatura lerda sobre los fotografiados. Arreciaba la lluvia, y como el bar había transgredido con holgura la hora del cierre durante días laborales, Arbizu quitó la música. Solís se volvió hacia la chica. “Invítame a una copa”. Obedeció. Ginebra con tónica y un botellín de agua para ella; hurgaba en el monedero con la preocupación de quien revuelve con insistencia hasta que aparecen las monedas necesarias. Menuda y

deslucida despertaba el cariño igual que un juguete antiguo. Solís nos espetó a volumen muy alto: “Pues aquí, ésta, donde la veis, es escultora y me va a esculpir un busto de cuerpo entero”.

Arbizu, prudente, serpentea las situaciones comprometidas. He visto cómo echaba del bar a tres tipos con tono de quien rechaza una oferta. Se fueron mientras juraban que lo matarían. Ante la sandez de Solís, se me escapó una carcajada; la chica me miró y también se rió con gestos de ratoncita feliz. Arbizu, con los brazos cruzados, miraba al vacío. Solís la giró hacia él, cogida por el hombro.

-¿Qué te pasa a ti, imbécil?

La chica no contestaba. Intenté que aquel bestia se apaciguase.

-Vamos, hombre, déjalo. Si ha sido culpa mía, que me he atragantado y a la vez me he reído, ella me ha visto y...

Solís no me atendía, su mirada fija sobre los ojos de aquella mujer, tan abiertos que semejaban el artificio de las muñecas. Me interpuse; había pasado buenas noches de copas con Solís y, alguna vez, nos telefoneamos para salir juntos. Apenas reaccioné cuando vi su puño hacia mi cara. Me golpeó el ojo. Tropecé con un taburete y desde el suelo contemplé cómo ella se reía de mí; luego, se carcajeó Solís. Arbizu ordenó a ambos que se marcharan a casa. Me sentí ridículo; tuve ganas de vomitar.

A la mañana siguiente, Concha creía que bromeaba con un moratón de maquillaje. Ante una mentira, la huida se traza hacia delante y con toda la velocidad posible.

-Mientras dormía, recordé que había dejado una carpeta importante en el asiento delantero del coche. Quizás fuera un sueño premonitorio, ya sabes que no creo en esas cosas, pero me obsesionaba la idea de que la robaran aunque no contuviera más que documentos del banco. Total, que preferí acercarme al coche. No quise despertarte.

Efectivamente, la carpeta estaba allí, a la vista de todo el que pasara. Cuando iba a entrar a casa, llegaron dos tipos, me pidieron un cigarro, les dije que no fumaba, me pidieron dinero para comprarlo, les mostré que no llevaba nada encima, que había bajado un momento. Uno de ellos me lanzó un puñetazo y me registraron mientras salía del aturdimiento. Además, me volvieron a golpear en los testículos para que me quedara inmóvil un buen rato. Así, a traición, que si no... Anda, deja que duerma un poco más.

Confusa, Concha no hizo ningún comentario. Con las manos entre las piernas y la cara contra la almohada, me hacía el dolorido.

-Pobrecito, ¿quieres una infusión o hielo?

Aquella muestra de mi debilidad esquivó una posible disputa de mayores alcances. Presos entre ideas torpes de lo varonil evitamos el relumbre en nuestra conducta de lo que consideraríamos maneras femeninas, para nuestro imaginario cifradas en actitudes tan elementales como, por ejemplo, una postura algo timorata ante acontecimientos salvajes, el desarrollo de la cortesía que aprecia la elegancia de un vestido nuevo, o la delicadeza ante aspectos domésticos que nos susurre el beneficio de que incluyamos un protector solar en la bolsa de la playa, o de que pintemos las paredes del dormitorio aunque se vean limpias. Esta proporción de feminidad asegura recompensas y parabienes por parte de las chicas. Yo cultivo mis facetas sensibles; me vi abocado a la busca de compañía entre la aspereza de las esquinas y las barras de los bares, para mí únicos refugios válidos; aunque sopesé sus ventajas, rehuí la afiliación a clubes excursionistas, grupos de teatro aficionado, sectas, o un gimnasio de yoga, alternativas tópicas; también consideré las agencias matrimoniales, e Internet. Paradojas, escapamos del matrimonio donde la mujer se erige en problema; luego, su ausencia desata la inestabilidad anímica y revela complejo un nuevo asalto.

El intento de relación con una camarera designa el error más constante que el hombre recién liberado comete. Que insulte quien jamás haya intentado un derroche de gracia más allá de la prudente, quien, en un delirio de ego, no haya creído que aquella amabilidad de la trabajadora surgió a causa del amor a primera vista escanciado junto con la primera cerveza. Una gran alambrada onírica que, además, con frecuencia daña con padecimiento crónico. El incauto bebe varios litros de alcohol recio –importa esa apariencia viril- apoyado en la misma barra, atento como un corderillo a la analgésica carantoña de sonrisas y algo de conversación que ella, tal vez, regale si la clientela no abarrota el local. El sujeto de barra nunca comprende que la camarera se halle allí por la esclavitud de un salario, sino que, como él, disfruta entre los portazos de los frigoríficos y con el dolor de articulaciones. La chica conoce su éxito; intuye a mucha distancia sus posibles depredadores como buitres sobre un muro, pero su oficio le confiere mayor inteligencia para los contactos sociales que a los demás. La aspiración de cualquier profesional de la hostelería -putas, travestidos y gogós incluidas- para cuando acabe la jornada, se materializa en que sus piernas descansen sobre un sillón, mejor con un estricto masaje terapéutico, pero nada más; sufre horas de pie, o correteando de un lado hacia otro aunque su club se señale como el más divertido de la urbe. Los torpes de taburete, incapaces de hablar con la mujer que se siente junto a ellos, prefieren la charla intermitente con una operaria que responde monosílabos y educadas risas, señales de aprobación y cariño en el imaginario de aquellos.

La mía se llamaba Mercedes. Me cautivó su rictus enigmático. Apenas hablaba, al menos conmigo, pero yo intuía que a ambos nos gustaba el contacto, la apertura de algún canal que diera pie a la conversación breve. Muy seria y ágil, atendía de una mesa a otra y casi gobernaba el *Funky* ella sola, auxiliada por Tania, más joven y llamativa, cuyo novio la vigilaba perpetuo, emboscado sobre un taburete al fondo. Mercedes

permanecía jornadas enteras casi en silencio; sin embargo, apenas había apurado mi copa, cuando ya encontraba ante mí, sin petición, un nuevo vaso lleno de ron-cola. ¿Me observaba? ¿Sabía la frecuencia con que me apetece beber? En todo caso, representaba la segunda persona que atendía mis pequeñas necesidades, después de mi madre. Comencé a frecuentar solo aquel sitio. Me aburrían mis compañeros del banco y, por las tardes, la ilusión me espoleaba camino contrario a mi domicilio. Junto a la barra, promovía cualquier discurso relacionado con las fútiles incidencias acontecidas en el salón. Mercedes respondía con vaguedades; aunque apenas me mirase, yo notaba esa sutil atracción mutua que me confirmaba cómoda su presencia. Discreta, pero yo no le pasaba desapercibido. La puse a prueba. Una noche me trasladé de mesa en varias ocasiones; ella sabía con precisión dónde traer las copas. Yo no generaba la coyuntura en que pudiera rogarle que tuviéramos una cita.

Pasados un par de meses durante los que acudía delirante a aquel punto de encuentro coincidí con Germán Ruiloba.

-¡Cuánto tiempo! ¿Cómo tú por aquí?

-Pues ya ves, le estoy haciendo un retrato a Mercedes y quiero anunciarle que está casi listo. Lo traeré esta semana.

La ocasión. Germán, mi amigo desde la niñez, pintor de mundos imaginarios, me explicó que el dueño del *Funky* le había pedido la obra como obsequio para Mercedes por su buen cuidado del negocio mientras él disfrutó unas largas vacaciones en Nueva York. Me deprimí; su jefe también pretendía acostarse con ella. Los códigos luminosos de los machos humanos. Ya imaginaba las dificultades sobrevenidas en la lucha contra su patrón; no por los vínculos de dependencia que adopten las empleadas respecto de él, sino por las horas juntos desde la apertura hasta el cierre; además, ejercería sobre ella un atractivo como líder imposible para el cliente; al menos, para mí.

Confesé mis inquietudes a Germán; me tranquilizó. El dueño se debatía enredado en unos planes amorosos muy complejos con una escultora alemana; de ahí lo del viaje; ahora se iba a Berlín con la mujer cuya conquista nebulosa arruinaba su fortuna; aunque otras manos condujeran sus inversiones, proporcionaban beneficios como si él contabilizase la recaudación del día. El encargo significó una recompensa a la eficaz Mercedes. Regresaron las esperanzas ante alguna posibilidad.

-Además –me sugirió-, si quieres, aprovecha que el lunes próximo es su cumpleaños, y se lo traes tú; me haces un favor porque estoy muy ocupado.

El mar abierto ante mí. Un motivo para la conversación; tramé en pocos segundos un extenso índice de estrategias y caminos que condujeran al fin deseado. Impaciente durante los días que mediaron hasta su festejo, acudí a visitarla en varias ocasiones para que la relación fluyera de modo natural, así la entrega del obsequio culminaría una serie de sensaciones felices. Ella se mostró críptica, apenas habló conmigo. Llegado el momento, me acicalé un buen rato frente al espejo como un guerrero antiguo antes de la batalla; incluso compré cremas hidratantes y afirmantes faciales para las incipientes arruguitas alrededor de los ojos. Un cazador afila sus cuchillos antes del cerco, y yo fantaseé con afán de victoria. Quizás esa noche no amanecería en sus sábanas, pero quién sabe. De cualquier modo, que nunca leviten contingencias en el azar, invocan la desgracia.

Cuidé los detalles; ellos inclinan la voluntad. Hielo para las copas, toallas limpias, mi mejor lencería, el hogar ordenado y reluciente, preservativos y diversos licores; incluso busqué salva-slip, un cepillo de dientes y varios para el pelo por si quisiera demorar su marcha. Minimicé riesgos según la más estricta ortodoxia de la ética empresarial para el rédito. Una última mirada al probable redil del gozo, y hacia las aceras silbando un himno tonificante.

-Me gusta mucho, Germán, me parece magnífico. –Ambos contemplábamos el cuadro sobre el caballete.

-Ha sido interesante arriesgarme en el retrato, nunca lo había hecho.

Germán Ruiloba, pintor figurativo, centra su creación en paisajes donde predomine el silencio y la ausencia de humanos; a pesar de su técnica muy laboriosa y limpia aquel dibujo exteriorizaba una interpretación impresionista de Mercedes, en primer plano frontal, algo de perfil, los labios cerrados y su mirada atenta, tal como yo la había conocido; un rostro que condensa el misterio de una biografía compleja. Lo envolvimos con cuidado y reconocí a Germán el gran auxilio que me brindaba.

-Suerte amigo, que triunfes. Ya me contarás. –Nos despedimos en la escalera.

Anduve tan ligero que el bar aún permanecía cerrado. En un establecimiento próximo ocupé el rato entre alucinaciones felices sobre el final de aquel envite. Una buena noche. Cuando volví donde Mercedes, Tania limpiaba unas mesas y ella, los vasos bajo el mostrador. Me acerqué con gesticulación de simpatía y le entregué el cuadro. Me miró con el ceño fruncido como interrogante.

-Lo envía tu jefe, yo sólo soy el mensajero. Vamos, ábrelo.

Rasgó el papel del envoltorio, apoyado el paquete sobre el suelo; cuando lo alzó se le alegraron los ojos, y con esos modales tan suyos agachó un poco la cabeza y me agradeció el correo con pocas palabras. Abrió una botella de *Canadian Club* y sirvió dos pequeños vasos; puso uno ante su boca mientras me miraba; cogí el mío, fijé la vista en sus pupilas y brindamos: “Por ti” –dije-. Mercedes alzó un poco las comisuras de los labios como una leve sonrisa, y continuó su tarea. Le comenté que luego volvería; pregunté si debía algo, arrugó la nariz y negó con la cabeza. La estrategia se desarrollaba según previsiones. Sin duda, le agradó el detalle de que le llevase aquella obra; cuando regresara al bar, tendríamos un tema de diálogo y hoy, quizás, si no acude

demasiada clientela, la conversación transcurrirá más amable. Astros propicios. Me dirigí a *Fresas*, heladería próxima célebre por sus tartas y compré una de doce raciones, lucida por bengalas. Confieso una ligera mezquindad; el comerciante me vendió a muy buen precio una sobre la que se leía escrito con frambuesa “Felicidades, Manolito”; el chico, por lo visto, se hallaba ingresado en el hospital por una intervención de apendicitis, nada grave, pero la familia no recogió el pastel. El heladero transformó la dedicatoria como “Felicidades, M.” mediante volutas churriguerescas de chocolate. Esta inicial imprevista me favorecía. Esa “M” blasona su aura de misterio protector. Magnífica tesis.

Empujé la puerta del bar como quien enarbola el estandarte victorioso por terreno enemigo. Tras el mostrador Tania despótica, con rictus descreído, parecía que deshilvanara los ramajes de anzuelos que yo esparcía con aquella insistencia de presentes. Tal vez su actitud significase complicidad. Los camareros descifran las dos almas. Mercedes preparaba cócteles en un cuartillo que suplía la cocina; cuando salió hacia la zona de las mesas, se encontró con la tarta luminosa y a mí sentado con pose de señorito que contempla su patrimonio. Mercedes volvió a sonreír como sólo ella sabe hacerlo, sin decir nada; sirvió las bebidas, se dirigió hacia mí y me dio un beso.

-Muchas gracias, de verdad ¿Cómo te has enterado de que es mi cumpleaños? –Sus ojos brillantes paseaban sobre los míos, a la vez que acariciaba mi nuca.

No pude responder; se me aceleró el pulso. Sus dientes dibujaban una ruina de caries. Resolví el enigma. Recuerdo una contracción igual del estómago cuando de pequeño en la feria, subido al tren del diablo, un tipo con disfraz de espectro me golpeó por sorpresa con una escobilla. La voz chillona de Mercedes aumentaba la negrura de sus encías. Los mimos de su mano semejabán ahora el alud que desmorona la cumbre. Las bengalas iluminaban una “M” junto con mi semblante enrojecido por el bochorno.

Tania me seguía observando y escrutaba mis muecas con un ojo casi entornado. El horror no conoce límites, ni el ridículo tampoco. Dos niños irrumpieron impulsivos.

-¡Felicidades, mamá! -Saltaban y abrazaban a Mercedes.

-Qué bien que os hayáis acordado. -Exhaló una amplia risotada.

A continuación, llegó un hombre alto, de unos ciento veinte kilos; abrigo de cuero oscuro, botas militares, perilla y coleta. No habló. La besó con lengua generosa.

Mercedes resplandecía ilusionada; aquel tipo forzó un gesto alegre.

-Qué bien que estéis todos aquí. Ven, Irdich, voy a presentarte a un amigo. -Lo tomó de la mano y se dirigió hacia mí- Mira, te presento a Irdich, mi novio. Irdich éste es... , es...

¿Cómo me dijiste que te llamabas?

Sonreía con la boca abierta.

3

Víctimas propicias

El humano se mueve en busca del placer. Nada concreto; las opciones que logran para cada cual esa sensación abarcan desde un sello ecuatoriano de 1956 robado al mejor amigo, hasta el asesinato de infantes. El hombre, animal difícil por su propio medio espurio, oculta los posibles alcances de sus miserias; cuando los psiquiatras, antropólogos, psicólogos y sociólogos comprendan por qué se producen actos como los antes aludidos, alguien los superará en horror o en absurdo. Una especie desquiciada y como tal procede con su entorno.

Los timadores profesionales y las prostitutas custodian un verdadero saber acerca del humano. Ambos supervivientes conocen al individuo que tienen delante sólo con una breve mirada. Igual que los mejores expertos en arte se encuentran ocultos en los talleres de reproducciones y comercio clandestinos, engrosan la legión de peritos sobre la auténtica condición de las personas quienes se ven abocados a comer de ella sin título universitario previo, por otra parte, tan inútil para estos menesteres. Estos enciclopedistas librepensadores acerca del alma han desarrollado unas aptitudes especiales; adivinan qué busca cada uno, su motor vital, cuándo miente y cuánto posee. Tan lejos de todo parámetro científico y, sin embargo, tan cercanos a la verdad. Tigres frente a gacelas, doctores graduados en las esquinas, toreros de la desventura humana capaces de arrancar aplausos tras sus actuaciones incluso a sus víctimas.

Nadie escarmienta desde el dolor ajeno, todos necesitamos la señal del hierro candente; sólo varias cicatrices inmunizan a algunos contra determinadas trapacerías. También sobrevivimos merced a esta incapacidad genética para que nos atemoricen los

infortunios que acaecen a otros. Algún primate comprobó que el miedo a su fuerza le otorgaba el dominio sobre sus semejantes, pero no todos se amedrentarían sumisos a su voluntad; quien no sufriera sobre sí los golpes, o los olvidase pronto, cuando el sopor de la tarde aplastó el cráneo del jefe con un canto de granito; después gozaría de cuantas hembras tocaran al difunto. Este mínimo aprendizaje a partir de las circunstancias del prójimo nos transmuta en insurrectos vengativos. Su corolario despreciable provoca que, quien detente el poder en una determinada etapa histórica, según regla demasiado general, se comporte como el amo ahora abatido, o peor. El mecanismo que nos hunde cien veces en igual agujero permite la dicha; este cimiento de nuestra supervivencia ocasiona a la vez el luto colectivo. Depredadores estimulados por la curiosidad pero, ante todo, prisioneros en la contradicción.

Yo no reconocería a un psico-antropólogo de éstos a quienes entregamos la cartera, el coche y la novia, a causa del efecto hipnótico de sus palabras. Saben dónde se encuentran nuestros resortes íntimos y los aprietan con la rapidez y precisión de una mecanógrafa profesional. Me atraía el mundo burdelario, eco de pecado compartido que se protege tras los cortinajes rojos de la entrada. Un bar de encuentros parcela un sainete pactado donde al varón le corresponde un papel mísero. Ellas se exhiben, desean que las aborden, que alguien las rescate de ese tedio cautivo en movimientos bajo el compás de una melodía, con una copa en la mano, en un espacio henchido de humo y de gente; anhelan la charla que las oxigene durante su inmersión en esa pantomima gregaria. La mujer representa un personaje menos histriónico; su mirada dirigida un par de veces al chico que busque conseguirá que éste retoce junto a su taburete igual que un caniche en un espectáculo de circo. El varón ha perdido su papel dominante en esta jungla de neones y vatios. El miedo sobreviene.

La mutación de las relaciones personales en gran problema sexual fue originada por San Pablo, judío criado en Tarso, zona de influencia griega, donde los pedagogos inculcarían a sus discípulos las doctrinas de Platón, Sócrates y Aristóteles. El epistolar Pablo no pudo huir a su educación, falacia primordial cuando se aborda el conocimiento del mundo; nuestra visión de las cosas queda moldeada por nuestra mano, pero también por las de quienes nos transmitieron su propio paisaje. S. Pablo legisló donde Cristo no lo hizo y, además, cristianizó a Platón, o platonizó a Cristo, mejor dicho, a sus doctrinas. Pablo, por efecto de aquella luz cegadora que lo derribó al suelo, miró dentro de sí y aplicó sus saberes ante la neblina deífica que se le avecinaba. Nadie puede ir más allá de su lenguaje, y Pablo vio al demiurgo en Dios, al cielo como el puro cosmos de las ideas, y sobre la materia, el fantasma corrupto de los elementos; de ahí que lo corporal se hallaría en el almacén de lo pútrido por engañoso y, a causa de ello, digno de condena.

El doctrinario Pablo de Tarso tuvo en parte la culpa de mi senda torcida. Así como el Dios del Antiguo Testamento indujo la insania criminal de Caín por su falta de atención, atenuante no aplicada en el juicio por fratricidio, deberíamos releer la inocencia aparente de los conceptos para que ejerciéramos una autodefensa efectiva, si llegara el caso.

San Pablo abrió la caja de las leves torpezas cotidianas que desembocan en catástrofes personales; asoció sexo con mero instinto; sin embargo, pocas acciones exigen tanto espíritu, mayores pasadizos enrevesados de la mente, como esa activación biológica de los fluidos que conduce a un concierto de espasmos. Por ejemplo, para mí, las medias de red, los tacones de cristal y las luces rojas bosquejaron una obsesión durante mucho tiempo, y peor, esos reclamos para la libido contribuyeron al dictado de mi rumbo inequívoco hacia el desastre.

Reflexionaré sobre mi matrimonio. Para mí las mujeres se comportan como un revuelto químico hartamente inestable, al menos, en algunas etapas de su vida. Concha sufría uno de esos períodos. Yo, a causa del cansancio nuestro de cada día, me limitaba a un abrazo ya metidos en el lecho, unos cuantos bocaditos por la clavícula y besos en los hombros; a los breves segundos me ordenaba que la dejase tranquila; nunca le apetecía que continuáramos el juego. Durante aquellos meses de abstinencia me refugié en el onanismo con un desorden adolescente. Compré una colección de revistas pornográficas con inclinaciones diversas; siempre dentro de los cauces de la heterosexualidad y modelos con años suficientes, por supuesto. Ahí, comenzó mi lucha. En todas aquellas publicaciones, las mujeres eran fotografiadas con medias, tacones y labios pintados, ya del tipo jovencita lánguida, amasado, madurísimas con el recato perdido, gordas con curvas espuelas del deseo, solitarias, o en tríos; todas se exhibían con algunas prendas interiores y yo descubrí que eso me excitaba igual que un carro de carne cruda a un lobo hambriento.

Mi oficina bancaria, a causa de diversas optimizaciones de recursos humanos en el grupo financiero al que pertenece, se convirtió en la central de Málaga. Llegaron a mi sección bastantes empleadas de diferente apariencia y estado civil. Finalizó el tedio de mi antiguo despacho donde convivía con dos cajeros malhumorados, una interventora sexagenaria y un jefe intermedio. Las crisis económicas transfieren conflictos imprevisibles desde el orden pecuniario hacia los afluentes de lo cotidiano. A pesar de mis fracturas amorosas, preferí esquivar la maraña que una sola noche germina entre los brazos de cualquier compañera. Encaminé mi ardor hacia los burdeles.

La relación más sincera entre un hombre y una mujer se establece entre una puta y su cliente. Me pareció un corolario lógico y verdadero. La prostitución arrastra el prestigio literario de lo ruin y, en realidad, si se despoja del delito, no supone más que

un negocio arropado por el drama costumbrista; la mancebía alberga un guiñol donde cada quien ejecuta su personaje. El peligro allí proviene de su naturaleza semiótica, se camufla bajo códigos superpuestos; si esa mímica de alquiler se interpreta como frenesí, articulará una jaula de consecuencias tristes para el receptor. No obstante, si se usa cortesía y respeto hacia la persona que trabaja, el prostíbulo acoge diversiones intensas, incluso, más sanas que un noviazgo convencional desde los puntos de vista económico, psíquico y hasta afectivo.

Soportamos la soledad impuesta como sabemos; tampoco existen tantos trucos. Yo busqué la paz en los lupanares. Luces de colores como en las ferias de la niñez, chicas en bikini alzadas por tacones de cristal altos lo mismo que la avidez por sus caricias. Uniones higiénicas en todos los sentidos. La amistad con una prostituta saldrá más barata que la de cualquier señora en otro contexto. En principio, queda anulada esa obligación masculina que fuerza al pretendiente a las trazas de chistoso, o bailarín, o guía espontáneo de bares nocturnos hasta que la víctima acceda a celebrar una noche de cama, casi siempre desastrosa a causa del alcohol ingerido y del cansancio. De igual modo, en este tipo de tratos, el caballero está eximido de la organización de una cena en un restaurante prestigioso, así como del pago de la cuenta jalonada por buenos vinos que corroboren su imagen de mundo y algo canallesca.

El ejemplar más grotesco de los muchos que frecuentan las casas de citas lo encarna aquel que pretende allí la conversión de una de las damas en su concubina de placer gratuito; no percibe que las chicas se encuentran labrando el jornal y, quizás, las espere su familia incluso en la misma puerta del establecimiento. Dinero enuncia el mensaje.

Conocí un tipo así. Trabajaba para la Hacienda Pública casi como un destino fraguado el día en que, a comienzos del siglo XX, su bisabuelo ingresó en la Cámara de

Contables. Ninguno de sus cinco hermanos mayores se planteó un camino diferente de la servidumbre a la cosa pública. Desempeñaba un buen cargo en la administración provincial, con mejor sueldo, seguros, y ahorros importantes. Vivía en el cubil paterno a pesar de sus cuarenta años. Un hombre pusilánime del que nos reíamos en los desayunos cuando, cada mes, acudía a mi oficina como mensajero de las solicitudes de inspección de fondos y cuentas que no sobrepasasen una posible suma de fraude estimada; asuntos menores confiados a él, según parece con ningún criterio, porque nuestro director lo confundía con facilidad y él se marchaba convencido casi siempre de sus informes erróneos. El tesoro público llenó poco sus arcas con aquel tipo, Juan José Meléndez, alias el “B-52”, denominación del formulario ante investigaciones fiscales.

Coincidimos en el *Julieta*, famoso macro-burdel de Torremolinos; enorme, con cuatro barras para copas y seis cabinas de estriptís donde actuaban, de modo espontáneo, las mujeres no requeridas en esos momentos; diez hombres ansiarían sus servicios una vez finalizase el espectáculo. El frontal de aquella casona labraba una declaración de principios de ética masculina; allí, se conciliaban Naranjito, mascota de los mundiales de fútbol de 1982, junto a una mujer exuberante, rubia con el pelo recogido, y brazos tras la nuca, enredada por una nube que, como látigo, apenas ocultaba pubis y pezones. El refugio viril. Me divertía ver cómo paseaban las señoritas, bailaban y me sonreían casi desnudas con aquellos tangas y transparencias. Españolas, ucranianas, húngaras, brasileñas, colombianas, rusas, argentinas, hondureñas, rumanas, negras africanas, marroquíes, o eslovacas; para todas había demanda desde la tarde hasta la aurora. Fornicar, beber, sonreír, la conjugación básica que tintaba de humanidad aquella tramoya de sábanas desechables, preservativos, duchas, jadeos, gritos, golpes de cabeceros, abrazos, besos, sucedáneos de ternura, emociones pasajeras, repiques de tacones, y danzas al ritmo que impone la necesidad.

También disfrutaba tardes espléndidas contemplando a la clientela. Distinguía con pericia a quienes alentaban la creencia, para ellos imprescindible, de que habían magnetizado el corazón de la mujer; se consideraban a sí mismos déspotas de cuanta cintura rodearan sus brazos. Ellas pagaban su alojamiento en aquel simulacro de hotelito, sólo querían que se redujese su débito particular con la retribución del seductor por sus servicios. En una de las colas que, en momentos de gran afluencia se extendían a la espera de sábanas, gel, toallas, o una habitación libre, me encontré con el tal Juan José Meléndez, “¡Hola B!”, dije con la euforia que produce un encuentro en el paraíso prohibido, coincidencias que firman para siempre un guiño intransferible y jocoso entre dos personas. Respondió muy azorado; yo sabía que no ocultaba un matrimonio ni nada semejante; no imagino qué le pasó por la cabeza. Entregaron la llave y el instrumental higiénico a su chica; él se despidió con un mohín del brazo de una rusa, pelo corto, ojos azules y talle alto níveo, aunque aquellos tacones dificultaran la precisión de cualquier estatura. Irina, si no recuerdo mal. Distante, seria. La había observado alguna vez, pero nunca pude acercarme; apenas aparecía en la gran sala, alguien alquilaba su ternura; siete tipos se jugaron a los chinos un turno para su disfrute. Exhalaba una distinción natural venida desde el ártico, ningún detalle estentóreo como otras de bucles leonados y enormes pechos contra los que cualquiera perdería su bravura, pero jamás pasaba desapercibida. Tuvo suerte el gris Juan José; se convirtió en un gran bombardero B-52 de verdad.

Desde aquel día, antes del regreso a casa, giraba mi volante hacia el *Julieta* en busca de Irina a la que nunca veía, o encontraba charlando, risueña, con el “B” lo que me provocaba una envidia que pronto desembocó en minuciosa recopilación de perjuicios que aliviase mi carencia de fortuna ante aquel afán. Juan José acaparaba el tiempo de Irina casi todas las noches; eso significaba tan grande despilfarro de dinero

que, incluso, promovía la hilaridad entre las mismas compañeras de la beneficiaria. Caminaba yo, como despecho, hacia la habitación con una lujurante argentina, preciosa mujer, y oí cómo dos mulatas caribeñas se burlaron del que había vuelto a montar con Irina. “Mejor le pone una casa”. Cuando bajé de la habitación permanecí oculto entre un grupo de japoneses que había aparecido junto a la barra como de viaje cultural; al rato en efecto, el “B” llegó con aquella rubia que, como un pozo, le requería copas cobradas a precios de ley seca.

El “B” acudía al banco menos adusto de lo habitual y, peor para los contribuyentes, más despistado que nunca. El jefe sufría auténticos ataques de risa y tos cuando nos pormenorizaba durante el desayuno la de quiebras que le había ejecutado ante los lances de Hacienda. “Le puse el dedo sobre el nombre y no se dio cuenta de que era otro titular el del fondo de inversiones; se creyó que sus datos estaban equivocados”. Expelía carcajadas y pequeños esputos, que intentaba aplacar bebiendo un sorbo de café y otro de brandí. Yo podía acudir al *Julieta* sólo dos veces al mes con intención de acostarme con alguien, y algunas más con intención de tomar una copa como concurrente. Imposible con mi sueldo que invitase a cualquier chica para que charlara conmigo; aunque permaneciera en silencio su proximidad silabeaba un lujo, mi ruina. Sin embargo, el “B” soportaba el gasto de Irina. Ambos nos saludábamos ya sin recato por su parte. Una noche, llegué y la vi sola; además, alejaba a quien la pretendiera. Apareció un tipo con traje blanco, camisa negra y aparatosa parafernalia de oro al cuello entre la que sobresalía una Virgen del Rocío; sus dedos también portaban una exposición de grandes anillos dorados. Irina se lanzó hacia él; la esclava inexpresiva se transformó en una mimosa oriental con los brazos en torno al pecho de aquel figurín costumbrista que solicitaba copas como si la barra le perteneciera. No pagó y se marchó

a la calle por la puerta principal con Irina casi desnuda, sin que nadie dijese nada. Se me acercó una mulata.

-Hola, guapo. –Nos dimos dos besos.

-Hola. –Apretó su culo contra mi entrepierna.

-Ay, amorcito, vente conmigo que estoy caliente.

-No. Déjame que hoy tengo la regla y no me apetece. –Se giró, riéndose y toqueteó mi pene.

-Ay, que es verdad, que tiene mi niño la compresa puesta. –Nos reímos.

-Anda, siéntate un poco conmigo, pídete una copa.

-Pero cariño –con tono de confianza- te voy a salir muy cara, por un poco más, mejor te vienes conmigo y me gozas.

-Ya, bonita, pero es que no tengo ganas, créeme, prefiero charlar un poco contigo, que me caes muy bien y eres preciosa. –No mentía; negra con ojos verdes y alegría en el rostro.- Cómo te llamas.

-Yénifer y soy de La Martinica. –Bebía del refresco pequeño que le habían servido.

-¿Y esos ojos?

-Mi padre era francés, todas sus hijas tenemos los ojos verdes. ¿Por qué no subimos, mi niño? -Me acariciaba el pezón por debajo de la camisa. Yo me reía.

-Es que no tengo muchas ganas; de verdad. Además, había venido a ver a una amiga y no sé dónde está. Irina, es rusa, creo.

-¡Ah! Sí. Es la novia del jefe, se fueron juntos. El jefe ha venido de un viaje y se ha ido con ella. Pero yo te hago lo mismo que ella y hago lo que tú quieras. –Le di un beso y solicité la cuenta.

-De verdad que otro día que nos veamos, subo contigo.

Irina novia del jefe, y el “B” en su busca como un becerro tras la teta. Supe el previsible final de la historia por los periódicos y programas sensacionalistas de televisión. “J.J.M., vecino de Málaga, acudió al club nocturno *Julieta* para demandar los servicios sexuales gratuitos de O.B., con pasaporte ruso, que no accedió a las peticiones de su cliente; tras una fuerte discusión en la que se vieron implicadas más personas, J.J.M. fue expulsado de forma violenta por los porteros. Una hora después, regresó y, desde su coche, lanzó dos botellas incendiarias contra el automóvil del dueño del club, y contra el toldo de la entrada, desde donde las llamas se propagaron a las habitaciones próximas debido al fuerte viento. Varias mujeres y algunos clientes tuvieron que ser atendidos con síntomas de asfixia. El autor del incendio fue detenido por los propios responsables del local, con quienes mantuvo un forcejeo que hizo precisa su hospitalización. Según fuentes consultadas por este periódico, J.J.M. y O.B. mantenían una relación sentimental desde hacía algunos meses e, incluso, habían comenzado los trámites para el matrimonio y posterior reagrupamiento familiar con el hijo de O. B. que residía en Moscú. El detenido, bajo custodia policial, repite incesantemente que lo han arruinado. Ha sido necesaria su incapacitación obligatoria en un centro de salud mental a causa de su estado de ánimo.”

La noticia pasó desapercibida para mis compañeros. Desde la Delegación de Hacienda enviaron otro funcionario; sólo sabía que el “B” había presentado una baja laboral; no conocía la causa. Éste, más avisado, impidió que el jefe culminara sus fraudes. Callé mis indagaciones aunque el silencio imperara durante los desayunos faltos de anécdotas. El “B” jugó con fuego y se había quemado, nunca mejor dicho, por su ofuscación. El alacrán sobre la mano. Pero se producen a veces picaduras inevitables, incluso invisibles; la víctima las prefiere así; existen dolores más intensos, como la certeza de no sentirse querido, o la constatación de que no legas ninguna intriga a tus

nietos. Visiones intransferibles de la realidad. Quién sabe qué le pasó por la cabeza al “B-52” antes de su choque pomposo; tal vez, aquella puta de taburete representaba su vínculo con una existencia más acogedora; en soledad, todo volvería a la mecánica de los formularios, los trienios y las cotizaciones para los subsidios. Prefirió la senda angosta. En aquella farsa, sólo tenía que intercambiar a Irina por cualquier mujer; ni siquiera se engolosinó con la más bonita del local, ni la más amable; tampoco transmitía grandes glorias como la mejor en sus quehaceres venusinos; muchas damas de allí se comportarían igual que esposas modélicas; se aproximaban al susurro de un gesto.

La vida labra sus cauces, y entre las miopías que le afectan, desde luego el amor conforma una de las más malélicas, sobre todo, si se pertenece a esa subespecie de los depredadores sentimentales. Como oxígeno en la sangre, necesitamos el sueño de que nuestros actos burlan el paso de los minutos. Esta ansia impele la Historia y su dolor. Aristóteles señalaba tres causas por las que se movía el mísero mundo humano: poder, sexo y fama; comprendidas, se condensan en una, el anhelo de sobresalir entre el resto de quienes nacimos sólo como estiércol último de la tierra que pisamos. Cada uno, a su modo y dentro de sus posibilidades, intenta que su busto sobresalga, al menos, ante sí mismo. El padre que busca un legado de risueña memoria para sus hijos, en el fondo pretende igual anhelo que Napoleón con sus conquistas; tendríamos que examinarnos con las manos del asesino, o en la mente de ese imbécil vitalicio de nuestro álbum privado para que conociéramos nuestro proceder. Dentro este laberinto donde nos zambullimos cuando nos paren, cada callejón desemboca en otro, y éste te lleva a otro y en ése había un imperio, y si hubiéramos tomado el siguiente, la chica que mejor cocina del pueblo, o dos desvíos anteriores a la derecha, el mayor pene del mundo, o un abuelo cariñoso, o un orfanato. Cada esquina oculta un arcano pero todos procedemos igual bajo similares circunstancias.

Olvidé aquel prostíbulo y al incendiario “B-52”. El nuevo se llamaba *Lina*, coqueto y más reducido que el anterior; allí había emigrado parte de las chicas que trabajaron en el *Julieta*, ahora en obras, y la clientela que, como yo, durante el intervalo de sucesos no deseaba renunciar a su hábito de compañía, contemplación y sexo fácil.

-Hola cariño ¿me estabas buscando?

-Yénifer, preciosa, ¿qué tal? -Nos dimos dos besos y volvió a echar mano a mi escroto.

-¿Sigues con la regla? -Mi pene obedecía a su masaje. Hacía mucho tiempo que la boca no se me secaba con tal rapidez. Sonreía como una víbora de mirada verde ante su ratoncillo.

-San Antonio hubiera pecado si el diablo te enviara. -Apuré medio vaso de ron-cola de un trago y me persigné.

-¿Cómo?

-Que volamos a tu habitación, demonio, a ver a qué me condenas. -Tañeron sus carcajadas.

Me aficioné a los goces de Yénifer. Apenas yo cruzaba el umbral de cortinas rojas, venía a mis brazos como ángel negro con sus alas abiertas, dando grititos por mitad de la pista de baile y casi volandera sobre sus altísimos tacones. Lograba que me sintiera el rey del serrallo, título majestuoso para un lanzador de cuchillos, por ejemplo, pero no para un simple empleado bancario; uno nunca debe consentir que lo coronen dignidades indebidas. Yénifer encarnaba alguna ignota deidad del sexo. Parecía que mi subconsciente le hubiera confesado la noche anterior mis pequeñas perversiones. Cumplió todas y en su momento. No me trataba como a un cliente más; en alguna ocasión pagué media hora y me divertí con ella más de hora y media. Me enganchó con las raíces que más fuertes enredan a cualquier hombre, o a cualquier solitario errabundo como yo, o a mí. Al final de mes llegó la renta de mi locura. Había diluido entre los

labios de Yénifer la parte de mensualidad que me quedaba tras el descuento de gastos, junto con los ahorros de varios meses. Corría hacia mí con la ilusión de una colegiala ante su premio de estudios; me había ordenado paladín de sus ingresos monetarios. Yo impostaba frente a los demás una leve actitud de proxeneta; bajábamos de su habitación de la mano como dos amantes, inusual entre los protocolos de aquel cenáculo; luego, mientras ingería un ron-cola, tonificante previo a un nuevo asalto, me gustaba señalarle tipos que la deseaban; con toda displicencia le sugería su marcha junto a ellos. Cuando volvía, sola por supuesto, me abrazaba. Aquella imagen chulesca, diseño mío, me complacía. Con la ayuda de un micro-crédito, me compré un traje color blanco semejante a ese que destellaba el señor del *Julieta*; una estética distinta para la trasgresión, como los toreros que desafían a la muerte vestidos de gala.

Supe del artificio de Yénifer por boca de su hermana, compañera durante unos días a la que poseyó una gran envidia a causa de los abultados ingresos por la otra conseguidos; unas lentillas coloreaban de verde sus ojos. Bueno, me daba igual. Lentes de colorines, pechos y culo de silicona, dentadura recompuesta, zapatos que disimulasen las algo reducidas dimensiones de sus muslos y pelo postizo. Yénifer industrial. ¿Qué importaba lo tangible, si todo marchaba de modo adecuado menos mi cuenta corriente, si, por una vez, la fortuna musitaba sus claves? Aunque pretendía que mis pensamientos discurriesen por este camino, no disfrutaba pleno y relajado la alegría con que aquella chica arropaba mis noches. Me inquietaba el dispendio de capital. No se llega a operario de una oficina bancaria si no desprendes un olor a persona de economía saneada, de esas que calibran el ahorro en cualquier acción y exhiben una conciencia absoluta del coste de cada objeto. Los cálculos me indicaron que soportaría ese ritmo de derroche algunos meses más, si durante los años siguientes aplicaba un control exhaustivo sobre la deuda contraída. Comenzamos a almorzar juntos Yénifer y yo en ocasiones; a media

tarde regresábamos al prostíbulo. Me encantaba aquella mujer; los tipos se giraban admirados por el contoneo de sus caderas; además, hay momentos que difuminan la razón de por qué uno actúa así; sólo quería sentirme vivo, poseer lo que las circunstancias me negaron sin más consideraciones. Para muchos hablo de una prostituta con modales groseros; para mí suponía el mayor lujo exótico al alcance de mi modestia presupuestaria. Me contemplé preso de su carácter dulce y mimoso. Sabía oír paciente, y recompensaba cualquier chiste o golpe de ingenio a pesar de sus carencias culturales; recuerdo que en una elegante bodega todos los clientes miraron hacia nuestra zona a causa de las carcajadas y voces que profirió por una gracia que hice. La verdad del buen vino, el jamón de bellota, el queso de oveja y los cócteles que bebíamos, pasarelas a besos largos como dos novios en el coche, antes de que se consagrara en el burdel a liturgias que la erigiesen en una de las diosas de aquella catedral y a mí, en su acólito.

Las semanas transcurrían según los apuros económicos previstos, aún llevaderos, hasta que una noche apareció un tipo bajito con piel rosácea. Yénifer subió con él; un cliente más. El hombre marchó y Yénifer se dirigió llorando hacia las habitaciones de permanencia; intenté seguirla, pero los vigilantes me lo impidieron; de poco servía mi asiduidad en la barra, ni el que charlasen conmigo en otras ocasiones. Nadie ajeno al negocio transgredía aquellos arcos. Aguardé toda la noche. El bar cerró y me fui triste a casa. No sentía indignación por las muchas horas de espera; tampoco inquietud, sino pesadumbre. La existencia me vetaba los senderos seductores. Me movía en un ambiente demasiado distante al mío. Regresé muy borracho una semana después. La tristeza produce esas abruptas determinaciones. Yénifer no se levantó de su taburete como solía.

-Hola, señorita Yénifer.

-Hola. ¿Qué te ha pasado?

-A mí, nada ¿Y a ti?

-¿A qué te refieres?

-A lo del otro día con aquel tipo, cuando te fuiste sin darme una explicación.

-Oye, nene, yo a ti no tengo que explicarte nada. Soy una puta. Lo hago por dinero; si quieres subir, me lo dices y en paz. Pero no pertenezco a nadie, ni tengo que dar a nadie ninguna explicación de lo que yo haga.

-¿Subimos? -Estaba muy seria. No dijimos nada durante los minutos que tardamos en llegar a la habitación. Me senté en el lecho, mientras ella fue a desnudarse al lavabo-. Yénifer, ven, por favor, siéntate. -Sus ojos verdes imprimían un aura de desánimo a la escena-. No he pretendido ofenderte, pero, bueno... en este tiempo, he creído que te encontrabas bien conmigo, que éramos amigos. Mira... no sé qué ha pasado y no me importa, pero quiero decirte que si puedo ayudarte, me tienes a tu lado. Si no, por lo menos, no me pongas esa cara cuando me veas; y volvamos, si es posible, a estar como la semana anterior.

Puso la cabeza agachada sobre sus manos; la giré por los hombros y conseguí que la apoyase en mi pecho; así permanecimos hasta que tocaron a la puerta para que desocupáramos la estancia. Llamó a la encargada.

-Mami, nos quedamos una hora más, apúntalo a mi cuenta. -Entró al cuarto de baño y bebió agua; se quitó las lentillas, los tacones y el sujetador. Silenciosos nos metimos en la cama. Estaba preciosa con sus ojos negros. Se abrazó a mí.- El hombre que viste aquel día es mi marido, un inglés mal bicho con quien engendré dos hijos. Ahora tienen siete y cinco años. El dinero que gano aquí lo empleo en pagar una deuda que él contrajo hace tres años. Se metió en negocios turbios con gente de su país; un día entraron a la casa dos tipos jóvenes y rubios que una vez vi con él; era tarde y los niños

dormían; mientras yo estaba en la cocina y el otro charlaba con mi marido, uno de ellos entró en el dormitorio de mi pequeña y manchó las mantas con una tinta roja, como si fuera mucha sangre. Era un aviso. Le dije al malandro de mi marido que se marchara, que yo no quería saber nada de aquello, que iría a la policía a contarlo todo. Él me avisó que eran mafiosos, que matarían a los niños igual si no les pagábamos; además, yo podía perder a mis hijos porque él diría que era una mala madre y con los problemas judiciales, lo mismo me los quitaban. No sé, todo era un lío. Mi hermana, trabajaba en un local como éste, le pedí que me introdujera, y ya llevo más de dos años. ¿Qué quieres que te diga? Si la sanguijuela de mi marido no me sacara la sangre, yo ya tendría mucho dinero para ser feliz con los míos. ¿Dónde me iban a pagar todo esto? Y soy libre. Pero el otro día, mi marido vino a decirme que la deuda era mayor, que raptaron a los niños algunas horas y los habían devuelto otra vez, no les hicieron nada pero los niños estaban muy asustados. Yo los dejo con una muchacha, y la muchacha llamó a la policía. Ahora todo está peor porque los jueces me quitarán a mis hijos, o los otros son capaces de matarlos si no les pago lo que debe mi marido.

-¿Cuánto te hace falta?

-Mucho. No sé cómo voy a ganarlo.

-¿Cuánto?

-15.000 euros. –Me miraba con los ojos muy abiertos.

-Bueno, déjame, igual eso lo puedo resolver. Lo de los niños y los jueces, quizás se pueda arreglar también; por lo menos, podemos presentar batalla legal contra eso, buscar un buen abogado y personas que certifiquen que tú te encargas de tus hijos y que decreten un alejamiento para tu marido. No sé. Creo que tiene solución.

-No quiero meterte en mis problemas.

-Me estoy arrojando yo solo. –Nos cogimos las manos y así permanecemos en silencio durante varios minutos-. No te preocupes. –Yénifer me besó; un beso que me supo a alcohol, a tabaco y a la madera de los galeones bucaneros sobre la que navegaban las aventuras.

Me enmarañé yo solo. Un problema monetario menor para quien se ajuste a la ciencia económica. El dinero materializa una idea; el desatino de los ladrones de minucias consiste en que su capacidad inútil para el raciocinio abstracto entiende la riqueza como una serie de unidades tangibles. Yo, a causa del aburrimiento en la oficina, llevaba años preparando un robo a mi propia empresa. Nada espectacular; ellos me robaban una porción de mis años, y yo me resarciría con un autoservicio de capitales. Igual que un recluso, el empleado dócil sólo aguarda que transcurra la condena, o llegue la amnistía en formato de jubilación; pero el indómito ambiciona la fuga y enriquecida por una venganza, aunque simbólica y secreta. Hace algunos años, me enviaron al Departamento de Contabilidad, antes de las fusiones. Pasaba ratos inertes delante de aquellas antiguas computadoras; a veces, me entretenía con las programaciones sólo para que me revelaran sus posibilidades; imaginaba desfalcos que, luego, entre algunos compañeros, mi jefe incluido, ejecutamos como examen para la seguridad del sistema. Un diseño sin fisuras; detectaba en pocos minutos cualquier ardid que articulásemos; los filtros proyectaron sobre nuestros ordenadores las señales de alerta junto a su código de operación correspondiente y demás pormenores de la trapacería. Me vi obligado a hacer horas extraordinarias. Uno de los directores nos ordenó, desde su hotel de esparcimiento en el Índico, que le entregáramos ciertos balances antes de la fecha indicada. Ese día intuí el camino y lo anduve; la operación no fue descubierta durante tres meses; luego la desmonté como si jamás se hubiese

producido. El sistema alertó de un fallo sin más precisiones, tan venial que nadie se aplicaría a su estudio.

Aquella noche, Yénifer adornó su taumaturgia con mayor entrega; quedé sobre el tálamo aturdido por el goce. Qué hembra. Firmaríamos un ventajoso acuerdo entre ambos; las relaciones maduras significan alianzas entre adultos. Yo sólo buscaba buena amistad, sexo y diversión; a cambio, me convertiría en su consejero de negocios y contable. Resarciríamos de inmediato el débito a los extorsionadores.

-Esta gente es muy peligrosa, ten cuidado cariño. –Yo la miraba con gesto de hombre que ya ha pasado por todas las situaciones difíciles.

-Sé cuál es mi blindaje. Si me hicieran algo, la policía investigaría a instancias de la propia empresa; en seguida sospechan que anda algún fraude por medio. Además, sus jefes tendrán mentalidad empresarial y buscarán el beneficio sin problemas. Te quiero proponer otro asunto. Dile a tu marido que le daremos 6.000, ni un euro más; 6.000 para que se vaya y te deje tranquila. También debe aceptar que lo denunciemos por abandono de hogar para que puedas iniciar los trámites de separación. Todo se resolverá en quince días. Que te den ese tiempo. –Nos besamos y volvimos a la cama.

Les pedí dos números de cuentas bancarias que Yénifer me entregó; ambas en Las Barbados. Todo marcharía bien. Estaba alegre y eso le provocaba un comportamiento muy divertido. En los restaurantes, jugueteaba con su pie desnudo bajo la mesa, o nos encerrábamos en el servicio antes de marcharnos con el riesgo de que los camareros nos descubriesen. Días emocionantes en la memoria. Actué. La nueva empresa había elegido nuestro sistema informático pero modernizado; en pocas horas, diseñé el procedimiento. En primer lugar, abrí una cuenta en nuestra oficina de Gibraltar. Breve viaje de ida y vuelta, con la excusa de una revisión oftalmológica. Después, creé otra especial para las disposiciones en efectivo de nuestro propio banco.

Conocía los códigos de control y los salté. Luego, incluí una serie de órdenes que desviaban el redondeo de los cambios de divisas a esa cuenta. De modo que la cantidad detraída, décimas de céntimo inapreciables, multiplicada por el número de movimientos realizados, sólo en la Costa del Sol, con ingleses, americanos y suecos, resultaba una cifra muy respetable en poco tiempo. Además, introduje en la cuenta un traspaso periódico a mi fondo gibraltareño, así nunca se acumularía un capital que alertase a alguien. En diez días reuní todo el dinero, incluso un poco más para mis caprichos. Claves para que la cuenta de Málaga desapareciera sin rastro, visita a Gibraltar junto a Yénifer, abonos a Barbados, rescate de efectivo, y celebración de nuestra libertad. Esa noche se quedó conmigo. Nos alojamos en un hotel de Tarifa; el ambiente de sus calles acompañaba nuestra felicidad. Sentía vértigo por el engaño cometido; no quería pensar en nada, vivía. El desvelo desembocó en una euforia de la que contagiada Yénifer, con el exceso alcohólico, incluso intentó un estriptís en un antiguo castillo remozado en discoteca. Un comportamiento lisérgico el de ambos. Al mediodía regresamos a Málaga.

Me incorporé puntual a mi puesto de trabajo. A las grandes subidas de ánimo continúa una depresión vertiginosa. Entendía en la mirada de los compañeros insinuaciones sobre su inmediato chantaje o denuncia. Me sobresaltaba cada golpe de puertas, o la aparición de cualquier desconocido por nuestra zona de despachos, clientes que se habían equivocado de departamento, o familiares de los oficinistas que los buscaban por mil motivos diferentes. Anduve huraño toda la jornada. Ni siquiera almorcé, preferí dormir; la siesta proyectó una sucesión de sueños tormentosos y miedos indefinidos; imágenes deslavazadas traían escenas desagradables de mi niñez, junto a estremecimientos de angustia y persecuciones anónimas durante las que me quedaba paralizado. Me encaminé al *Lina*. El encuentro con Yénifer alegraría la noche. Vi a su hermana.

-¿Y Yénifer?

-Se fue esta mañana a Inglaterra con su familia. Dice que no volverá a España.

Un grupo de jóvenes la reclamaron para que se acercase a una esquina donde celebraban un cumpleaños. Profería carcajadas idénticas a las de Yénifer.

4

Acrobacias de salón

A veces los días exigen rutina. Un empleado modelo que no alce el dogal de la pantalla de su ordenador; un súbdito que regresa pronto a su casa y no visita bares de copas, ni de alterne, excepto algún domingo, cuando toma un vermú después del paseo por el parque principal, y solícito planea tras el café las labores de la semana próxima. Mis compañeros comenzaron a verme como a un tipo extraño; apenas hablaba con ellos durante los desayunos, me abstraía en la lectura de un periódico cualquiera; sin mucho criterio, deglutía soflamas, anécdotas fútiles y vaciedades que pululaban entre las líneas de las columnas y artículos. Cualquier cosa, antes que cofrade de aquel club del desuello en que se había convertido la media hora de descanso. Quizás temía que en el futuro me denostarían a mí, motivo de risas para todos cuando se revelase mi engaño a la empresa y mi captura casual por parte de un sumiso meticuloso que correría para que el amo le acariciara el lomo y le regalase unos toquecitos en la cabeza porque había cuidado la hacienda, a pesar de que el patrono nunca lo protegerá a él. Imagino el discurso:

-Por haber cumplido con tus obligaciones por encima de lo que estipula el convenio, toma perrito una pluma de esas con que obsequiamos a las visitas. ¿Una foto con sonrisa para el boletín interno de la casa? Usted tiene aquí futuro, eh...

-Menestral, señor. Menestral Alquería, del departamento de divisas.

-Pues eso, Menestral, que usted tiene aquí futuro; se le ve en la mirada, en el gesto, en todo. Así me gustan a mí los jóvenes, con ambición, con ganas de triunfar. No como ese sinvergüenza que usted ha desenmascarado. Un putero, mal padre y vicioso; ya ha visto

usted a dónde conduce el vicio. Así que a su puesto y a seguir con esa sana ambición, eh...Martínez.

Cobré un poco más por la productividad y por horas extra de aquellos meses. Pasaba todo el tiempo posible en mi mesa con mis labores; allí sentado no derivaría por ningún rumbo perjudicial para mí mismo. Sentía lasitud por la euforia vivida. Estaba dispuesto a conocer a alguna chica con la que estableciera un equilibrio que no me sumiese en mi época de matrimonio. Estabilidad emocional. Una compañía grata que no me exija demasiado y que acepte construir conmigo una sólida amistad que, paso a paso, desemboque en algo arraigado en lo profundo. Los tópicos que definen una pareja seria. Cuando uno ha tomado esa decisión, por no sé qué mecanismo del subconsciente, extrae un balance en la rebotica de los complejos personales. ¿Qué ofrezco para que alguien desee mi compañía? Al menos, hasta que descubra esa verdadera personalidad en la que no confío. Me miré en el espejo interior aquella noche. Empezaría caminos nuevos. Deporte, cine, infusiones, academia de baile, lectura de novelas escritas por mano mujeril y limpieza de la casa; también podría comprarme un libro de masajes, decenas de velas y varitas de incienso. Necesitaba un cambio integral. Me inscribí en un gimnasio y en un curso de inglés; acudí al cine de autor con mayor frecuencia; la higiene doméstica mejoró algo y la lectura se redujo al ojeo de los catálogos de librerías donde me informaba acerca de las novedades. Con sólo cinco meses de metamorfosis, me había adaptado a mi nuevo ritmo vital; me vi más ágil y activo; la foto me devolvía una imagen algo más juvenil y delgada. La confianza restituía su orden. Mis horarios dispuestos de modo estricto permitían las actividades seleccionadas. Incluso la empresa se percató de mis actitudes, de mi empuje durante la jornada laboral. Me ascendieron a un cargo superior en otra dependencia de la oficina. Había transcurrido tiempo

suficiente para que los tejemanejes informáticos que urdí yacieran sumergidos en el Hades de los bites. Todo marchó por sus raíles durante un tiempo. Todo, menos yo.

Un atardecer primaveral corría por el paseo marítimo. Las playas malagueñas refulgían capturadas entre el gran rojo del sol vagabundo y los azules que extendían el cielo hacia oriente; el Mediterráneo ondulaba una llanura frondosa sobre la que huir. Me descubrí pensando en la huida. ¿De qué? Me senté en un banco hasta que llegase la noche. Pasaban chicas que hacían ejercicio en grupo. Me sentí desabrido. Un regusto de que las emociones no se conducen por más diligencias que uno les imponga. La soledad. Todo acto exige un precio, la pérdida inexorable; la compañía gana en impresión de metrónomo, pero pierde el brío de lo espontáneo; logra la quietud de un paisaje rural inglés, pero se esfuma la mudable visión de la urbe al fondo llena de imprevisibles encuentros que contrastan con la seguridad de que en el hogar aguarda el mismo rostro, amable o huraño, pero idéntico. La elección define la renuncia. Me había aislado inconsciente. Las pautas terapéuticas que me impuse desembocaron en que no disfrutase una cerveza junto a los compañeros; que me preocuparan más las calorías ingeridas que la anécdota narrada por mi interlocutor cuando algún almuerzo colectivo; o que permitiera la dictadura de la inquietud ante la proximidad de mi hora para dormir aunque me hubieran presentado a una mujer agradabilísima. Cualquier obsesión convierte el paso de las horas en agonía dilatada. Tampoco consideré el abandono de este sendero abierto, a la vez me atenazaba el temor a que se difuminase el fantasma que, de mí mismo, había creado y con el que, tan a gusto me encontraba en teoría. Difícil equilibrio entre la burbuja macrobiótica, y el carnaval en que hemos convertido las relaciones sociales. No me gusta ninguna pérdida y lo intenté. El viento pudre los bajeles varados.

Una tediosa tarde extraordinaria descubrí que la nueva red de comunicaciones internas albergaba un *chat*, en aquel instante con veinticinco usuarios conectados; algunos, compañeros míos como desprendían sus alias: “Cajerito 60”, “Elteclas”, “Calculator”, “Secremarchosa”; pero otros participaban desde fuera, según deduje por las conversaciones en la pantalla general. La empresa instaló un servidor de uso propio que, además, permitía el acceso indiscriminado a algunas secciones para la difusión publicitaria. Apenas si conocía las utilidades y enigmas del *chat*, sino por los pavoneos impertinentes de Esperanza Gallardo, la secretaria cincuentona que, en el cursillo sobre nuevas tecnologías, nos narró cómo ella tenía enganchado a un hombre de Valencia, al que hacía creer que hablaba con una chica de veinte años, su ayuda en el matrimonio desgraciado donde se hallaba sumida; el identificador, “Tristia”, le servía como anzuelo para románticos y dulzones que buscaran el rescate de espíritus abatidos. Nos confesó Esperanza que, a las nueve de la noche, cortaba con brusquedad cualquier conversación y corría hacia su domicilio a la busca de la consola y el teclado, versión moderna de una vampiresa, abstracta como el mundo bit, que deglutía la piedad de quien capturase entre los colores de su mentira. Un ciber-parásito que encubría el aburrimiento con una existencia imaginaria.

En un *chat* se intercambia mayor dosis de información que en cualquier diálogo donde los interlocutores se hallen presentes. La ausencia de escritura sólo indica que el programa no funciona; un *chat* sin voz ni imagen supone la comunicación pura; con rapidez tejemos sendas maromas de datos que camuflan la tela de araña afectiva hacia la que resbalaremos dóciles. Frente al ordenador, la soledad ejerce como consejera; nos diluye el miedo al ridículo mientras relatamos nuestros errores más dolorosos, los deseos inconfesables cara a cara –“me gustaría hacértelo con un pene de goma, mientras lamo tu vagina”-, nuestro pánico, los besos que no dimos a tiempo, o las bofetadas que

nos lastimaron sin un porqué. No nos importa si surge la risa o el disgusto en la terminal ajena; en parte, *chatear* consiste en un análisis introspectivo; tanta desnudez que el otro deseará pronto a la persona que cifre aquellas palabras.

Me introduje en el baile con una máscara eufónica: “Low”. La suerte del principiante; si el apodo queda situado en mitad de la lista por orden alfabético, aumentan las posibilidades de que los demás te brinden su compañía; nadie llama al primero, ni suele llegar hasta los últimos; además, un nombre corto despliega mayor atractivo que “caballerohonesto35”, o “chicaguay”. El seudónimo exhibe tu única imagen frente a los otros, su elección ponderada dibujará la estampa que seduzca, la frontera entre supervivencia y extinción. Los primeros días, me limité a saludos y a despedidas a quienes entraran o anunciaran su marcha; poco a poco, intervine en las conversaciones colectivas; aprendí los códigos de cuándo algo resultaba gracioso, o la represión a quienes se expresaran de modo soez; practicaba el dialecto bajo el que nos conduciríamos. Conozco compañeros que fracasaron en sus deseos de un determinado puesto laboral por un alarde excesivo de interés; otros no lo consiguieron por recato en el esbozo de sus exigencias. La seda pausada del pescador. Esperé a que los asistentes habituales se acostumbraran a mi presencia y atendiesen a lo que les decía; en poco tiempo formé un conjunto de ciber-amistades que me acogían con signos efusivos de bienvenida; me habían agregado a una tertulia de la que una tarde me convertí en el conversador principal a causa de una anécdota que narré.

-TINA. Entonces, me pilló mi suegro liándome con su hijo dentro del coche.

-SORAYA. jajajajajajaj

-CUTRE35. JEJEJEJEJEJEJE

-LOW. Muy bueno, Tina. jajajajaja

-KAREN. ¿Ya no os dejó más el coche? jajajajajaja

-LELE. ¿Le rompiste los amortiguadores, no?

-TINA. No se lo pedimos ni para la boda. jajajajaja.

-CUTRE35. ¿Tu suegro ya sabe que te acuestas con su hijo?

-TINA. Después del primer niño ya no duda. jajajajajaja.

-LOW. Dejadme que os cuente una buena.

-CUTRE35. Esse low que se arranca.

-KAREN. Venga low.

-LOW. Pues tenía yo 18 años y carné de conducir.

-LOW. Mi novia salía de sus cursos nocturnos y habíamos decidido acostarnos.

-TINA. Yo lo hice con 25 abriles, low.

-LOW. Cogí el coche de mi padre, que se encontraba en Ceuta.

-LOW. Volvía a Málaga al día siguiente.

-LOW. Mi madre me hizo una tortillita de patatas porque le dije que iba a un cumpleaños.

-LOW. Yo compré una botella de cava y unos preservativos franceses.

-SORAYA. Romántico cañí, low.

-LELE. Mejor una ración de rabo de toro. jajajajajajaja

-CUTRE35. Lo hicieron en la plaza de toros. lele. jajajajajaj

-LOW. Lo mejor para esa noche. También una radio porque el coche no tenía.

-LOW. Era un R-14. En aquel tiempo, una buena máquina.

-CUTRE35. Todo francés para la primera vez. JAJAJAJAJA

-SORAYA. No. El cava es catalán.

-LOW. Llegamos a un lugar donde las parejas en Málaga se ocultaban de los mirones.

-LOW. Cenamos con el cava y la música.

-KAREN. Faltaba el postre, low.

-TINA. Y la pista de baile, karen.

-LOW. El coche parecía nuestra casa. Una promesa de felicidad futura.

-CUTRE35. La familia caracol.

-LOW. Antes de que ella se marchara con otro, claro.

-SORAYA. Aspiraciones pobres, low. Una casa en un coche... jajajajajaja

-KAREN. jajajajajajaja. Mi novio hizo lo mismo.

-TINA. No te preocupes low. A todos nos pasó. jajajajajajaja

-LELE. jajajajajajajaja

-LOW. Nos besamos e intentamos hacerlo hasta el final, pero no hubo forma.

-LOW. Mi novia tenía miedo a la penetración y me clavaba las uñas.

-LOW. Después de un rato, pasamos al sexo oral, es decir, a charlar.

-CUTRE35. ¡Qué tamaño tienes low!

-TINA. jajajajajajajaj.

-LELE. Muy fino, low.

-LOW. A esa edad, uno es romántico y estuvimos mirando las estrellas.

-LOW. Llegó la hora de irnos y cuando quisimos alzar el respaldo de su sillón, no funcionaba.

-LOW. Me entró tanto miedo que vomité la tortilla y el cava.

-KAREN. jajajajajajajaj.

-LELE. jajajajajajajaj

-CUTRE 35. jejejejejejeje

-LOW. Mi padre me había prohibido que tocara el coche.

-TINA. Estoy llorando de la risa. jajajajajajajaj. Muy bueno, low.

-LOW. Además, quedaba claro lo que había hecho en el asiento.

-LOW. Mejor dicho, no quedaba claro lo que no hice.

-ZOWI. Me he salido del privado para leerte mejor, jajajajajajaja, low.

-LOW. Sentía pánico. Mi padre era un salvaje y regresaba en pocas horas a mi ciudad.

-LOW. Busqué un taller durante toda la noche. No encontré ninguno de guardia.

-LOW. Los taxistas me preguntaban cómo se había roto el sillón.

-LOW. Yo decía que introduje el aspirador demasiado fuerte por las juntas para limpiarlo.

-CUTRE35. Pero si no habías metido nada.

-LOW. Dormí en la puerta de los talleres Renault.

-SORAYA. ¿Te quedaste impotente después? jajajajajajaja

-ZOWI. Muy bueno, low. jajajajajajaja

-LOW. Me dijeron que me lo entregarían el lunes. Inventé que yo era vendedor.

-LOW. Les supliqué porque el coche era mi herramienta de trabajo. Lo arreglarían en un par de horas.

-TINA. Si les hubieras confesado tu pobre manejo de la herramienta... jajajajajajaja

-LOW. Todo solucionado. El final del sufrimiento estaba cerca.

-CUTRE35. Ánimo low. La carretera nacional es tuya. jjjajajajaja

-LOW. La mañana me parecía hermosa. Me senté a esperar en un jardín agradable.

-ZOWI. jajajajajajaj

-TINA. El sol brilla, las florecillas, las mariposas.

-LOW. Fui a recoger el coche. Estaba listo y tenía que pagar en la caja.

-LOW. Entregué al cajero la nota de arreglo y me devolvió el precio. Medio millón de pesetas. Tres mil euros.

-LOW. No podía más. Creí que me desmayaba.

-TINA. jajajajajajajajaja.

-SORAYA. jajajajajajajaja

- ZOWI. Me estoy riendo solo a carcajadas, jajajajajajaj. Muy bueno low.
- LOW. Con lágrimas en los ojos Balbuceé: “¿Pero por un asiento?”
- LOW. El cajero extrañado al verme la cara, revisó sus documentos y dijo. “Ah. No. Lo suyo es gratis. Me he confundido”.
- LOW. Aparqué el coche en el garaje de papá y practiqué la abstinencia durante un mes.
- LELE. MUY BUENO. JAJAJAJAJAJAJA. Magistral, low.
- SORAYA. Torero, torero, jajajajajaja
- CUTRE35. Brindo por low. jajajajajajajaja
- ZOWI. Aún me río, low. Qué bueno.
- TESA. Hola a todos, os veo muy animados con low.
- TESA. ¿Alguien quiere charlar con una chica de Málaga?

Mi timón sufrió un viraje brusco del que jamás hubiera imaginado sus consecuencias. “Tesa” escondía a Clara, Clara Simonet, una recién divorciada un poco más joven que yo, que buscaba alguien con quien charlar y, en el fondo, que su devenir amoroso fuera recompuesto. Nada fundamental se rompe porque uno se quede solo. Clara había estado leyendo la pantalla como una pantera que aguardase el momento pertinente; durante unos minutos me consideró el estorbo que le impedía lanzar su alias al estanque de pesca. Sin embargo, aquella tarde los hilos habían bailado en favor de mi ingenio para que un montón de damas anónimas rieran, “Tesa” también. Las mujeres aprecian a un hombre gracioso por encima de casi cualquier otra consideración; ya que toda pareja tiende a alguna especie de naufragio, disfrutemos mientras la travesía. Clara vio en mí a su elegido, temió mi pérdida entre las brumas de los hercios y se lanzó a una captura sin concesiones. Iniciaba emocionado el *chat* cuando sabía su presencia; el cosquilleo de temor por el funcionamiento de la red evocó aquellos días adolescentes en

que aguardaba a Concha, mi novia, sentado en los escalones de su portal aunque no supiera si su madre le permitiría salir; cualquier retraso provocaba una tristeza que de inmediato apaciguaba la dulzura de su risa.

En poco tiempo “Tesa” y yo conocíamos unas buenas porciones de nuestras biografías; como he dicho, en un *chat*, se tienden las maromas afectivas, o brota la repulsión total con premura a pesar de la falta de contacto físico. Al principio, ella se mostraba muy remisa ante la revelación de sus datos personales; tampoco quería enviarme fotos digitalizadas, ni que oyéramos nuestras voces, ni siquiera con mensajes grabados en su contestador, nada. Bogamos en esa situación durante más de un mes. Mis patronos se removieron por esa injustificada permanencia en la oficina por las tardes. El jefe inmediato me llamó; desde jerarquías superiores lo habían inquirido sobre mí. Me aterroricé por si ahora se les ocurría una fiscalización de las cuentas que yo hubiera manejado con la seria posibilidad de que descubriesen mis experimentos financieros. Me puse nervioso y huí por la vía patética: lloré. Sí, lloré. El jefe abrió el confesionario.

-No puedo más, Agustín; estoy destrozado –dije, mientras me invadía la vergüenza y me sonaba los mocos-. Muy mal. No quiero regresar a casa. Se me viene encima ¿sabes? Llevo con dificultades lo de la separación de Concha y de mi hija. Se marchó de la ciudad hace un mes. Además, está viviendo con otro, y ya ves, me ha llegado la depresión después de tanto tiempo. No es normal, Agustín, no es normal.

-Pero tranquilízate, hombre. ¿Tan mal te van las cosas?

-Qué va, si me van muy bien; disfruto con mi trabajo; no tengo problemas de dinero; y las tías las consigo yo cuando quiera. Si están ahí, no hay más que salir para ligar con ellas. –Agustín me hizo un gesto de picardía desde su sillón.

-Ay, casanova, lo que yo daría por irme contigo una novecita de estas... ¿Te das cuenta de que no pasa nada? Seguro que rehaces pronto tu vida y consigues una mujer estupenda. Sólo tienes que proponértelo. Pero te conviene salir y no estar encerrado, hombre.

-Sí, si tienes razón, pero es que aquí me siento bien y cuando llego a mi casa, me deprimó y me echo en el sofá sin fuerzas para hacer nada... Es horrible, Agustín. No lo soporto. –Declamé esto último con los dedos pulgar e índice sobre los lacrimales para que un mayor efecto plástico aderezase aquella tragedia. Mi jefe permaneció callado unos momentos.

-En serio, te veo mal. Me preocupaba tu insistencia en que las tardes se prolonguen sin justificación; ya sabes que estamos obligados a controlar las conductas de los empleados durante su permanencia en este edificio. En fin, mira, te vas a tomar unas semanas de reposo. –Quise darle un fuerte abrazo. Esto marchaba mejor de lo que yo creía. Permanecí quieto, cabizbajo con los dedos en los ojos y negando con la cabeza.

-No Agustín, si no hace falta... gracias de verdad, eres una excelente persona, pero no hace falta.

-Oye, soy tu jefe y, además, yo también he padecido una separación y sé lo mucho que se sufre. Ve al médico y que te justifique una baja de larga duración. Hazme caso; te marchas un mes y procura divertirte, o descansar, lo que te apetezca. Ah, -con gesto cómplice- y vive lo que a mí ya no me permiten. ¿Eh? ¿Eh? Que habrá que distraerse un poco ¿No? ¿Eh? ¿Eh?

Sorprendido y sin muestra de alegría ninguna salí del banco. El jefe oyó lo que necesitaba acerca de la ausencia de problemas económicos, la peor enfermedad contraída por un empleado de banca; he visto compañeros despedidos porque no se administraban con mesura y finalizaron varios meses con deudas. También supe de

directores a los que nadie reprende a pesar de que gasten en una comida de trabajo el sueldo mensual de esos subordinados. El sistema impone sus costumbres. Me dirigí hacia un ciber-café; mi demora inquietó a Clara. Le anuncié la noticia de mis vacaciones, aunque no, cómo las había conseguido; se alegró. Me atreví; necesitaba conocer a quien impregnaba de felicidad mis tardes. Ella prefería que no nos viéramos. Yo dudaba sobre la conveniencia de un cierto apremio sobre sus actitudes, la comunicación con las mujeres supone una constante partida de naipes. Me atreví ante el panorama de unas crónicas relaciones virtuales; yo no soportaría un vaivén emocional que ya estaba afectando a mi inestable equilibrio psíquico. Comenté que estaba muy triste. Las respuestas llegaron con demora para que entendiera que algo me pasaba; “estoy llorando”, escribí.

TESA. Tienes razón. Soy muy infantil, a veces. Pero es que estoy asustada

TESA. Por no gustarte.

LOW. Lo importante es la persona, Tesa. No el físico.

TESA. Estoy gorda.

LOW. Estás loca ¿qué importa eso?

TESA. Estoy gorda y no te voy a gustar.

LOW. Tesa, por favor, me tienes en una montaña rusa de sentimientos.

-

-

-

-

LOW. ¿Estás ahí?

TESA. Sí.

LOW. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me respondes?

TESA. No quiero perderte. Me avergüenzo de mi cuerpo. Estoy llorando.

LOW. Yo tampoco te quiero perder.

LOW. Por favor, déjame que te llame. Dame, aunque sea, el número de tu móvil.

-

-

LOW. Por favor, cariño.

-

-

TESA. 646810255. Me llamo Clara Simonet. Trabajo en la oficina 35. Sabes quién soy.

Al fin. Por supuesto, Clara Simonet, directora de la pequeña oficina 35. Habíamos coincidido en alguna fiesta; a la mañana siguiente suscitaba comentarios lisonjeros durante el rato del desayuno; una mujer de cuerpo sinuoso oprimida por un gran complejo; toda su esquivez de lince se debía a que se consideraba a sí misma un paquidermo y, sin embargo, su perfil exuberante azuzaba la lascivia. Tomaríamos juntos un café aquella misma tarde. Parecía que nos conociéramos de muchos años; un encuentro cómodo y risueño. Yo miraba sus pechos con disimulo. El vestido de una pieza ceñido resaltaba su cintura estrecha; los tirantes de silicona camuflaban el sujetador; me inquietaron mil fantasías sobre sus formas de zepelín. Tras la cena, frugal a causa de los nervios, paseamos. No la estaba escuchando, me decidí y la besé. Su lengua se movía en mi boca como una danzarina en su apogeo; parecía que ella me sujetaba abrazado en el vacío. Me amedrenté. Fuimos a mi casa y dimos carpetazo vital a la noche. Cuando se marchó me dormí con su sonrisa en la memoria. Al día siguiente le envié un ramo de flores con dos versos: “Aún siento tu boca. Me besa mientras hablo.”

Todo paraíso produce sus alergias. Clara se trasladó a mi refugio sin que apenas me percatase. Yo había olvidado el mucho sitio que necesitan los útiles imprescindibles de una mujer en el cuarto de baño y dormitorio. Mis pocas pertenencias quedaron abrumadas por una invasión rápida. Me había instalado en la comodidad silvestre, lejano a la noción doméstica que implica el matrimonio; regresaría con mansedumbre al redil, dispuesto a un futuro común construido junto a Clara. Firmé un armisticio tácito en el que yo cedía casi todos los espacios disponibles y me quedaba con una porción simbólica de hogar. Qué emocionantes principios. Gracias a mis vacaciones, recuerdo aquellos días como una plácida incursión por nuestros misterios mutuos. La esperaba con la comida hecha, la mesa puesta, y mi mejor delantal. Ella arrojaba su maletín sobre el sofá y se lanzaba hacia mí; en la mayoría de las ocasiones, nos acostábamos antes de que ingiriésemos ni un bocadito. Compré un recetario de cocina actual; quería convertir los almuerzos en una fiesta; platos poco usuales, acompañados de sorprendentes combinaciones de sangría y ensaladas. Sin embargo, Clara no parecía darse cuenta de mi esfuerzo, ni siquiera de que la recibía con una serie de delantales bordados que historiaban los diferentes tipos de carnes, las verduras en inglés, nombres de crustáceos, o la palabra *chilindrón* repetida mil veces. Atendía poco a los detalles. Durante la mañana, yo limpiaba la casa, hacía la compra, rellenaba con flores nuevas el jarrón, ponía la lavadora, la secadora y planchaba. Empecé a sentirme frustrado con el hecho de que Clara no reparase en los múltiples cuidados por los que mi natural zahúrda parecía un lugar pulcro para los dos. Una tarde me notó esquivo. Descompuso su sempiterno carácter plácido.

-Es que desearía que me reconocieras lo que hago.

-¡Mira si te sientes mal porque yo me haya venido aquí, me lo dices! ¡No me gustaría que jugaras conmigo! Si ves que no me adaptas a la vida en tu casa, lo dices y ya está.

-¿Pero qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? –Yo también perdí el control.

-Llevas raro varios días. Te lo he notado.

-Pero si te lo estoy diciendo y te estoy explicando por qué es. En vez de defenderte con esa idiotez de que no juegue contigo. ¿Por qué no intentas ponerle solución? –Vociferé.

Clara se dirigió al cuarto de baño. La oí vomitar. Estaba aturdido; no comprendía qué pasaba. Me senté en el sofá; le pedí que se acomodase junto a mí y charláramos con calma. Se marchó. No dio un portazo. Su imagen se me desmoronaba como un castillo de copas de champaña tras la coza de una mula. Yo no había rogado más que algo de atención y ella respondía igual que un perro apaleado. La convivencia asesina al amor, y sólo en veinte días. Me quité el delantal y lo lancé contra el suelo. A la media hora, sonó el timbre. Clara, con gesto afligido y una tarta Sacher en la mano.

Nos acostamos –qué maravillosas las reconciliaciones primeras- con pasión de adolescentes, nos comimos aquella arquitectura de chocolate y confesó. Clara tuvo una historia de la que no me había contado nada. Un día, cuando volvió del trabajo, él no estaba. Sin aviso se llevó sus pertenencias pero ni dejó una nota; tampoco había surgido un motivo; al menos, que ella supiera. Lloró varios días junto al teléfono. Cuando lo llamó al trabajo, aquel tipo le dijo que no la soportaba, que lo dejase en paz. Yo constituía casi un experimento; según me dijo, le provocaba tanto miedo la vida junto a alguien que rompió algunas relaciones por el terror a su inicio. Nos abrazamos, nos besamos y, luego, concluimos con la tarta. Aquel placer se convirtió en un hábito. Clara, para que su respeto se materializase, aparecía todos los días con un pastel distinto y apreciaba más mi comida, mi pulcritud y mis delantales tan graciosos. Los días desplegaban sus colores amables.

Yo no deseaba mi regreso al trabajo, tan a gusto en el hogar. Me argumentaba a mí mismo que, en cierto modo, merecía aquellas vacaciones a causa del estrés acumulado durante convenios. También las empresas contraen un compromiso social con los trabajadores, ¿no? El médico me regaló tres meses de baja laboral; un premio por mi magnífico vodevil como depresivo. Mi superior, Agustín, con el que hablé por teléfono porque no me atrevía a cara a cara, me animó y me dijo que él estaba seguro de que yo acabaría así, que yo me encontraba triste aunque no me diese cuenta, porque él había leído mucho sobre esas cuestiones. La confirmación de las teorías de un jefe, aunque desequilibradas, tipifica a la vez el mejor y peor acontecimiento en el trato con su subordinado. El viento soplaba hacia mi rumbo en estas singladuras. No obstante, temía la reacción de Clara ante la noticia; no me fiaba de una directora de sucursal; yo desconocía su concepto de trabajo tanto como su idea de la guerra de escalafones, moderno trasunto de la lucha de clases. Marx se hubiera reído con mis atentados de cama a la jerarquía directriz. Clara llegó con una tarta y una sonrisa. Cuando le comuniqué mi continuidad en la etapa doméstica, se alegró mucho; me sorprendió, pero no la juzgué. Nuestra pista de despegue se ampliaba a sí misma y permitiría un largo vuelo.

Clara transportó a mis cuartos dos maletas más de ropa, junto con un nuevo montón de cachivaches que incluían ingenios como una palangana eléctrica masajeadora de pies, un secador profesional de pelo, un horno exclusivo para pizzas, un estimulador eléctrico de musculatura, un banco para abdominales, un *wok* con termo-difusor “speen-wind”, y una caña de pescar plegable calculada para la guantera del coche; Clara, además de comedora compulsiva de tartas, se enorgullecía como espectadora profesional de programas televisivos nocturnos en los que se lanzaban al mercado doméstico, mediante grandes dotes de persuasión, los más disparatados

derroches de ingeniería contra los que no se ha dictado ley alguna, y sin los que, aún, no comprendemos cómo sobrevive la humanidad.

En pocas jornadas, mi pequeño escondrijo despejado mutó en una almoneda con dificultades para el movimiento, y mi vida sufrió una alteración de raíles que hubiera destrozado cualquier locomotora. La limpieza matutina del polvo se convirtió en una tarea farragosa a causa de los cacharros que desbarataban aquella jungla con dirección postal. En la entrada, el secador de pie servía como percha para abrigo; por el suelo, un juego de baldes; el wok sobre un sillón y, así, en cada hueco. Una vez acabadas mis tareas de higiene doméstica, hacía la compra y la comida. Ya no me preocupaba que Clara me encontrase barbudo por desaliño y con el delantal repleto de manchas, aunque ella, de costumbres fijas, nunca olvidó el dulce de postre que nos derrotaba grávidos hacia una larguísima siesta; después nos ocupábamos en ver la televisión hasta bien entrada la noche, sobre todo, reportajes publicitarios. Los domingos salíamos para andar. Observé varios síntomas preocupantes respecto a nuestra cohabitación. En pocas semanas se difuminó la necesidad de la cópula; casi no hablábamos; yo sufría neurosis de sirviente monástico y me enfadaba mucho que, por ejemplo, sus cajones quedasen abiertos porque iba tarde hacia la oficina; cualquier fútil asunto hogareño me desencadenaba un gran disgusto que rumiaba durante varias horas como una afrenta infligida a mi afán de orden; a todos estos avisos de confusión severa hube de sumar el efecto de que una mañana los pantalones no me abrocharon. Clara traslucía de nuevo su incapacidad perceptiva sobre lo que sucediera en su entorno. Me sentí angustiado por aquel simulacro de maridaje que, apenas, duraba dos meses y había metamorfoseado mis esquemas de existencia, mi espacio y mi tejido adiposo.

Durante el siguiente paseo dominical yo sólo contemplaba el reflejo de mi barriga en las vidrieras, previo al de mis brazos. Sentí que la respiración desfallecía y

para que no se alertase nos sentamos hasta que me tranquilicé. Las condiciones delimitaban unos conductos muy estrechos para mí: si pretendía hablar con ella, su géiser automático de fantasmas brotaría como un chorro histérico; por otra parte, yo nunca había padecido una quietud emocional tan sólida que me condujera hasta un ataque de angustia como el que estaba sufriendo sentado en aquel jardín junto a Clara, espectadora indiferente del paisanaje urbano mientras comía pipas de girasol. Soportaría aquellos pequeños inconvenientes, decidí, como los inevitables ajustes entre dos personas que se adaptan a su nuevo mundo.

Nunca había considerado el trabajo una liberación. Hice la cama y me dirigí hacia la consulta del médico; antes dejé preparado un pargo a la moruna con sus pimientos de dos tipos, cebollitas doradas al jerez y tomate picado. La enfermera accedió a que pasara aunque no me hubieran citado.

-No parece muy urgente, la verdad.

-Mire señora, me encuentro mal. Sólo el doctor me comprende. A usted no le cuesta ningún trabajo decirle que estoy aquí. Necesito verlo, por favor. –Se me escapó un tono alto en la frase última.

-En mi mostrador no dé usted voces. Tranquilícese y siéntese. En breve lo pasaré. Llevamos una mañana con muchos retrasos.

Los pacientes me miraban. Saludé, y balbucearon un “buenos días” desabrido. Cumplían con un competidor; quizás, alguno tuviese que prolongar más su visita alguna hora por los favores de la enfermera hacia mí. Ellas exhiben un poder desmesurado en este contexto. Abren la puerta junto con la actitud del doctor hacia ti. “Va a pasar ese tipo desagradable”, o “Ahora le toca al niño maleducado ése ¡Qué cruz nos ha caído!”. Decretan y predisponen al médico para que atienda con solicitud o esté deseando echarte lo antes posible. Llega un momento en que el mando de la terapia queda

delegado a la enfermera; por lo general, una chica guapa y responsable durante su juventud a la que, poco a poco, van envenenando los lustros transcurridos en el mismo oficio y el poder del que se van imbuyendo. Se inviste en sacerdotisa mediatrix entre nosotros, y el dios menor capaz de eliminar las dolencias.

Ante estos arbitrios siempre recuerdo a mi amigo Rafael Dueñas, alabado por magnífico estudiante desde el instituto, como por excelente persona; uno de los pocos que se interponía durante aquellas trifulcas juveniles entre los débiles y cualquiera que intentara hacerles daño. No lo respetábamos por su fuerza, de la que carecía, sino por su atractivo moral, por su mirada feliz, por sus actitudes siempre sensibles. Cualquiera héroe oculta una herida de derrota. Se casó con la enfermera de su consulta médica. Dos poderes unidos definen la tiranía. Su esposa no permitió que en aquel espacio laboral rigiera ninguna otra chica, menoscabo de su imperio y, con seguridad, una tentación futura para su marido; ambos solos en un piso con camilla, sin horario fijo de cierre y con excusas múltiples para un chequeo desnudos. La esposa enfermera, la monja alférez, la mantis religiosa. La señora de Dueñas, Rita, ejecutó eficaz su cometido. Filtraba las llamadas de amigos que, según su criterio, no le convenían a su esposo. Ordenaba la bolsa hogareña y laboral. Decretaba los movimientos de su marido hasta en la consulta, cuando se crecía y expulsaba pacientes, o regulaba el paso arbitrario de unos u otros, amparada en el gran prestigio de su eminente que no vivía más que para la investigación y la sanidad de las dolencias. Incluso lo acompañaba a los congresos, eventos de expansión lúdica y farra entre colegas que aprovechan un recreo lejano a su ámbito, por ejemplo en clubes nocturnos junto a los representantes de los laboratorios, habituales organizadores de estos saraos. Una tarde me crucé con el matrimonio; salían de la consulta. Rafael había perdido aquel aura que tanto nos cautivó de adolescentes; puede que la edad, pero yo creo que se ha convertido en un humano de invernadero,

domesticado por su dama. Dueñas giró la cabeza y alzó tímido la mano; sus ojos semejaban el vidrio sucio. La esposa aceleró el paso.

-Entre. -Dijo la enfermera con gesto de desagrado. Los demás pacientes me miraron mal.

-Siéntese. Me ha comentado Silvia, mi enfermera, que está usted muy nervioso.

-No... Verá... en fin. No he querido parecerlo.

-¿Por qué se encuentra nervioso?

-¡Ya le digo que no estoy nervioso! He tenido problemas. Tal vez sea eso lo que ha dado de mí la imagen de alterado. Mire, siento que me angustio en casa y le ruego que me dé el alta laboral. Quiero volver al trabajo. Encontrarme con mis compañeros. Salir. No quiero permanecer encerrado.

-Vamos a ver. En primer lugar, yo no le dije que se enclaustrara. Al contrario. El objetivo que perseguimos es que recupere usted la tranquilidad perdida por quién sabe qué motivos. O sea, que debe usted salir, tomar el sol, practicar deporte. Observo que ha ganado usted bastante peso. En segundo lugar, su obsesión por volver al puesto laboral no es más que síntoma de su depresión que, ahora, se manifiesta en distorsiones cognitivas que le provocan un fuerte miedo a sentirse inútil o, quizás, rechazado. Le recetaré unos tranquilizantes. Tome uno antes de dormir y pida cita para dentro de cinco semanas. Le prolongaré la baja hasta entonces.

El médico me acompañó hasta la puerta. Yo, cabizbajo, casi no reunía coraje para una réplica rebelde contra aquella situación. Contuve un leve lagrimeo por pánico a que la dispensa temporal de mis funciones oficinistas se convirtiese en perpetua. Compré las píldoras y engullí dos en el interior de la misma farmacia. Tras el escaparate, un cartel publicitario de zapatillas deportivas, mostraba a un sonriente explorador inmerso en una olla; su lema me turbó: “Quien resiste, gana”. Cuando entré

en casa, empujé por descuido una especie de pértiga de metacrilato “durílium”, ideal y tecnológicamente avanzada para ejercicios reductores de celulitis; rompió un Buda de la suerte en porcelana pequinésa que, rodeado por diez pequeños elefantes, sonreía sobre un par de paquetes cuyo contenido nunca me provocó curiosidad. Salté sobre los trozos del Buda quebrado por el efecto ateo de las leyes físicas, e ingerí otros tres comprimidos. Me acosté.

En sueños mi madre me arrastraba hacia la escuela; yo no quería ir, tendría un examen de matemáticas, repleto de logaritmos y funciones exponenciales. Me invadió la angustia de que ni siquiera ostentara el título de graduado escolar. Yo intentaba convencerla de mi condición presente como licenciado universitario, pero ella no me oía. Los transeúntes carcajeaban a nuestro paso. Alrededor de mis delirios se congregaron Consuelo, la tendera proveedora del pan; el fontanero que cerró la persiana del taller con su cabeza debajo y, desde entonces, no pudo pronunciar ciertas palabras; Giovanni, que nos ofrecía una moneda a los niños si dejábamos que nos acariciara el pene. Todo mi barrio de niñez acompañaba aquel desatino. Me llegó la conciencia de que aquel desbarajuste se desarrollaba en un sueño cuando recordé que los logaritmos se estudiaban en el instituto. Me tranquilicé y lo dije a mi madre; pero poco convencida por mi argumento me zarandé; según ella me burlaba de sus atribuciones. Noté las sacudidas imperiosas.

-Despierta, vamos, despierta. ¿Pero qué has hecho, imbécil? –Clara me rugía y me agitaba con brusquedad; también abrió mis párpados a la vez que me enfocaba con la luz de su linterna “whigt-sky”, con sensores infrarrojos para la caza nocturna, o la detección de intrusos invasores en el campamento; además de la extrema potencia de su bombilla “ultra-incandescente” que me achicharraba la pupila.

-¡Pero déjame! ¿Pero qué haces? -Clara me abrazó. Me sentía desorientado y con vértigo.

-¡Te has tomado las pastillas que había en la cocina! He llegado y la mesa está sin poner, el bote de pastillas abierto y tú en la cama sin despertarte a pesar de que te agitaba y te gritaba. Creí que me iba a desmayar. Te he puesto el cardiograma electrónico y eso me ha tranquilizado. -Una cinta ancha conectada con un pequeño monitor constreñía mi brazo derecho; sobre la pantalla, el dibujo de un círculo amarillo con una sonrisa y dos puntos como ojos indicaba que mi corazón aún vivía. Otro adelanto más de las técnicas de tele-venta nocturna que nos desbroza las veredas de la vida.

Calenté el pescado mientras Clara se calmaba en la ducha. Aún aturdido por la pesadilla del retorno a la escuela la interpreté (¿de dónde, esa porfía en la interpretación de los sueños?) como miedo a una falta de personalidad, a la conciencia de pérdida del tiempo durante muchos años; eso me apesadumbró. Tras el rito del postre dulce, copulamos. Los zombis atraían a Clara más que los vivos, según parece. Bendito Freud.

Las horas resbalaron por sus minutos y las semanas por los días. Añoraba mi independencia, los momentos dedicados al disfrute de mi soledad; ahora sin solución lamentaba su trueque de caminos; aquellas tardes en que corría por el paseo marítimo e, incluso, las noches en que me acostaba sin cena. Me afligía la memoria de mis medidas anteriores y este globo en que se había convertido mi cuerpo. Cambié de talla de pantalón un par de veces en período corto. Además mi médico pensaba que todo se debía a mi depresión artificial; todos los indicios fortalecían sus diagnósticos y me condenaron a una cárcel donde entré como un juego. Esta irrupción de una inesperada alerta onírica confirmaba la mansión ruinoso, el habitáculo donde se debatía mi subconsciente. Engullí dos tranquilizantes. Clara comía palomitas de maíz frente al

televisor. Ella no engordaba más a pesar de lo zampado. Busqué la faceta positiva al hecho de que estuviese sentada en mi sofá. Tanto tiempo ansiándola en el *chat* y, ahora, cuando convivíamos me ahogaba su presencia y la de sus chismes. Tampoco me atrevía a pedirle que marchase, que replanteáramos la situación; temía sus ataques de irracionalidad. Pero tenía que hacerlo. Otro tranquilizante y me acosté. Clara se acurrucó junto a mí y me besó la nuca. “Te quiero”, creo que oí antes de que me durmiera. Pasado un mes pedí cita al médico; en esta ocasión usé las palabras justas, esas que él buscaba en mí; le transmitirían el fastidio por la incorporación próxima a mis labores bancarias.

-Pase, pase, cómo va todo.

-Muy bien, doctor; las vacaciones han sido estupendas; ahora comprendo que estaba peor de lo que creía. Fíjese. He ganado demasiados kilos, pero... ya procuraré perderlos.

-¿Se encuentra usted nervioso?

-No. Me encuentro muy tranquilo desde la última visita y, la verdad, no me agradaría regresar al trabajo. –Ambos reímos.

-Eso es lo normal. Pero ya sabe... hay que ganarse el pan con el sudor de la frente y, después de constatar lo calmado que se encuentra, su buen aspecto, y el período largo de convalecencia, considero favorable que se incorpore a su puesto de trabajo. Sería negativo, desde muchos puntos de vista, que prolongáramos más esta baja. –Reprimí un salto de alegría. Continué con mi pose displicente respecto a mi libertad.

-Bueno, doctor, si usted lo cree necesario... ¿Le importaría recetarme unas cajas de tranquilizantes? Tengo el sueño cambiado a causa de la inactividad, y sospecho que me será difícil la adaptación al nuevo ritmo.

Cuando salí de la consulta el mundo me pareció más luminoso. Un preso libre de la celda en que había ingresado por su voluntad. Comunicué la noticia a mi jefe, y la

acogió con alegría paterna. Culminaba la buena acción del año hacia su subordinado. No demostré mi contento ante Clara; escapaba el cautivo y brotarían todos sus miedos. Cuando llegó a casa la recibí sin agasajos especiales. Ella inició la conversación mientras yo cortaba la tarta, una de las últimas sobre mi mantel, según mis pretensiones. -Ah, pues me ha dado el alta el maldito médico. No he podido engañarlo. Pero tú no te preocupes, ya verás cómo nos adaptamos bien a los horarios. Además, apenas lo notaremos, porque mañana es jueves, luego el viernes y el fin de semana.

No habló durante el almuerzo. Comía con los ojos fijos en el vaso, como si un mecanismo automático regulase sus articulaciones. La saqué de su ensoñación cuando serví una tarta de frutos secos y fresas. Cansada, se acostó. Engullí un par de tranquilizantes y fregué los platos. Mientras los enjuagaba fluyeron por mi imaginación las escenas –tangibles en demasía a causa de las drogas- del regreso a su casa. La veía cómo despertaba impelida por la determinación de su marcha; yo argumentaba, con rostro inexpresivo, un par de frases de las que se enarbolan en esos momentos vacíos de la espera y que el tiempo las tinta absurdas: “es mejor para tu felicidad”, o “cariño, ha sido una etapa preciosa pero, por el bien de ambos, considero que es lo más adecuado”. Ella esbozaba una sonrisa y ambos, muy cordiales, embalábamos sus pertenencias en cajas y repartíamos con generosidad algunos objetos comunes; después, un beso, loas mutuas, promesas de amistad eterna, emociones contenidas, taxi, mudanza al día siguiente y, al fin libre. Pero no. La realidad impondría otras asperezas al guión. Las relaciones entre humanos empiezan con buenos propósitos y culminan con daño. Me lancé desde el trampolín con Clara porque me parecía hipnótica en el *chat*. Me había enamorado de una pantalla de ordenador a la que yo le concedí voz, cuerpo y personalidad.

Flotaba entre sentimientos ambiguos. La pesadumbre por el final de este período, y el desánimo a causa de mi incapacidad para que finalizase aquella relación donde me juzgaba a mí mismo, más recluso que amante. Pero me asustaban las discusiones. ¿O las decisiones? Consideraba imposible que se sentase frente a mí para que le explicara que nuestra pareja se había enmohecido. Aún me quemaba el recuerdo amargo de Concha, mi mujer. No sé cómo lo hice. Ambos ejecutamos nuestros personajes igual que un juego destructivo de matrimonio hastiado donde cada uno quiere demostrar al otro su poder. Un comportamiento mutuamente sádico. Que estalle la bomba adosada a mi cuerpo para que el enemigo también reviente. Aquella ruleta rusa disparó efectos imprevistos. El devaneo concluyó con una separación irresoluble, no sólo de ella sino también de mi hija que, algún día, bajo el mandato de cualquier crisis adolescente, quizás me busque; yo no sabré justificarle mis años de silencio. “Tu madre se fue de la ciudad”. “Necesitaba encontrarme a mí mismo”. “Eras muy pequeña para que yo te cuidara...” Argumentos que mitigasen los efectos del egoísmo con el que actué, tal como entiendo ahora. Los tranquilizantes anularían estas ideas perniciosas. Me horrorizaba la certeza de una bronca para la ruptura. Ese “tenemos que hablar” con el que comienzan todos los certificados de defunción matrimoniales me helaba la piel sólo con su bisbiseo. Los narcóticos cumplieron su cometido. Sentía mucho sueño. Consumí dos más. Estaba bien entrada la tarde; ambos descansaríamos hasta el día siguiente. Mejor así. Que rueden las horas. Que cada agua busque su río. Dejé el cuarto a oscuras, puse el despertador y me abracé a Clara que, desnuda, roncaba con suavidad; me rondó la idea de despertarla con caricias y besos, pero tampoco me encontraba tan excitado.

Soñé con mi madre y el colegio; esta vez, quería huir de la pesadilla. Imposible. Casi salté desde la cama con el reloj. Me preocupaba el sentido de auto-desprecio que yo mismo concedía a aquel delirio recurrente. Clara se levantó. Habíamos dormido unas

trece horas. Un hormigueo cosquilleaba mi nuca y una insuperable pereza me restaba ímpetu. Clara parecía más animada. Almorzaríamos en la calle y por separado; yo necesitaba tiempo para actualizar el trabajo de mi mesa que estaría repleta de documentos, circulares internas con instrucciones sobre mil banalidades y montones de problemas, importantes sólo para los jefes, por supuesto.

Mis compañeros se alegraron al verme; al menos eso decían. Todos aludieron a mi gordura, asunto que me empezó a acomplejar. “La culpa ha sido del tratamiento”, les indicaba. Me incorporé sin dificultades a mis tareas. Una primera jornada fructífera, aunque saliera muy tarde. Las seis y no había comido; tampoco lo echaba en falta. Anduve hasta casa. Silbaba una melodía de moda. Nunca había reflexionado sobre la libertad que alberga el camino desde el trabajo.

Tras pocas semanas, me encontraba con la mente desentumecida y casi abandoné los tranquilizantes. Incluso regresaron mis apetencias sexuales; veía a Clara más vivaz, más activa, como si le hubiera contagiado mi nuevo ritmo. El apartamento relucía, bastante más ordenado y limpio a pesar de los horarios o, tal vez, por su culpa, obstáculo para que Clara absorbiera programas nocturnos de televisión. Como en un biotopo, la selección natural consiguió que cada aparato cumpliera su destino, la mayoría averiados en el fondo del cubo de la basura, otros en cajones, baúles y estanterías, en ese limbo peculiar de los electrodomésticos envejecidos. También salíamos juntos en más ocasiones a la calle; nos demorábamos en tascas, o en aquellas compras de mantenimiento de las que yo me encargué a diario, o comentábamos las incidencias laborales en cualquier terraza frente a un par de cervezas. Otro mundo. Clara volvió a parecerme una persona interesante y atractiva, como si se le hubiera desprendido el bigote de carcelero, o el que yo imagino a todos los carceleros del mundo. Mi páncreas agradecía la ausencia de azúcar en la dieta. La felicidad propia

transmite alegría a los demás; una persona agradable a los ojos de los otros. Mis compañeros reían conmigo, y durante los desayunos, animaba yo charlas y pequeños debates sobre ese conjunto de desvelos efímeros al que llamamos noticias diarias; procuraba que mi entorno se impregnase algo de esta nueva vitalidad. Consideré que mi despacho transmitía una apariencia más triste de lo deseable y dispuse los cambios; compré unas láminas enmarcadas de Paul Klee, de las palomas de Picasso y del Matisse más mediterráneo; también adquirí, de oferta por cierto, un juego de escritorio que combinaba los colores salmón y naranja; ordené mi mesa cercada por dos jarrones de flores artificiales y una palmerita natural. Componía la armoniosa disposición del conjunto cuando entró mi director inmediato junto con una chica.

-Te presento a Emma. Aprenderá con nosotros durante unos meses por el convenio de prácticas que hemos firmado con varias instituciones. Trabajará contigo. Espero que la experiencia sea satisfactoria. Emma, te dejo en buenas manos. –Me guiñó con complicidad y se fue.

-Así que... de prácticas. –Balbuceé frente a una chica de veintidós años, alta, con pechos como espolones frente a mis miradas fugaces, y con la ilusión de la edad dibujada en el rostro-. Pues ya ves, tu primer aprendizaje será la composición adecuada de unos jarrones. No creas que los traje porque sabía de tu llegada; pero ya que estás ¿te importa ayudarme con esto? Soy el tipo más torpe del mundo con unas flores entre las manos. –Emma se rió.

-Pues le están quedando muy bien.

-Pero no me hables de usted, no soy tan... quiero decir que somos compañeros.

-Reaccioné; justificaría un trato de confianza entre ambos a causa de mi madurez sólo incipiente, uno de esos argumentos vacuos que se articula cuando median más de veinte años entre los interlocutores. Pues claro que me considera mayor para ella; podría ser su

padre, le doblaba la edad. Yo nunca padecí una crisis de los cuarenta, ni nada parecido, al menos que yo sepa. Mi divorcio coincidió con el final de los treinta, pero jamás lo asocié con otra circunstancia que no moldease un estricto desamor.

Emma apareció en un episodio, digamos, renovador de mi biografía, con el que cuadraba muy bien. Tras el despacho, llegó el turno para mi mudanza estética; al principio, de un modo tímido, mi sueldo no consentía mucho dispendio. Iba con Clara a los grandes almacenes de ropa; sus tendencias clásicas tampoco definían mi gusto; regresábamos sin compras y eso ocasionó algún ligero mal roce entre ambos. Clara soportaría incólume tres horas de programa de ventas televisivas, pero no aguantaba diez minutos frente a un expositor de trajes o corbatas. Emma exhibía melena lacia con mechas irisadas sobre negro; sus conjuntos de vestir reflejaban el júbilo vital de los veinte años; junto a ella me sentí de golpe un adefesio añoso y cansado; al menos, adelgacé bastante en los últimos meses. Clara comenzó a sorprenderse de mi curiosidad por los catálogos de moda masculina, por los reportajes que los informativos dedicaran a los diseños de telas actuales o cortes de pelo; manifestó suaves críticas sobre la dedicación con que me entregaba a mi acicalamiento diario, sobre la cantidad de cremas antiarrugas, afirmantes y suavizantes para el rasurado que me compraba, sobre esa curiosidad por la perfumería de ambos sexos y, en definitiva, Clara sospechaba que algún cambio se estaba gestando en mí o en mi entorno que a ella le afectaría en poco tiempo. Sus antiguos temores manaron desde la peor cloaca posible, la de los celos.

Los celos se basan en la humillación que uno se inflige a sí mismo para que la culpa del daño recaiga sobre el otro. Un tipo se fustiga la espalda y grita, atontado por el dolor, que ha sido su novia que en ese momento, supongamos, se encuentra en la piscina del jardín relajándose y ajena al odio que ha despabilado en su pareja quien, ya estudia las posibles venganzas mientras le crujen los dientes. Si el sujeto padece un grado de

demencia alto, aprovechará cuando la chica se duche para que sea declamada una versión propia de la bañera sanguinolenta; si su capacidad de contacto con el mundo no se ha difuminado entre el velo mortífero de los complejos personales, hará la vida imposible a quien tanta injuria le produce sólo con su presencia. Los celos también articulan uno de los motores del ser humano. Hay quien no sabe amar sin ellos porque le invade la apatía, el limbo de una convivencia demasiado simple. Por celos, el marido, vago que jamás despegó la espalda del sofá, soportará ocho horas a la intemperie; anhela la constatación de que su mujer disfruta unos minutos de ocio con alguien del trabajo; el cónyuge más olvidadizo padece una repentina híper-memoria que le hace presentes frases y actos, hasta antiguos, que él teje, ensarta e hilvana para que lo cubra esa vestimenta de inquina de la que no se desprenderá en mucho tiempo. Sin embargo, los celos pueden producir efectos beneficiosos. Algunas parejas sólo alcanzan noches gloriosas de sexo cuando uno de los dos sufre la punzada de la inseguridad. Reacción anómala; como sabemos desde San Juan Bautista alguien pierde la cabeza; además, los celos se enredan en varias direcciones; una lectura minuciosa de aquella historia bíblica interpretará que la decapitación del Bautista sucedió a causa de que Herodías, madre de Salomé, obnubilada por la posibilidad de que esta terminase en brazos del carismático Juan, aconsejó a su hija-estriper que, con la excusa de ciertos insultos, pidiera la cabeza de quien tanto la despreciaba; sin embargo, Herodías nunca manifestó incertidumbres por su marido libidinoso, Herodes, a quien su hijastra había enfebrecido la libido con su danza hasta la irracionalidad. Una historia de celos de lo más vulgar, surgida desde dos puntos distintos hacia una misma desgraciada intersección. Los celos seleccionan una parcela de la realidad circundante y en ella siembran la inquina e, incluso el ridículo y la desgracia.

Las alas de Emma se movieron y tronó la tormenta. La idea de que la vería alegraba mi ducha e, incluso, el camino hacia el trabajo. La presenté al grupo de compañeros oportunistas con el que desayunaba; se erigió en reina de la media hora sindical y yo en el envidiado por todos. Los días transcurrieron mansos en la oficina pero en el hogar Clara se comportó esquiva y huraña; mientras yo fregaba los platos caí en la cuenta de que hacía muchas semanas que no copulábamos. No me preocupé, un estado mortecino con difícil reparación, como esta espuma que mi fregadero vertía desde un seno al otro donde depositaba los enseres de cocina ya limpios. Cualquier fenómeno del universo es acechado por situaciones complejas. Clara y yo deberíamos de hablar sobre nuestra ruptura. Aquella noche sufrí mi sueño recurrente. Me levanté muy aturdido. Clara ya se estaba maquillando para salir; ya tampoco hablábamos antes de que cada uno marchase, ella inmersa en el desarrollo de sus labores inmediatas. Al mediodía, cuando me dirigía hacia casa, vi a Emma de pie junto su coche aparcado en una esquina; me acerqué.

-¿Qué sucede? –Exhibí mi mejor sonrisa.

-No sé, se ha parado de pronto.

-¿Tendrás suficiente gasolina, no?

-No, papá. La nena se ha olvidado de echar gasolina. Tonto –Rió.

-Perdona, a veces, los tíos somos bastante estúpidos a la hora de juzgar una mujer al volante. Anda, abre el capó. –Como hombre me sentía obligado a exhibir algún conocimiento de mecánica; interpretaría los mensajes del motor mediante vaticinios. Sólo veía un revoltijo sucio de cables, tubos y bloques de tornillos; igual que si contemplara el aparato digestivo de una vaca. –Entra y arranca. –Emma activó el encendido. Tosieron algunas piezas y aquella maquinaria sufrió convulsiones, como monstruo abatido que deseara levantarse. Saqué la cabeza y le dije que lo intentase de

nuevo; el motor se puso en marcha. Emma salió del coche y yo cerré la portezuela con aire de suficiencia ante un milagro propicio.

-Muchas gracias. ¿Qué le pasaba?

-Nada, que estaba ahogado; había que ajustar un poco el cable del acelerador.

-Muchas gracias, de verdad.

-No obstante, llévalo al mecánico y dile que se te ha quedado ahogado, que le mire el carburador.

-Lo haré. ¿Te has manchado mucho?

-Oh, no. Las manos sólo. No es nada.

-Espera. –Emma sacó de la guantera unas toallitas de papel perfumado; ella misma me limpió los dedos uno por uno; cuando acabó, me dio las gracias, de nuevo, con un fuerte beso en la mejilla; me abrazó con su sonrisa juvenil, se marchó, y yo me quedé transido por el golpe de un lejano oleaje de vida.

Clara no estaba en el piso. Sus objetos expelían la quietud de un acuario sin peces. Comí y me acosté. Me despertaron los saltos del mecanismo de la cerradura; me dirigí apresurado hacia la entrada. Algo sucedía. De modo inconsciente, nos acostumbramos al ritmo de los cerrojos, a la cadencia de los pasos y los gestos de quien deposita unas llaves sobre el mueble de siempre, guarda la cartera en el cajón, o cuelga un abrigo. La monotonía rige esa música que, imperceptible, acompaña nuestras horas; cuando la métrica se altera intuimos la desgracia. Clara extraía documentos de un cajón y los guardaba en una bolsa; ni siquiera me miró.

-Antes de que empieces a hacer preguntas estúpidas, quiero que sepas que te he visto con esa chica nueva. Desde hace varios días te espío en el desayuno con ella y tus amigos.

-Clara, yo... –Yo no sabía qué decir. Si he de ser veraz conmigo, me alegré de que, al fin, hubiera algo que provocase la detonación de aquel invernadero asfixiante. Ahora Emma ocuparía mi perseverancia.

-No digas nada. Mejor cállate. Mostrando tu trofeo de guerra ante tus machotes amigos. Eres patético y me das asco. He contratado un camión de mudanza para el sábado. Entrégales lo mío. –Se dirigió al servicio para recoger sus enseres imprescindibles.

-Clara, te estás equivocando. –Sonrió con amargura.

-Todos sois iguales. ¿No has estado tonteando hoy con ella a la salida del trabajo?

-¿Yo? A la pobre chica se le había estropeado el coche y yo... –No me dejó terminar.

-Tú, que no tienes ni idea de mecánica, le has ayudado. ¿Verdad? ¿Verdad? –No repliqué. Estaba muy alterada.- Todos sois iguales. Mi anterior pareja a la que siempre preferí no recordar me hizo lo mismo que tú. Quiero que sepas que de su lado me fui vacía y del tuyo, también. Espero no tener que verte más, así que, por favor, asegúrate de que no quede aquí nada que me pertenezca.

Dormí poco aquella noche. La pena y la esperanza se revolvían como gatos en una trifulca. Ahora que no tenía a Clara junto a mí echaba de menos su olor, su respiración, o los pequeños gestos que se enquistan en lo cotidiano tan difíciles de desenraizar; su memoria asaeteaba cargada con ternura. Emma invocaba una nueva ilusión; libre, iniciaría otra etapa con el propósito de que ella se convirtiera en mi compañera definitiva, jovial, alegre, atenta a mis consejos y a mi experiencia madura. Lo ideal, como yo me lo dibujaba. Tomé varios tranquilizantes conciliadores del sueño, y un par de ellos más cuando desperté. Acudí inquieto al trabajo. Quería ver a Emma y que habláramos sobre la posibilidad de que saliéramos juntos; ella, muy discreta con sus preguntas personales, no sabía nada sobre mí más allá de las jornadas en el banco. La invitaría a casa, desde el sábado por supuesto. Bueno, la existencia no trama sino un

laberinto cuya solución resuelve el propio camino. Pero me atemorizaba la edad de Emma. En líneas generales, y con las debidas excepciones, la cuestión se resume así: las mujeres desarrollan una especie de dispositivo biológico que les permite detectar, a eso de los quince años, al tipo más lumpen que respire en muchos kilómetros a la redonda; un canalla bien plantado, chulesco y con moto, del que sospechen que pueda ser un buen espécimen seminal que perpetúe con rapidez ciertos tipos de cromosomas. En esos espinillosos días, ellas desprecian de la forma más rimbombante posible al chico gafas y trabajador del instituto; lo ven como un ente aburrido, destinado a rodearse de libros y, sobre todo, de quien saben que no mostrará el más leve comportamiento malicioso. Pero gira el carrusel y salen al ruedo los picadores que las décadas remiten con periodicidad; el guapito suele huir con otra, aun más soez que la primera, no sin antes haber legado un infante al que no piensa mantener. Drama de tonadillas. Todas esas incongruencias vitales, unidas al efectivo paso del tiempo, consiguen que aquellas inalcanzables se fijen, bajo esas circunstancias, en tipos apocados, mayorcitos, pero con la mente y la billetera muy bien ordenadas tras muchos sacrificios y horas de estudio, aunque continúen sin que su mirada transluzca un brillo perverso. Ningún dios promulgó la facilidad de la vida, y a esas edades en que los antiguos compañeros parecen atractivos con sus cuentas corrientes en la mano, ellos dan un inesperado vuelco de apetencia y se lían con alguna muchachita muy excitante, precoz escarmentada de efebillos divertidos. De golpe, aparecen las camisas con motivos florales en el armario masculino junto con las cremas hidratantes para contornos de ojos y otras vejaciones cronológicas a las que tampoco escapa el género masculino. Los ciclos sexuales del hombre y la mujer están condenados a la discordancia; giran uno tras otro igual que dos espirales paralelas.

No podía concentrarme en mi trabajo, inmune a los tranquilizantes. Por fin la vi. Llegaba junto a un hombre mayor. Lo reconocí, un cliente muy importante del banco, D. Diego Carmona Aragón, el dueño de una pequeña cadena de hoteles en la Costa del Sol y en Canarias. Un empresario rico que comenzó como camarero en un hostelito de Nerja. Salieron a recibirlos los directores. Saludos, cabezas agachadas, aspavientos de aprobación y sorpresas, risas generales. Emma se dirigió hacia mi despacho; disimulé, como si leyera un informe.

-Hola.

-Ah, hola, Emma ¿Qué tal?

-Muy bien. Mira, te presento a mi padre.

-Mucho gusto, señor ¿Quién no conoce en esta casa a D. Diego? Encantado.

-Pues, nada que la niña se nos va a Estados Unidos, a Houston, para ampliar estudios. – El padre la abrazaba y le acariciaba el hombro. Emma miraba al suelo y yo a ella.- Emma me pidió que le diera las gracias. En los negocios, hay que empezar por abajo y yo quería que conociera el banco desde una simple oficina. Bueno, no lo entretenemos más, que tendrá trabajo.

-No, nada, si no... –Una vez más, no supe qué decir. Aquella noche, soñé que mi madre me llevaba al colegio.

5

Ensalada de cerebro

No me reconocí en el espejo aquella mañana. Al fondo, palidecía una imagen antigua de mí, como si la memoria, juguete roto, superpusiese una misma mueca anclada muchos años atrás. Recorrí los cauces de las arrugas que circundan mis ojos, las dispersas canas en las patillas, la línea del pelo que denigraba con algún claro mi frente, los poros abiertos de la nariz, y unas pequeñas manchas en la piel de la mejilla. Un paisaje lunar. Envejecía. Emma dibujó un trampantojo y Clara, un cruel fracaso. Según parece, nunca supe convivir o, tal vez, no supe amar. Mis pupilas se enturbiaban como las de un pescado tras muchos días de asfixia. El oleaje del tiempo erosionaba mis costados con sus ecos de soledad. Nunca otro error. Ordenaría mis próximas actuaciones desde la raíz, como esos héroes cotidianos de las películas introspectivas; a partir de este momento, nada de pasteles ni grasas; dieta mediterránea combinada con mucho deporte reductor aún más del peso al que me condenó la neurosis glucósica de Clara. Compré diversas cremas que mitigaran la hinchazón de los párpados, cosméticos hidratantes, champús que frenaran la pérdida capilar y prendas deportivas que estilizaran mi figura. Pero tenía que ser sincero conmigo y debía reconocer que algo fallaba en mi comportamiento, o en ese modo de ver la vida que me provocaba unos sentimientos angustiados. Me encontraba mal, muy mal; consideré conveniente buscar ayuda externa. Harto de los tranquilizantes, me dirigí a un gabinete de psicología.

“Amalur.” “Ansiedad, estrés, trastornos de conducta y de alimentación. Plaza de Uncibay 4-1º-G”. Esperaba un diván, o algo así, y un señor serio con gafas que complementaran una cara de psicólogo, aunque no tenga yo muy definido tal semblante.

Me recibió Rocío, una chica morena de unos treinta años con un generoso busto y amplio escote. Nos sentamos; ella tras su mesa, yo en una silla confortable. Tomó mis datos.

-Dígame. Por qué viene.

-Pues verás, no lo sé con exactitud.

-Entonces, cuénteme cómo se encuentra o qué es lo que le ha sucedido para que usted acuda a nosotros. –Sus pechos dificultaban mi concentración.

-No sé muy bien por dónde comenzar. Mire, me siento un fracasado. Mi vida es un absoluto desatino. No consigo una relación estable con ninguna mujer y no sé si soy yo, si son ellas o qué es lo que pasa. El caso es que me separé porque mi mujer no me quería o, al menos, eso es lo que yo pensaba; desde entonces, ni siquiera veo a mi hija; por mi culpa, lo reconozco. Mi ex se fue de Málaga, a Rota, creo que rehizo sus relaciones con un marinero americano. A mí me resultaría desagradable que nos encontrásemos, por eso no voy nunca allí. Pero bueno, lo que me mantiene hundido es que me siento mayor y sin fuerzas. –En ese momento tuve ganas de llorar. Debía de ser una magnífica experta, provocaba de inmediato la exhalación de los sentimientos, y yo estaba peor de lo que creía.- Perdona, señora.

-No se preocupe, estoy acostumbrada. -Se agachó un poco y extrajo del cajón una caja de pañuelos de papel; su escote volandero exhibía un sujetador rosa. Mi demencia alcanzaba un grado alto; me sentía atraído por ella a la vez que le narraba mis dificultades frente al género femenino. Necesitaba ayuda. ¿O no?

-Me preocupa que mis relaciones con las mujeres sean un desastre continuo. Me siento solo y confundido, y no sé cómo remediarlo. –Pensé en que cenáramos juntos y que ella paliara mi desánimo durante aquella noche al menos.- Esto es, en líneas generales, lo que me angustia.

-Bien. Usted sufre distorsiones cognitivas; es decir, por una serie de circunstancias, enfoca mal la realidad. Esto nos sucede a todos, pero cuando los desenfoques son continuos u ocasionan daños al paciente, o a quienes lo rodean, entonces, debemos tratar el problema; de otro modo, se convertirá en una actitud crónica, y está usted condenado a abordar los hechos desde una perspectiva equivocada y, como ve, perjudicial.

-Gracias, señora. Muchas gracias.

-De nada. No se preocupe. Pida cita a la enfermera para las próximas cuatro semanas.

El tratamiento resultaría caro. No importaba; cuando salí de la consulta en aquella tarde de rojizo otoño mediterráneo, la luz de la Plaza de Uncibay me parecía dulce, y mi ánimo mucho más sereno ante la esperanza de la paz mental. No podía expulsar de mi pensamiento la imagen de aquella psicólogo; tal vez, en algún momento se produciría la ocasión para que le propusiera tomar juntos unas copas. Qué exuberante hembra. Qué magníficas tetas. Imaginaba mi entrada con un ramo de flores, su desconcierto ante un paciente que quiere relacionarse con ella. ¿Cómo reaccionaría? Además no sé si está casada. Bueno ¿y qué más da? Que ella decida ¿Será prudente acostarse con la psicólogo que intenta devolvernos a una visión equilibrada del mundo? Porque mientras uno conduce a alguien hacia su cama, a la vez, invoca a las pequeñas deidades extremas. En la habitación contigua, se confabulan las sombras del miedo, el rencor, la posesión y el odio esperando la señal que les permita desenvainar sus espadas. Existe quien sabe dominarlos con el antídoto de la indiferencia ante el otro, pero esta medicina debe ser tomada antes de la cópula, después no sirve y resulta contraproducente, exagera el combate privado que desata esa miopía inherente a la atracción por alguien. La juventud repudia la indiferencia, pero no quienes a causa de los golpes se complacen con sus efectos lenitivos. Quizás parezca difícil huir luego a la

fantasía de inmunidad crónica; al menos, sortea los daños inevitables cuando brota ese estado de histeria resumido en la pasión.

Los humanos padecemos las mismas punzadas por iguales motivos. Teorizamos sobre el dolor ajeno aunque, cuando la pedrada se incrusta en la cabeza propia, de nada sirven los consejos que, durante cualquier noche, uno regala al camarada abatido con locuacidad y argumentación impecables. Un buen colega de la sucursal 18 situada en La Luz, barrio obrero y populoso, terminó en la cárcel por matar al amante de su mujer con una lezna. Le atravesó el ojo hasta el cerebro, luego perforó con saña su estómago y testículos; el abogado basó la defensa en la locura transitoria; su cliente estaba considerado por quien lo conocía una persona equilibrada, incluso pacífica. La semana previa a tan luctuoso suceso, mediante el diálogo, desactivó la agresividad de un cliente que le confesó sus deseos de asesinar a su esposa por desavenencias conyugales. Lo convenció de la ruina en que esa actitud sumiría para siempre a él y a sus hijos. Si las acusaciones no caían en los errores inevitables con que la proximidad a alguien deforma los hechos, sólo demostraban que esa persona no merecía que continuasen unidos; la violencia no trazaba otro sendero sino aquel que cruzaba por la consternación, tan ajena al sosiego y la paz consigo. Bernardo, el persuadido, durante el proceso recordó con lágrimas en los ojos, cómo por la mucha calma que aquel hombre le insufló, pudo hablar con su mujer aquella tarde sobre los fallos mutuos a los que arrastra la convivencia; ahora disfrutaban de una felicidad nueva gracias a él. Paradojas. La vida engloba un significado abstracto que aquilata experiencias, pensamiento y deseos; causas y consecuencias imprevistas. La vida exige en cada momento una patada a la esfera que contiene una bomba, o un boleto premiado, pero no podemos prever el número de giros, ni su intensidad. Somos experimentos de nosotros mismos a cada instante.

Compré una bicicleta de montaña. Su cadencia de círculo provocaba en mí un efecto relajante. El jadeo, cuando el corazón parece que va a reventar en los promontorios y la pericia por el dominio de la bajada, se revelaron como calmantes seguros. En pocas semanas había decaído mi ímpetu terapéutico de los primeros días; se confabularon mi jornada laboral junto con el esfuerzo ciclista al que me aficioné en poco tiempo, para que padeciese una gran pereza ante mi obligación de acudir al gabinete psicológico. Ella lo notó; ya no realizaba los ejercicios que me sugería con la misma pulcritud; también creo que notó mi falta de apetito sexual hacia sus pechos. Estoy convencido de que una mujer percibe el deseo que un hombre siente hacia ella con la primera mirada; seguro que se nos cambia hasta el rostro. Enunciará fabulaciones mías, pero, en una ocasión, la bata se quedó con algunos botones abiertos y no vestía falda debajo. Creo que ninguna fémica descubre una parte de su cuerpo por descuido. Les funciona la alerta biológica. Saben que estás intentando verle las bragas cuando te demoras en la escalera leyendo un folleto de publicidad, o la carátula de una película, para que adelante varios tramos si lleva una minifalda. O cuando te aproximas en repetidas ocasiones a su puesto de trabajo con el subterfugio de comprobar si ha llegado un informe ficticio, el día en que porta una blusa con un escote noble y amplio. O retrasas tu salida del coche porque, junto a ti, ha aparcado el de una compañera, famosa en las tertulias masculinas laborales por sus admirables piernas. El triunfo consiste en capturar la textura de su ropa interior con tu córnea. Los trucos para la supervivencia anímica del hombre. La psicólogo me mostró sus piernas más allá de lo prudente pero ni siquiera ese anzuelo descompuso mi rutina; tal vez, esas negligencias constituyesen una parte de la terapia, quizás calibren mi medida ante una ofensiva descarada, o lo que yo interpreté como un asalto sin ambages, hacia mi libido. En cualquier caso, no le propuse

que cenáramos juntos por una falta total del deseo. La cadencia del ritmo ciclista modela un tambor indio que atrae la armonía al espíritu.

Fui recuperando mi forma física; perdí bastante peso y mi ánimo recobró confianza en sí mismo. Disfrutaba de mi soledad como un bien que debe ser protegido. En el trabajo me comportaba con corrección; sin entregar demasiado a la empresa, pero realizando, con prontitud, cuantas tareas me encomendaban. Dedicué las tardes al pedaleo con ímpetu compulsivo. La mirada estática en el horizonte, una melodía en mente coreada constante y el movimiento de las cuatro circunferencias al compás de la respiración. Algún frenazo de coche detrás de mí borraba el sueño y me restituía a la fragilidad del vivir diario. Luego, la ducha y a la cama sin comprimidos ni alimento. Me sentía mucho más activo y ágil, dispuesto a aprender de mis experiencias sin que se repitiesen los errores; modificaría mi actitud hacia el mundo en general y de modo concreto hacia mi vida amorosa. Las relaciones, a partir de ahora, fluirían encauzadas por mis límites conocidos. Ni largas zozobras en convivencias mortecinas, ni aventuras que condujeran a los vericuetos del dolor.

Siempre me ha intrigado ese tipo de personas capaz de evaluar con exactitud las posibilidades e inconvenientes que ante ellos despliega cualquier imprevista encrucijada de sus vidas. Elucubran con parsimonia y durante días, incluso ofertas minúsculas a las que abocan las circunstancias, como un ascenso leve por la ejecución durante muchos años de una misma tarea que, mediante intensidad de conjetura, queda igualada a, por ejemplo, una invitación fortuita a una tarde de copas y fiesta. Tras ese antifaz de juicio y paso firme, sospecho que se oculta el miedo a los cambios, la mediocridad de quien se sabe inútil para afrontar las olas traicioneras que las casualidades soplan en cada travesía. Investidos del prestigio que entre los humanos supone la clarividencia ante la incertidumbre, exhibida, además, con rigor casi científico, maquillan con careta

samuray su angustia de leño a la deriva. Dudo de la eficacia de esos escrupulosos razonamientos que fabulan la nada en que se abstrae todo fenómeno futuro. Quizás la envidia me provoque esta visión, consciente de la escasa capacidad para el análisis correcto de un asunto privado por más horas que en él emplee; no disecciono mejor un posible camino de perjuicios o ventajas, no predigo si las consecuencias de mis actos transcurrirán por las direcciones idóneas si no las intuyo desde un primer momento. Tal vez, los reflexivos asfalten para ellos mismos un mundo con suave pendiente; yo no, pero uno tiene que aprender a cargar, alegre, consigo, inmerso en sus torpezas.

Aquella tarde conocí a Nani en la consulta. Jamás había coincidido con otra paciente en aquel salón de espera; supongo que ese método garantizaba la privacidad de quienes acudían en busca de auxilio ante las dolencias etéreas de la psique; en general, el vecino se compadece si uno sufre una úlcera o un ataque de asma, pero despierta una especie de fobia ante alguien cercano inmerso en depresión insistente o trastornos de la personalidad, tan enfermedades como la gripe, si quisiéramos establecer un rango entre las acechanzas que jalonan el devenir antropoide. Absurdos. Resulta fácil que alguien muestre al juez los daños infligidos por una fusta con saña de cónyuge despechado, pero la jurisprudencia nunca considerará en su extensión las heridas del alma, las vejaciones o castraciones mentales que tanto menudean en el cerco marital. Desde el fin del pánico a la lepra y las pandemias hemos aguijado un terror recurrente hacia los padecimientos del cerebro; el loco inspiró aversiones por vidente de las deidades, o por brujo digno de la hoguera. ¿El loco se encarna en aquel que dedica su tiempo a la recopilación obsesiva de sellos postales?, ¿o palabras para un diccionario? ¿El que exhibe la alta pretensión de hablar con Dios cuando musita cantilenas en un templo? Quizás, la locura dibuje el único abismo frente al que todos reconocemos el vértigo de su caída. Vencimos virus, bacterias, hongos y bacilos, pero la mente humana aún despliega un universo lejano,

mansión de demonios que nos poseen, actuales monstruos océanos a los que oímos entre el rumor de la memoria; en una penumbra inexpugnable, ríen agazapados a la busca del resquicio que les permita erigirse en amos de las imágenes que significamos como realidad.

Un accidente de tráfico retrasó a Rocío, mi psicólogo, aquella tarde. Unos delincuentes chocaron a mucha velocidad contra su coche cuando salía de su casa en Fuengirola. No le sucedió nada grave, pero el vehículo quedó destrozado y eso la obligó a utilizar el servicio de trenes; las citas no pudieron ser anuladas, aunque se demoraron lo necesario para que yo coincidiese con la paciente previa.

-Buenas tardes. –Dije, extrañado por encontrarme con alguien en la sala de espera.

-Buenas tardes. –Ojeaba una revista.

No alzó la cabeza; su pelo naranja y largo me impedía que le viese la cara. Chaqueta de corte clásico color crema con falda algo corta, manicura en azul impecable y medias de red que culminaban en zapatos de igual color que sus uñas, puntiagudos y con tacón fino. Descabaló los resortes de mi inestable equilibrio mental. Aquella mujer me atraía muchísimo; me obsesionaba el intento de que entabláramos una conversación; con las piernas cruzadas, comenzó un jugueteo con su zapato libre que quedó enganchado a sus dedos sólo por una tira de plata; como si pudiese arrojarlo al suelo en cualquier instante y con esa displicencia quedara desnuda ante mí. Tenía que ver su rostro, pero no sabía con qué estratagema para que no se percatase de mi interés excesivo por ella y perdiera yo, así, toda oportunidad de abordaje. Me sonrió la fortuna. Llegó Rocío, alterada y sudorosa por los avatares de su pésimo día.

-Perdón. Perdón por el retraso, pero no os podéis imaginar lo que me ha pasado. Nani, por favor, entra en la consulta. Disculpadme los dos.

Por fin la vi. Confirmó mis peores miedos. Me gustaba. Labios rojos y gruesos, muy maquillados los ojos. Cuando se levantó, un pliegue en el borde de su falda me permitió extasiarme con el inicio del glúteo. Se giró. Compuso la arruga y me miró con seriedad. El cazador de instantáneas, descubierto. Mi ánimo se alteraba. Cómo podría conseguir un encuentro con ella tintado por casualidades. Maquiné una estrategia. Me la jugaría a una carta. Ojalá que la suerte me abrigara aquella tarde.

Dije a la enfermera que tenía que marchar; asuntos urgentes que resolver. Me pidió disculpas en nombre de la doctora y me citó para el día siguiente. Anocheceía. Los paseantes llenaban las terrazas de Plaza Uncibay gracias a la casi veraniega temperatura otoñal de Málaga. Me senté tranquilo y pedí una copa. A la hora previsible Nani salió de la terapia. Sentí la agitación de la alegría. Aguanté en mi disparadero. Se encaminó hacia calle Granada y cuando se hubo distanciado los metros suficientes me dispuse a seguirla. Pero, entonces, lo inimaginable, Rocío me hacía señas desde la otra acera. Vino hasta mí.

-Perdona lo de hoy, de verdad.

-No. Si no tiene importancia... -Inmovilizado, perdía a Nani tras los edificios.

Pedí a Rocío que se sentara. Accedió y charlamos un buen rato sobre su accidente. Yo le aconsejé algunas modalidades de crédito que le facilitarían la compra de un coche nuevo. Rió un par de veces cuando caricaturicé la crueldad de su pobreza recién inaugurada. El humor brota si se sabe retratar la desgracia ajena. Por fin paladeaba la oportunidad de envolver a Rocío en una maraña que la vinculase a mi presencia; le ofrecería una serie de ventajas para clientes especiales; me declarararía su asesor bancario privado; sin otro camino, para que ultimase las gestiones tendría que acudir a mi despacho, territorio donde me siento seguro de una imagen pública que, por doctrinas comerciales, finge más de lo que significo para la empresa; en pocas semanas,

sin duda, podría invitarla a que cenáramos en casa, sin que ella estimase este envite frontal como una situación embarazosa. Ya la contemplaba en mi regazo mientras sorbía su refresco. Entre mis zarpas. Ella, mi psicólogo, había visto los cuernos a la muerte y desvelaba frenética su vida y su contraria fortuna, al alcance de mis pretensiones. Incluso, tal vez le produjera morbo acostarse con un paciente, hecho que, sin duda, transgrediría un capítulo completo de normas deontológicas. Pero no; el coqueteo del pie de Nani ganó la lucha entre los inyectores de mi concupiscencia. No cabía vuelta atrás. Mi decisión retumbaba firme. Durante la charla consideré el abandono del tratamiento; me encontraba distante de mi depresión inicial; ahora, sólo quería conducir mis sentidos hacia esa inquietud que me despertaba la remota contingencia de que conociese a Nani. Sus zapatos, uncidos a las medias de red conjuraban un motivo serio para que me arrojase sin paracaídas hacia sus nubes dudosas. Quizás debiera de rastrear en mi niñez el origen de esa fijación, pero no la juzgo entre las peores esclavitudes a las que un hombre se doblegue.

Para mí, los pies femeninos condensan una carga erótica de la que no puedo huir, igual que una rata ante la hipnosis de la serpiente. Además, esta figurilla del deseo soporta un número de invocaciones mayor en un clima mediterráneo y radiante como el malagueño, casi un paréntesis de primavera que endulza el verano. El sol descubre los pies junto con las minifaldas; desde su desnudez arrancan los jirones de la inquietud; los miro con disimulo mientras leo el periódico. Dos chicas conversan a la sombra del cañizo en la playa, cruzan las piernas y, en el descuido, o en la plena motivación, juegan con sus chanclas; las uñas pintadas arrojan diez proyectiles sobre el sueño. Pies libres que me reconcilian con el mundo, con esa belleza elemental y primitiva que deambula entre los biombos del subconsciente. Tacones cubanos cristalinos con tobillera de metal que aguardan un autobús, nublan la reflexión del paseante que no queda tranquilo en el

resto de la mañana; cánticos de sirena donde ancla el sueño. En el tren, pies con plataformas que alargan las piernas hasta más allá de mi lujuria, junto a pies mayores en zapatillas de andar por casa, tópico actualizado que invita al baile entre las rosas de la juventud mientras aguante la sonrisa de los años. En la madrugada, como uniforme del anhelo, pies sobre tacón de aguja con medias de red naranja donde engolfarse tras las últimas copas, cuando suene su repiqueteo por el piso del dormitorio igual que una llamada a la guerra. Pies como demonios que desatan la pureza humana. Pies en sandalias de atardecer junto al mar. El beso dulce de las olas, desde el que me asalta el universo. Sol rojo, pies con dedos ensortijados que apenas rozan la orilla como el mismo juego de la muerte. Decidí lanzarme con firmeza hacia el camino venéreo que me trazaban las huellas de Nani.

Soñé con ella por la noche. Mi madre no me permitía salir de casa a pesar de que la fabulación transcurriera en época presente, aún vivía en la casa materna, y yo no quería confesarle que Nani me esperaba abajo en el portal. Escapé por una ventana, pero caí en un charco. Me presenté ante la amada, sucio y con mucha vergüenza; ella no distinguía mis manchas; al mismo tiempo, todos los peatones me contemplaban desnudo. Desperté confuso y atenazado por una gran angustia. Me levanté una hora antes; tras una larga ducha, desayuné con tranquilidad a la vez que veía un telediario. Camino del trabajo llovía, yo continuaba aturdido por el sueño. Dedicué buen rato de la mañana al cálculo de las casualidades que provocaran un encuentro con Nani. Podía presentarme antes de mi cita en *Amalur*, pero no sé cuándo acude a la consulta. Tal vez constituyó un simple hecho aislado el que acudiéramos juntos. Además, el reparto de citas en la agenda de Rocío describe un total desbarajuste. También descubriría mis intenciones cuando acudiera sin justificación ninguna antes de mi turno. Debía controlar estas circunstancias que ya turbaban mi raciocinio. Ella sólo bosquejaba una imagen

efímera de placer; quizás estuviera comprometida, o yo no le despertase interés alguno, o prefería la homosexualidad. Tal vez la abordase y me frustraría cuando las pocas horas manifestaran nuestras incompatibilidades. Desconozco su condición humana, luego, mejor que el destino trame su trenza determinista.

En estas disquisiciones me enredaba yo, cuando hallé un papel adhesivo color fucsia en forma de corazón sobre mi mesa; el estómago me dio un vuelco: “Soy la nueva Jefa de Intervención Interna. Cuando puedas, sube. Clara”.

Extraño encuentro. Ambos callábamos; no sabíamos qué decir. La felicité y ella procuraba no mirarme demasiado a los ojos. Giraba como un personaje de guiñol con los brazos abiertos y me señalaba orgullosa sus equipos informáticos, la luminosidad de su habitación y los seis trabajadores que obedecían sus dictámenes.

-Qué guapa estás. -Intenté que la conversación quedara impresa por la mayor normalidad posible.

-Muchas gracias. Estás mucho más delgado. Y eres un canalla -sonrió-, ni una llamada, ni querer saber nada. En fin, fijate qué cosas, ahora estoy en el mismo edificio. -Yo mantenía un rictus neutro que le imposibilitara la interpretación de mis elucubraciones, en realidad, vagabundas. Clara esbozaba a veces alguna mueca de las que dicta la prepotencia. Ahora ella me sabía animalillo frente a su amo.

-Bueno, mujer, pues ya nos tomaremos una cerveza ¿Vale? Habrá que celebrar tu ascenso.

-Vale. Te tomo la palabra. Bueno, guapo, que ahora tengo que dejarte. -Nos dimos dos sonoros besos.

-Nos vemos. Hasta luego.

Clara iba a ser, en cierto modo, mi jefe. Intervención Interna proyectaba un departamento experimental; removía las cuentas de resultados e investigaba métodos de

control contables más efectivos para que a la empresa no se camuflara el menor movimiento de sus empleados. Clara, con su minuciosidad exasperante encarnaba la directora perfecta, desde luego; la podía imaginar entre balances cuadrados una y otra vez, buscando el céntimo que no sonaba en el bolsillo hambriento de los señores. Supongo que, en su ingenuidad, Clara no comprendía el previsible odio pronto despertado entre los compañeros cuando abrieran expediente a cualquier auxiliar por el desvío de tres monedas en las cuentas ocultas desde hace dos años, revisadas por algún jefecillo al que eximirían de responsabilidades; por supuesto, siempre que no padezca enemigos en la cúpula que lo quieran depurar. Que Clara aceptara ese cargo me pareció una torpeza, pero se trataba de sus relaciones laborales. Seguro que ascendería hasta las más altas instancias adonde permitan que arriben quienes nacieron sin capital. Todos los organismos soportan seres en simbiosis por más asco que les provoque su existencia independiente.

El ocaso otoñal en Málaga tiñe la luz con irisados de oro viejo antes de la llovizna. Unas gotas refrescaban algo el ambiente de un ya excesivo estiaje. Bajo los andamios que sempiternos destartalan la Calle de la Victoria divisé a lo lejos, en mi misma dirección, una minifalda y una melena que reconocí. Si no se trataba de Nani, se parecían muchísimo. Andaba con rapidez; la lluvia caía con alguna intensidad aunque sin fuerza. Aceleré el paso. Se detuvo en un semáforo peatonal y corrí un poco. Un joven bajó una ventanilla opaca del coche y le gritó un piropo, la música verbenera que expelía aquel automóvil tronaba; casi todos los conductores, aburridos por la lentitud de la circulación, alzaban la vista hacia el espejo retrovisor donde clareaba como icono aquel precioso culo. Cruzó con la señal prohibitiva y se dirigió hacia Cristo de la Epidemia. Distinguí su perfil. Caminaba hacia mi domicilio. No podía morar en mi pequeño barrio, la hubiera visto en un comercio o en cualquier callejón. Pasó delante de

mi puerta; quizás disfrutaría ahora la suerte de la que siempre carecí. Se dirigía con paso cierto hacia algún lugar que yo anhelaba próximo. Un gimnasio. Un gimnasio abierto hacía pocas semanas y que se anunciaba por las radios y autobuses de toda la ciudad. *Eurobulding. Fitness & Body Factory*. De su interior, vociferaba idéntico tono de golpes al que nos invadió desde aquel vehículo con el que antes nos cruzamos; aquel sitio semejaba una discoteca, o una feria ambulante, con varias composiciones que al mismo tiempo pretendían una mutua derrota sónica por desesperación de decibelios. ¿Qué hago? Me daba miedo entrar y que ella pasara por allí a recoger a alguna amiga, o sólo para que la informasen y nos encontráramos. Me desbarataría la estrategia.

La lluvia arreció hacia tormenta. Los peatones se protegían bajo los aleros de los edificios. Una chica comprimida en sus mallas elásticas abrió la puerta ante el prodigioso chaparrón. Me decidí.

-Perdone, señorita ¿dónde me podrían informar sobre los precios y los distintos tipos de mantenimiento? –Me miró con un aire embobado. Se me notaba que, aparte de mis paseos lenitivos en bicicleta, nunca había hecho ejercicio, como delataba esta leve curva de mi barriga.

-Pase. Demasiadas cervecitas, ¿verdad? ¿Quiere adelgazar, musculación o sólo mantenimiento?

-¿Qué me aconseja?

-Llámeme Yesi.

-Bien, Yesi, ¿qué me aconsejas? -Desde el mostrador, miraba nervioso hacia las distintas cristalerías tras las que tipos con brazos como piernas y piernas como troncos, insertos en ingenios articulados, ejecutaban operaciones robóticas y convulsiones como de gran estreñimiento intestinal. De un salto, libres de aquellos engranajes, se inflaban frente a los espejos como sapos, antes de la vuelta a sus mecanismos. En otro apartado,

al son de una cadencia estridente, un grupo con mallas de colores muy vivos y felpas casi luminosas giraba y danzaba compulsivo, pero sin recorrer ningún espacio según las órdenes de una monitora con micrófono y tetas como zepelines. El ruido convertía la visita en desagradable.

-Como ve, las instalaciones -insistió la recepcionista- son totalmente nuevas y disponemos de maquinaria de última generación, la tecnología más avanzada.

-Reprodujo casi completo el anuncio de la radio-. Para usted, tal vez sería lo mejor una combinación de mantenimiento con algo de musculación. –Nani salía de la zona de vestuarios y saunas. Con el pelo recogido en un moño, bañador medias y tanga externo que marcaba aún más su semiesférico culo. Si uniformada con traje me atraía, con aquella vestimenta que exageraba sus curvas, los pechos, la longitud de las piernas y la estrechez de su cintura me enloquecía. Se dirigió hacia aquella zona donde los elegidos levantan pesos inconcebibles, subió a una máquina impulsora de estímulos para el juego de caderas; la postura a la que ese tio vivo privado la obligó alzaba aún más su culo, mantenido sobre el pedestal de las piernas y brazos rígidos. La recepcionista hablaba.

-Perdone, señorita, ¿aquella sala, de qué es?

-La zona de musculación que le he comentado.

-Creo que me decido por la musculación.

-Muy bien. Este mes, tenemos una oferta de lanzamiento. No paga la matrícula. Puede venir los días que guste a la hora que desee. Le presentaré a su monitor. –Cuando alguien abría alguna puerta, brotaba un bombardeo de graves junto con una mezcla de sudor y ambientadores. La recepcionista se acercó con un tipo que parecía molde para muñecos plásticos de guerra.

-Le presento a Henry. –Tendió su mano; sospecho que tensó el brazo para que admirara todas las arterias que serpenteaban sus músculos. Henry, un inglés que hablaba el español con mucho acento.

-Demasiadas cervecitas, ¿verdad? –La frase recurrente-. Bueno, ya las echaremos fuera. Vas a sudarlas todas.

-Bueno. –Me intimidó su tono. Miré a Nani que, ahora, pedaleaba con fuerza en un artilugio futurista.

Aquel acecho disparatado me vivificaba. Si me detengo a considerar mis pasos, la fase que más me emociona durante la conquista del ser anhelado detalla su persecución y captura. Ese rastreo de gustos, amistades y sitios que frecuenta, la observación tan minuciosa que tras unos días sabe ya si el sujeto usa pañuelos de tela, o de qué modo combina calcetines y calzado. El desarrollo de las múltiples estrategias que construyen una cerca, después efectiva en ese encuentro ante la barra de su bar favorito, o la casualidad inducida de que un conocido común os presente; triunfa incluso en la selección de las palabras y temas precisos que descubren, durante la charla en apariencia espontánea, tantas visiones semejantes. A la vez, este cúmulo documental sobre la otra persona teje el camuflaje de las pequeñas miserias y puntos negros propios para que sólo refuljan las trazas benévolas, sin que afloren las carencias afectivas, culturales, económicas, o de cualquier otro tipo que bloqueen la consecución de los objetivos trazados.

De todos modos, este despliegue de planes no garantiza éxito alguno si el atacante no adereza cualquier situación con el imprescindible ingenio que en la mayoría de las ocasiones despierta ante el rumor de las feromonas y otros efluvios corporales. El hurraño transmutado en extravertido debe derrochar la dosis suficiente de gracia que justifique como simple peripecia el que la otra persona haya accedido a finalizar una

aventura en la cama. A partir de ese punto, urge que aparezca el decoro de un buen amante que esculpa una noche gozosa para su presa, sin reparar en el placer propio. El álbum de sensaciones que archiva la memoria, junto a unos ojos, una voz, unos labios y un nombre.

Este proceso acumula rasgos de metodología científica que abarcan diversos saberes y pequeños trucos que comprenden el aprendizaje de expresiones y actos que provoquen la sorpresa en el otro para que le intrigue nuestra existencia, hasta el conocimiento de ingredientes alimenticios capaces de turbar, mediante varias reacciones químicas, el acto amoroso, tales como espárragos, brécol, puerros, queso de Cabrales, o de Roquefort; también el cálculo de la ingesta etílica debe ser bien calibrado, de modo que ni impida la erección de uno, ni la necesaria desinhibición de la otra persona. Ya digo, esta ciencia abarca muchas disciplinas: música adecuada, selección de velas, ambiente propicio, charla oportuna. El misterio del éxito radica en la apariencia de la singularidad.

Miguel Ángel, bien versado en estas labores, conoció a las hermanas Dueso -dos turolenses solteras, emigradas vocacionales a la Costa del Sol- en un curso de sistemas contables comprimidos; pocas horas para el manejo de un apartado muy concreto de la fiscalidad interior de la empresa. Perro viejo en estos pantanos, rastrea con pericia las muchas añagazas y entuertos que las víctimas forjan como burla al depredador, por lo que, siempre, prevé las respuestas de las adversarias cuya conquista pretenda. Testifico una faena memorable. Las invitó a comer, en su casa, arroz “a banda”, plato apetecible; para que no recelaran, fijó como día un sábado a la hora del almuerzo y me llamó como pantalla para sus intenciones. Los animalillos cuando intuyen el peligro se agrupan y despistan al atacante. Ambas nos resultaban insulsas por lo que permitiríamos que decantasen solas sus preferencias. Durante la semana vestían un estilo demasiado

decoroso, a pesar de que añoraban el jipi, aunque una idea vaga y muy personal de lo que ellas habían transformado en un simple movimiento tejedor de estampaciones florales. La calidez del invierno en el sur invitaba a un cierto desenfreno. Paula, la menor, apareció con sandalias hindúes, una falda-tubo azul hasta los pies con ribetes dorados, un top amarillo limón y un brazalete de plata como coletero al que bruñía su preciosa melena color azafrán. Tecla, su hermana, optó por el jipi de mayor alcurnia, un vestido comprado en alguna promoción de ropa balinesa, tacones de cristal y melena al viento con cristalitos de colores pegados al pelo. Eso sí, ambas compartieron igual rojo fuerte de los labios. No habían confiado nada a la improvisación. Cuando una mujer aparece así, viste traje de luces como un buen torero que atrae al animal; a uno le queda el papel de toro, apetecible siempre que no acabe en becerro de sacrificio, o en buey.

Miguel Ángel traicionó el pacto establecido y capturó a Paula como soldado incruento de asalto. Las alianzas amorosas conllevan mutaciones de oficios. Él optó por la pequeña, me quedaba el placaje de la mayor, mujer con ciertos delirios místicos que derivó su charla hacia manidos libros de mitología nepalí para occidentales aburridos por tanta realidad.

-¿Sabes lo que son los Anales Akáshicos?

-Yo sé lo que son los anales clásicos. –Respondía Miguel Ángel, con una risotada, desde la cocina. Paula daba carcajadas y, según costumbre, golpeaba mientras se reía, al que le contase un buen chiste. Repetía “¡anales! ¡anales!” y palmeteaba repetidas ocasiones y con fuerza el hombro de Miguel Ángel.

Frente a aquel despliegue humorístico, me costaba cierto trabajo reconducir la charla hacia una senda conveniente para mis fines. Tecla no me atraía pero, quizás, disfrutase junto a ella un encuentro satisfactorio. El día transcurrió de igual modo a su inicio; Miguel Ángel extraía doble sentido y escenificaba magia de calambur con cada

frase que se dijera. Tecla optó por el carro de la risa y no se tomaba mal las interrupciones en su discurso, seguidas de las risotadas y tortazos en la espalda de su hermana hacia Miguel Ángel. “Pues yo soy hipotensa” indicaba Tecla, “Pues yo tengo el bajo tenso, que no es lo mismo”. Los tintos riojanos y del Segre contribuyeron a crear un clima benigno para la euforia. Luego, el sopor, tumbados en el sofá con el perfume aún en el paladar de las especias y los pescados. A los quince minutos los cuatro dormitábamos; al fondo la sordina de un jazz lento. Miguel Ángel despabiló a Paula y, entre risas ahogadas, se encerraron en el dormitorio. Al rato salieron igual de risueños. Tecla hizo como si no se hubiera enterado de nada; imposible, los chillidos de su hermana, aunque acallados, hubieran cubierto el nivel sónico de una feria en su apogeo. Pensé que, ahora, Tecla caería dócil en mis redes, quizás por despecho, quizás porque el camino lo había abierto antes su hermana.

Salimos a pasear por Torremolinos y fuimos a tomar copas al *Garfield* del que nos marchamos en busca de un lugar más tranquilo; ahora, yo deseaba esgrimir un capote de conversación que aproximase a Tecla hasta mi estoque, pero ella parecía insensible a mis requiebros.

-Tecla, entonces, si se rompe el cordón de plata que nos une al alma ¿cómo se regresa del viaje astral?

-No se puede romper. Es energía pura.

Respondía con evasivas; su cabeza fantaseaba por otros sitios. Sugerí el “Gino’S” un bar de copas con música tranquila y zonas de baile y relajación. Las hermanas se dirigieron al servicio.

-Oye, la estás aburriendo con ese rollo hindú. –Advirtió Miguel Ángel.

-En realidad es tibetano. –Refuté.

-Pues el mismo resultado te dará. La tienes dormida. Oye, el camino recto para acercarte a una mujer es que lo pase bien contigo. Por eso ellas eligen al tipo más canalla del barrio, al que no va a la escuela que se entretiene a todas horas con la moto o robando coches, pero las divierte. –Regresaron.

-¿De qué habláis? –Me sonrojé un poco, quizás nos hubieran oído.

-De que a las mujeres os gustan los canallas en la adolescencia. –Respondió Miguel Ángel. Yo me limité a sonreír. No se molestaron, sino que discutieron los tres con bastante brío durante un buen rato; incluso, rellenamos las copas varias veces. Tecla radicalizaba sus argumentos, pero Miguel Ángel la acorraló con su verba y profusión de ejemplos. Aunque reticente, tuvo que reconocer su derrota.

-Anda, Tecla, vente a bailar y zanjamos esta discusión tonta que he sacado.

-Vamos. Pero nada de tonta, seguiremos hablando de ello ¿eh?

-Bueno, pues sacamos, tonta, esta discusión de nuevo. –Tecla se rió y avanzaron hacia la pista de baile. Paula permaneció callada junto a mí; de vez en cuando bostezaba. Me aburrí durante unos diez minutos; los suficientes para que Miguel Ángel se encaminara hacia los servicios con Tecla del brazo. Me sentí en la obligación de ayudarlo y enarbolé de mi pobre ingenio el único tema del que nunca debe hablar uno, si no quiere quedar como idiota, el trabajo. Los monosílabos silabearon casi toda respuesta. A los quince minutos aparecieron Tecla y Miguel Ángel. Lo hizo con dos hermanas en una misma tarde, y yo aprendí una lección magistral sobre tonos, y ritmos. Los contactos sexuales a veces escenifican una opereta, con do de pecho, duetos, diálogos y silencios, pero en su justa medida y turno. La genialidad que yo invocaba en aquellos instantes.

Me atreví a preguntarle: “Perdona, Yesi. Aquella chica que pedalea allí se llama Nani ¿No?”

-Sí, una de nuestras primeras clientes.

-¡Qué casualidad! Es conocida mía. Vendrá mucho. Ella es muy deportista.

-Sí. Todos los días con su novia. A esta misma hora. Es raro que hoy no hagan ejercicio juntas. Son un encanto. –La música tronó otra vez; alguien había abierto la puerta.

Al día siguiente, aparecí en el gimnasio, con un chándal de los que me compré varios meses antes, cuando decidí combatir la edad mediante bebidas isotónicas y sudor. Aunque me encontrase en una sala de musculación por otros motivos, también compilados en el manual de estrategias contra la ruina de los años, pensé en recuperar metódico la porción posible de mi forma física. Donde nunca hubo, no aparecería ahora. La asfixia de la primera sesión me hizo considerar la renuncia a Nani, a mi motín anti-cronológico y a la figura musculosa que, en mi delirio me había esculpido. Sirvió de poco mi breve etapa ciclista. Por la mañana no pude abrir el grifo de la ducha; durante el desayuno aún me temblaba el pulso si alzaba el tazón de café. Además, no vi a Nani. De todos modos, había pagado el mes, por lo que acudiría igual que quien se dirige al catafalco donde lo azotarán en público. Tras la primera semana, mejoré algo mi fondo físico. Dormía por las noches desde el minuto en que me echase sobre el colchón, sin despertarme y sin siquiera recordar que soñara. Después de cada ejercicio me miraba en el espejo con disimulo. La barriga retrocedió algún centímetro y, como aquella especie de condena que estaba pagando en sentido literal me dolía, deseché grasas y azúcares tóxicos de mis alimentos. Había perdido a Nani pero, en sólo dos semanas, mis músculos se tensaron un poco más de lo habitual, incluso, alguno se marcaba con las pesas. Comencé un régimen hipocalórico. Descubrí una desconocida ligereza para mi edad; me sentía más ágil y seguro; a la vez, fantaseaba con un abdomen perfilado, bíceps que lucieran camisetas de tirantes veraniegas y una moda más juvenil, o mejor dicho, más acorde con mi nueva figura. En el trabajo me comportaba con mayor

diligencia. Peláez se sorprendió porque subimos las escaleras hasta el tercero al trote que impuse distraído; por poco se ahoga, yo contenía el jadeo.

Me afanaba sobre el torniquete que reduce la cintura, cuando vi que Nani y otra chica reían con Yeni, sustituta de Yesi cuando sus días libres. Casi no lo pensé, corrí hasta los vestuarios, me enjuagué la cara, me empapé de desodorante, y me dirigí con dinero al mostrador. La compañera de Nani, hablaba de algún lugar con mucha luz y playas de arenas blancas, mar cálido y cocoteros.

-Perdona, Yeni ¿Me vendes una cinta para evitar el sudor en los ojos? –Nani y su acompañante se volvieron. Entregué un billete de veinte euros. Me aseguré ese minuto que necesitó Yeni para devolverme el cambio. Mi brazo trazaba una frontera entre Nani y su amiga. ¿Su novia?

Las ideas del macho acerca de las lesbianas dibujan un penoso ovillo de incoherencias. Acoge, algo tolerante, la homosexualidad femenina porque siente misericordia; en el fondo cree que aquel defecto se restituye con un breve paso por su cintura. Una lesbiana ignora algo maravilloso que fluctúa en la entrepierna masculina como una gárgola preparada para que su río placentero se vierta sobre esa apóstata, huidiza del dragón bondadoso por pura torpeza. El segundo razonamiento que turba la mente viril explora las posibles malas experiencias de la pobre chica; en realidad, tampoco se regocijó nunca con las mieles de un fagot bien templado o de una vivaz lengua de hombre. Existen tipos que promueven sus comportamientos cercanos a la irracionalidad, comprende este grupo desde quienes fuerzan a las chicas, hasta los escrupulosos con el sexo oral, o los eyaculadores precoces que tanta mala fama nos proporcionan al género puro de varones, a quienes conocemos el sabio uso de un taco para que transcurra limpio y preciso el rodaje de bolas hacia los agujeros. La partida del profesional. El macho lamenta que las lesbianas no se crucen en su camino, goza el

discreto orgullo de saberse vacuna y medicina para toda mujer que lo merezca, por supuesto; otras, según él, mejor quedarán sin los agasajos del mundo hetero. Yo nunca había conocido ninguna lesbiana, pero percibía un reto en Nani. Me atreví.

-Hola. Te conozco, pero no sé de dónde.

-De *Amalur*. -Lo soltó con tono de final para la conversación. Preferí callarme.

-Sí, claro, de allí. Hasta luego. Gracias Yesi, digo Yeni.

Continuaron hablando sobre lo que supuse un viaje. Me dirigí hacia un banco de abdominales; las observé desde varios asientos de máquinas isocinéticas. Se marcharon. Esperaría el momento oportuno en que pudiese acercarme a ellas; convenía ir con paso lento. Aquel ataque necesitaba un verdadero depredador y no un perrillo que asusta palomas en el parque. Elaboraría una estrategia ponderada. Acudí con ánimo al gimnasio durante aquellos días. Allí estaban; Nani ayudaba a la otra en el levantamiento de pesas con muchos kilos. Arqueé las cejas como saludo y me dirigí severo a mi tabla de abdominales. Evité que mi mirada las siguiese, lo que supuso un gran esfuerzo; Nani realizaba su ejercicio vestida por un simple tanga y camiseta de tirantes; el monitor inglés no se separó de ellas ni un centímetro, y varios culturistas alardearon sus músculos ante ellas igual que una manada de búfalos en celo. Mejor mantendría una distancia. Actué así durante un par de semanas; al cabo, Nani se acercó.

-Oye, disculpa. Quizás no fui discreta cuando te respondí que nos conocimos en *Amalur*.

-No te preocupes, no tiene importancia.

-Ya, pero a algunas personas sí les importa que los demás sepan que visitan al psicólogo. -Me reí.

-Muchas gracias -llegó la inspiración a mis palabras-, pero me ha sido de gran ayuda el paso por nuestra psicólogo. Rocío me parece una mujer maravillosa y le he

recomendado a algún amigo que acuda al gabinete. Me sirve como crecimiento personal y a la vez me enseña a reconducir los pensamientos distorsionados que nos conducen a una visión problemática del mundo.

-A mí también me parece sano evitar los males psíquicos. Me alegro de que no te molestaras.

-Es que no estaba seguro de conocerte; veo tantos rostros en mi trabajo que, luego, no identifico ni a quien aparezca frente a mi espejo. –Reímos. Su novia se aproximó con cara de felino alertado. Nani se despidió.

-Bueno, ya charlaremos más tranquilamente. Tenemos que intercambiar nuestras experiencias, creo.

-Claro. Sin problemas. –Me despedí con la mejor impostada de mis sonrisas. Un paso de gigante para mis propósitos. En las cavernas del subconsciente algo funciona al margen de nuestras percepciones inmediatas. Durante la conversación comprendí en un segundo por dónde transita el camino hacia sus vergeles. Una lesbiana se acercará a un chico sensible con quien se sienta desinhibida, el carácter más ajeno a mi forma de ser. Creo que el discurso sobre las ventajas de la salud de la mente, junto con mis atenciones a un cuerpo sano, funcionará; sobre todo, si lograrse combinarlo con cualquier fábula interesante, de elaboración lenta, además de un inexcusable contacto con su novia que despistara a las dos sobre mis intenciones primigenias. Esta parte del plan requería mayor estudio. Una guerra con tres frentes.

Fraguaba yo ardides durante mis horas en el trabajo cuando Lorenzo Abril entró con sigilo y cara de misterio.

-¿Te has enterado de lo que le sucede a Antonio Hermosilla, el interventor de la seis?

-No.

-Lo han expedientado. La tipa esa.

-¿Quién?

-¿No sabes nada?

-La Mata Hari, la gorda jefe de Intervención Interna. Ha descubierto un error en las cuentas de hace tres años. Una minucia de quinientos euros. Ahora lo van a trasladar a un pueblo lejano. Oye, qué espejo más bonito. ¿Qué padrinos tienes?

Clara con su naturaleza meticulosa estaba revisando los expedientes, balances y cuentas. Se trataba de una labor exasperante, pero no para ella, sumergida en su calculadora, apilando sobre su escritorio un mosaico de papelitos adhesivos –su invento del siglo- con colores estridentes y formas de corazón, osito o cerdo. Al final del día, hallaba la respuesta escrita en el cuarto papelito de la tercera fila a la izquierda, que no concordó con el del ángulo inferior derecho; un desfalco de cien euros. Esa cantidad ridícula no oculta unos síntomas graves que precisan un informe y su correctivo. Un mal presagio me turbó durante unos segundos. La jornada había terminado e iba a infligirme hoy una fuerte sesión de abdominales; mejor no comería nada y así se marcaría más el volumen, aún tenue, de los músculos que rodean el ombligo. Último repaso ante el espejo. Desde cierto ángulo, una flor con tonos rojos intensos me ilustraba el muslo.

La superstición nació a la vez que la conciencia, como indisciplina ante sus excesos. De otro modo, no podrían haber soportado nuestros antecesores un mundo que se reducía a comer o ser ingerido entre acto y acto sexual con una hembra hirsuta. Sufrimiento imposible. Nuestra civilización europea ha evolucionado hacia un constante régimen hipocalórico y casi hemos exterminado la vida ajena a los corrales; permanece sin embargo, la cópula como problema, esté, ahora, la mujer depilada o no. Continúa, pues, la superstición. Antes, las prácticas e indicios que sostenían el presagio estaban regladas; por ejemplo, si alguien giraba una silla sobre una de sus patas, la casa se caía; o si una mujer olía jazmines ocultos entre los gladiolos de una maceta, se enamoraba del

depositario. Un universo con manual de instrucciones, más soportable. La angustia brotó cuando los occidentales nos lanzamos, heroicos, por la pendiente empírica y positivista hacia la pradera helada de una existencia, tan sola, que infundió pánico su eco. De ahí que, a la mínima oportunidad, el humano tienda hacia la busca de la ubre originaria, al mundo ordenado de la creencia idólatra en silogismos contra los que el azar se doblegue. La paz del que contempla sin peligro cómo cae un rey sobre el tablero. Ahora añoramos la magia proscrita.

Aquel día, caminaba hacia el gimnasio con una preocupación indefinida por las investigaciones de Clara; a veces, la caída de una hoja abate nuestro ánimo, percepción que se modula en su falsedad cuando son delimitadas las fronteras de lo subjetivo; pero, como ya he dicho, el humano prefiere tergiversar los paisajes porque, así, la desazón se advierte más llevadera. Los sentimientos no existen, me enseñaron en *Amalur*, “pero no veas si duelen”, añadía mi amigo Camilo de Ory, siempre que me ilustraba sobre rudimentos de psicología. Cada uno sobrevive como puede o como le permiten. Ante mi paso, se iluminó la solución: *Jarayna. Tarot. Nigromancia*. No lo dudé.

Algún tipo de incienso perfumaba aquel negocio, pero la señora que atendía no portaba turbante ni lechuza al hombro. Anaqueles repletos de ungüentos aromáticos, surtidos de bolas de cristal, santos y distintos tipos de barajas decoraban sin excesos la holgura de aquella estancia. Una mesita redonda rodeada por tres sillas, y el mostrador con una pantalla de computadora sobre él, remataban el escenario.

-Buenas tardes. Dígame ¿Qué desea? –Una bruja de unos veinticinco años, muy morena, guapa pero demasiado delgada para mis gustos.

-Verá... es por si podía echarme las cartas. Por curiosidad, vamos. No es que yo...

-Bien, pase y siéntese. Debo advertirle que las cartas son una orientación general que usted debe interpretar a la luz de su propia vida. No espere respuestas tajantes.

Cerró la tienda con llave y se sentó frente a mí; mezclaba con cierta parsimonia las cartas de un tarot antiguo. Me indicó que centrara mi pensamiento en cualquier preocupación sobre la que yo deseara recibir respuesta de la energía cósmica. Las corté tres veces con mano alterna, según sus órdenes; luego, las descubrió en una disposición concreta sobre el tapete, como si entregara cada naipé al regazo de un ser microscópico. Observó, muy seria, aquel laberinto de rueda de fortuna, hierofante, muerte invertida, torre, amantes, carro invertido y demás figuras; yo pensaba en mi futuro próximo con Nani. El vaticinio, desde luego, se reveló bastante ambiguo. Ante mí se abrían dos sendas, pero si lograba su unión mediante la templanza y la justicia del sacerdote, alcanzaría mis metas más deseadas; pero alguien lejano ahora conspiraba contra mí. Si no me conducía por mi mundo con paso prudente, podría tener un serio tropiezo, la muerte incluso. Preguntamos a las cartas si me acostaría con Nani; con mi voz interior, por supuesto. “Sí y pronto”.

Hacia el gimnasio uní las piezas del enigma y encajé una respuesta satisfactoria. Esos dos caminos ocultaban a Nani y su novia; si serpenteaba con pericia conseguiría a ambas. ¿Un trío? Buena noticia. La teoría de la conspiración me resultaba más extraña. No sé. Puede que el monitor del gimnasio; tal vez Rocío, nuestra psicóloga común aconsejaría a Nani que ni se acercara a mí, como despecho por mi abandono brusco de la consulta. Estaría avizor ante cualquier indicio.

Aquella jornada desprendía efluvios singulares; el gimnasio había organizado para dentro de tres semanas una fiesta de promoción en la discoteca *Cúspide*, terreno favorable para que abordara a Nani o a su novia y que el torneo tuviera su inicio. Les pregunté sin inconvenientes si acudirían. Habían empapelado las salas con carteles; apenas llegué me regalaron mi entrada con derecho a una consumición gratuita, güisquis

de marca excluidos. Decidí que el azar interviniera con su mano temblorosa y me presenté en el escenario vestido con mis mejores galas.

Ocupé las tardes en compras de urgencia que renovaran mi vestuario con un toque de moderno tipo duro, acudí a una peluquería con ambiente de club; cuidaría todos los detalles del ritual antes de la batalla y, en cierto modo, pretendí que alguien que me habita, pero del que desconozco su personalidad íntima, condujera la lucha por mí. Con aquella ropa y un peinado tan ajeno al permitido para un oficinista bancario, yo encarnaba otro; igual que Rimbaud, pero sin absenta en el cuerpo; como los galos, que se embadurnaban de azul antes de las guerras; tal vez imaginaron que así el destino conducía hacia el sepulcro a otros muertos. El humano conjura sus temores con el disfraz. El señor romano descendía de su arbitrio internándose en la esclavitud por unas horas; las mujeres medievales ascendían un peldaño en su condición cuando los hombres desempeñaban durante un rato, los menesteres asignados a ellas; la chica que invierte su jornada en el maquillaje frente al espejo de la ilusión, y elige con cuidado las medias, y se las pone con la caricia que esa noche desea, también envía otra al carnaval de las relaciones personales. Cada uno desconfía, por inclinación, de sí mismo y prefiere otro espadachín al que considera idóneo para una victoria, a veces, insulsa que conduce a la frustración del ánimo; así, cuando la campeona de los labios con perfil impecable, minifalda y tacones que repiquetean el redoble del deseo, ha domado al luchador y lo conduce sumiso hasta el tálamo, encuentra que el héroe se comporta como quien no comprende su derrota, ni respeta las armas que lo han enlazado y arranca brusco las medias sin que su lengua pasee por ellas, o arroja al suelo el sujetador sin que antes sus besos admiren los ribetes de las copas. Entonces, la heroína percibe la deleznable condición del vencido.

Ante el espejo, con pantalones de cuero granate, zapatos de tacón ancho con adornos de metal y una camiseta de manga corta, imitación de una cota de mallas, realce de mis pobres músculos, me consideré un gladiador apto para la victoria pero, también, dispuesto a ser derrotado con dignidad, y que la noche finalizase en lecho diferente al querido. No sabía si aquel hombre de apariencia sofisticada y ruda a la vez, al que yo había vivificado se trataba de mí, pero me sentía bien en su cuerpo. Tal vez, esas costuras contenían mi personalidad verdadera por fin. El destino está trazado. Optimista, compré una caja con seis preservativos.

A aquel gimnasio acudía, en buen número, gente que rondaba los cuarenta años; mujeres y hombres que habían decidido modificar su fisonomía como método que los enfrentase seguros a los reveses cotidianos. Las escasas ocasiones en que charlé con algún, o alguna, gimnasta, no faltaron las referencias a la salud, a la importancia del ejercicio físico para el bienestar, o al abandono de hábitos que minan la fortaleza. Frases hechas que contradecían sus lentos pedaleos sobre la bicicleta estática, o la laxitud con que giraban en el torneador de cintura. Impelidos por la necesidad, también sana, de conocer otras personas, de conversar ante unas pesas, excusa sudorosa donde se diluye ese tedio que eterniza las tardes una vez finalizada toda tarea. Casi todos acudieron a la fiesta protegidos por su más cuidada ornamentación. Yesi y Yeni nos recibieron en la puerta de *Cúspide* con tacones, pantalón abierto por ambas costuras casi hasta la cadera y medias de red; jamás hubiera pensado que escondiesen tanto pecho bajo el chándal con que nos atendían en el gimnasio. También provoca uno su propia fortuna. Me propuse que aquella noche transcurriera inolvidable. Dentro, todo el mundo se alegraba de la cita, hasta señoras con quienes nunca crucé palabra me besaron con familiaridad. Risas, desenvoltura y hambre de diversión circulaban entre la melodía elemental de la música de baile como mensajeras de magníficos presagios. Nani se encontraba allí.

Tacones altos de color madera, un vestido cortado en bisel desde casi la cadera derecha hasta la rodilla izquierda y un maquillaje que destacaba sus labios y ojos a la luz oscura de la discoteca; sin sujetador, sus pechos se alzaban como anzuelos donde cualquiera podría quedarse prendido dócil como un pez. Me contuve. La inspiración, por segunda vez, placaba mi instinto con un mensaje certero. Hice como si no la viera. Estaba rodeada por varios tipos y alguna chica; por un momento me angustió la sospecha de que tal vez más tarde el acercamiento se revelaría imposible, pero aquella legión no se derrota con un ataque frontal si uno dispone de parco armamento; opté por la guerrilla. Busqué a su novia. Conversaba con una camarera en otra barra, una segunda zona recogida por tabiques de metacrilato, un poco más serena, incluso con sofás para el reposo. Me aposté en un taburete a un metro de ellas; la camarera vino hacia mí.

-Hola. Un Bacardi-Cola, por favor. –Buscó la botella. Me dirigí hacia el objetivo con mi mejor sonrisa. -Hola ¿Qué tal? –Ni permití que hablara, le di dos besos.

-Pues aquí, en la feria de los anabolizantes. –Reímos.

-Muy bueno. Pero yo, como ves en mi musculatura ausente, ni tomo anabolizantes, ni según el monitor, me esfuerzo. Si me dijeras tu nombre, seguro que no cabría tatuado en mi bíceps. -Se reía. Iba bien.

-Me llamo Olga.

-Puedo tatuármelo, menos mal. Encantado, Olga. –Reímos y le di otros dos besos.

-Yo prefiero esta zona porque me aturde la música tan fuerte que suena en la pista; al menos, a esta hora.

-A mí me sucede lo mismo; en realidad no me gustan las discotecas; soy muy charlatán y salgo afónico. Permíteme que te invite a una copa.

-Tengo la consumición del gimnasio.

-No te preocupes, guárdala. ¿Qué bebes?

-Un ron con Coca-Cola. Si tienen otra marca, entonces prefiero limón.

-Me encanta que me digas eso, coincidimos. –Pedí otro ron-. Pero a la mayoría de la gente, le da lo mismo una cosa que otra y considero que uno debe de tener claros algunos principios, al menos respecto a los gustos. A mí, si el ron no combina con Coca-Cola me desagrada; puedo variar de alcohol pero no de bebida carbónica. Sólo utilizo lo que considero que tiene calidad. -Aunque poco originales, hilvané varias ideas para que no se produjera un silencio inoportuno. Mis sentencias no constituirían una marca en la historia moral humana, pero, al menos, no huyó.

-Le tienes apego a las cosas. Conservador. De qué signo eres.

-Mega-tauro. Nací el veintidós de abril. –Rió, e hizo gestos con manos y ojos como si hubiera recibido un litro de agua hirviendo en la espalda.- ¿Qué sucede? ¿Soy malo?

-Eres tozudo, muy apegado a tus cosas y enérgico, lo que provoca fáciles peleas con quien convivas. No suelen desarrollar la malicia; a mí me encantan los tauro por toda la fuerza que ponéis para llevar a cabo cualquier idea. Lo negativo es que no sabéis distinguir en qué hay que emplearla y lo mismo la usas para descubrir un continente que para buscar un céntimo por los rincones de la casa. A mí me encantan las personas así; pero para no tenerlas al lado mucho tiempo, claro.

-Al menos, déjame estar junto a ti un minuto más antes de que te embista como un buen toro. -Reímos.

-Quizás yo te ataque antes. Cuidado conmigo que soy un escorpión.

-Bueno, mira, llevo la cota de malla puesta y el corazón aprendí a blindarlo hace tiempo.

-Tú ves, eso es muy importante y no lo enseñan en ningún colegio.

-En la calle, cuando te han pasado el soplete afectivo varias veces por encima.

Continuamos la charla durante un buen rato. A ninguno de los dos nos apetecía bailar y yo procuraba coincidir en puntos comunes; tanto que, incluso, me contradije en

alguna ocasión, por lo que tuve que realizar, sin red, volatines en el vacío de los razonamientos que dieran la vuelta a “ese matiz erróneo que mis palabras no expusieron con claridad”, y del que ella se había percatado, por supuesto. Tras varias copas, la alegría del alcohol fue inundándonos. Comencé a ver atractiva a Olga, muy distinta a Nani; cabellera negra lacia con reflejos azules, cortada en su parte delantera con puntas muy pronunciadas en los laterales; vestía de oscuro, botines de punta afilada, pantalón de pierna de elefante y camiseta ajustada a su pecho mediano; el maquillaje, discreto, destacaba con pericia, una boca muy sensual. Qué guapa a la luz de varias copas y un diálogo risueño. Me dijo que iba a saludar a algunas amigas a las que había visto entrar. Una excusa para marcharse. Volví a mi taburete. Aquella sala se llenó; en los sofás del fondo, Yesi y uno de los tipos con mayor musculatura del gimnasio se besaban; las piernas de Yesi dibujaron una equis ribeteada por las telas de su pantalón; el chico acariciaba frenético sus pechos. Pensé en que aquella noche había concluido para mí. Si evaluaba los errores, pretendí acercarme a Nani en un ambiente demasiado complejo para el alcance de mis pretensiones y, de paso, había aburrido a Olga con mi perorata. Tal vez, la naturaleza inevitable de mi signo zodiacal había dedicado su empeño a la persecución de una sombra y, sin embargo, despreció al destino que sentaba a Rocío, la psicólogo, en mi mesa. Sentí cansancio y ganas de irme. Ansiaba un planteamiento de mis ilusiones con mayor calma; imprimiría un rumbo racional a las mareas por donde se conducen mis afectos.

-Hola. –Giré la cabeza. Nani. Me puse de pie, no me atreví a besarla.

-Hola. ¿Qué tal? Te vi antes, pero estabas tan protegida por la guardia pretoriana, que preferí saludarte luego.

-Me aburro aquí. Olga y yo nos marchamos a casa. ¿Te vienes?

-Bueno. Claro.

El oráculo se materializaba sobre el asiento trasero de un deportivo hacia el hogar de dos mujeres. Uní sus caminos mediante la medida y sabiduría en el procedimiento. Mis ilusiones culminadas. El sueño de cualquier varón iba a ser cumplido en mí. Supuse el carácter de Nani muy diferente a la apacible Olga, con una personalidad de las dominadoras; ella conducía el automóvil con la música a un volumen muy estridente hacia los Montes de Málaga, donde adquirieron una casita en la que yo me fijé desde niño; su estructura semejaba un panal con una celda más alta que otra según el desnivel del terreno. Allí, quedó instalado el nido de estas emperatrices, rodeado de bosques y a pocos kilómetros de la ciudad. Los altavoces a máxima potencia evitaron la obligación de conversar en aquel viaje para mí tan insólito. Mi mente flotaba en blanco. Me limité a una mueca de felicidad cuando hablaban entre sí, aunque no las oía, y de negación risueña cuando me ofrecían un cigarrillo.

-Bueno, Nani, ¿qué vamos a hacerle a este torito?

-Veremos si es manso o bravo ¿no?

-Tendrás buen rabo, ¿no? torito.

Solté un par de frases chulescas con voz engolada sobre lo refulgente que yo haría brillar aquella noche en su memoria. “Además, mientras un hombre tenga lengua, siempre queda bien”, apostillé. “Lengua ya tenemos nosotras”, rieron. Un cascabel de emociones en el estómago impedía que me comportase como el sultán que toma por la cintura a sus hembras con aspavientos de posesión. Tal vez buscaban a alguien más sumiso, como yo en ese instante; quieto resulto un timorato que promueve la piedad, aunque supongo que otra conducta pretenderían de mí.

Llegamos pronto. Nani puso en su equipo la música que resonó en el coche y a volumen idéntico. Necesitaba una copa con urgencia y la busqué cuando ellas pasaron al servicio. Sus risas fluyeron por el salón. Ingerí un par de güisquis -único alcohol que

encontré- de un solo buche. Desnudas iniciaron alrededor de mí un baile lento. Nani alzó brazos y cuello hacia atrás, su melena rozaba el culo; Olga le lamía los pezones y acariciaba el pubis depilado. No sé quién dijo, “Ven, torito, vamos a divertirnos. Desnúdate”. Me desprendí de la ropa con gran torpeza a pesar de su ayuda. “Qué bien hueles, torito”, me susurró Olga, mientras Nani rozaba su pecho contra el mío. “Vamos a ver cómo mueves el rabo”, continuó. Mi pene se entristecía flácido ante aquellos estímulos. “Tengo que pasar al baño” – balbuceé-. “Sube al dormitorio cuando salgas”, me ordenó Olga, antes de que pasara sus labios por los de Nani, caricia previa a un beso pasional.

Me desvanecía. Precisaba una ducha disolvente de tanta efervescencia y del alcohol ingerido; a la vez, me afeitaría para que no se quejasen por la aspereza de los brotes de mi barba. No quise descuidar ningún detalle. En aquel coso con reses feroces y de alcurnia triunfan nada más los espadas experimentados. Urgía que me invistiera con el boato por la ocasión exigido. Recordaba las escenas pornográficas más delirantes que influyeron en mi adolescencia; fantaseé una sucesión de posturas, adornos de esa composición coral que ambas interpretarían bajo mis órdenes; pero mi pene pendulaba ajeno a mi capricho. Castigué la nuca bajo un chorro de agua fría que alejase la borrachera; luego, giré el mando del grifo hasta que una temperatura cálida me insufló confianza y tranquilidad. Unas rasuradoras desechables para la higiene femenina dulcificarían mi rostro y ánimo. Tras el jabón en la cara, resbalé justo con aquellas hojas apoyadas sobre una arteria. El pellizco desencadenó un caudal de sangre que desde dos rajas descendía hacia el costado, vivaz aunque lo reprimiese con el agua gélida. Ante el espejo los cortecitos escupieron tanto líquido rojo que, involuntario, impregné muebles y baldosas. Un albornoz sirvió como torniquete; alrededor del cuello con él, me vestí desmañado. Desde el dormitorio brotaban risas y gemidos. Abrí discreto la puerta y huí

hacia la urbe que bullía allá abajo, lejos, en mitad de la noche al final de una carretera solitaria y oscura, lo mismo que en una pésima canción. No se disolvieron las manchas de mi camiseta. La tiré. Demasiado delicada ante los envites de mi destino.

6

Las malas compañías

Llegué a casa abrumado. En el frigorífico, sólo bebidas isotónicas. Mezclé una de sabor a naranja, con una buena cantidad de ron. Hacía frío. El otoño se aproximaba; sobre el mito de un sol perpetuo, también llegan a Málaga los vientos del norte. Abrí otra botella colmada de iones y sales específicas que restituyen el buen tono muscular, de nuevo, añadí ron. Aunque me acosté, el cansancio ahuyentaba al sueño. En un canal de televisión codificado se entreveía una chica que realizaba una esplendorosa felación a alguien, también pudiera tratarse de un perro; los planos cortos, mucho más nítidos, revelaban un hombre. La excitación me condujo a que eyaculase, y sin dificultades, una gran cantidad de semen sobre el cuenco de mi mano. Me tranquilicé. Mi impotencia transitoria sólo escenificó una falta de reflejos debida, sin duda, a algún embrollo psíquico que, por supuesto, analizaría hasta que consiguiera su control, pero, según descubriría satisfecho en el volumen de mucosa seminal que limpiaba de mi pene aún bien rígido no parecía, desde luego, nada preocupante en el nivel fisiológico. Desinfecté los cortes. Mi período gimnástico había concluido. Me sumí en el sopor sin que apenas me diese cuenta.

Descubrirse solo inflige mayor daño que estar solo. La soledad no ejerce como compañera de nadie, significa un estado civil que otorga libres movimientos en cualquier instante, y atribuye al sujeto la resolución de conflictos que él se buscó. Su vicio se revela cuando ese entorno social inunda, como una mancha de aceite, los demás recovecos vitales. Estas consideraciones pueden también ser extendidas al matrimonio que, cuando se metamorfosea en estado mental y casi profesional del humano, se convierte en castigo y gafas deformes del mundo, tanto como la soledad por lo menos.

Me absorbía un desagüe de angustia que me lanzó a los refugios de la ciencia médica. El tratamiento psíquico había funcionado en mi caso, pero deseaba un nuevo panorama personal; algo más contundente que no supusiera un análisis de los apuros inmediatos, sino que profundizase en los porqués de mis comportamientos hasta el alumbrado de las causas primigenias. Buscaría un psicoanalista; alguien que me desvelara qué impelía esa avidez hacia el tálamo de dos lesbianas frenéticas, o que desentrañase el sentido de los sueños en que mi madre me llevaba a la escuela cuando sobrevenía algún incidente hostil. La verdad sufre aceptaciones dolorosas.

También me rondó la idea de profundizar en los saberes ocultos, el retorno a una busca mítica del devenir codificado en los misterios; quizás, ambas nociones se adecuen compatibles pero tal y como se condujo la última y única ocasión en que me leyeron los naipes, mejor acudiría a un buen psicoanalista solvente y después a una prestigiosa bruja complementaria. La doctora Carmen Castillo de Alba personificó la primera disyuntiva; la elegí sólo porque me gustaba el edificio donde tenía el gabinete, una torre en la Malagueta con vistas al Puerto y a las playas de El Palo. Imaginé un precioso paisaje lenitivo de esperas. La doctora respondía con gran seriedad; de unos cincuenta años que translucían la gran belleza que, sin duda, paseó en su juventud.

La consulta inicial se cumplió entre un cúmulo de incongruencias narrativas, algún sollozo y una inexplicable sacudida de tristeza de cuyas raigambres interiores yo no había sido consciente. Doña Carmen se balanceaba en el gran sillón de derecha a izquierda durante la charla; a la vez, sostenía un lápiz por sus extremos con trazas de fusta entre las manos.

-Mire, usted está pasando una depresión fuerte. En primer lugar, hay que atajarla del mismo modo como se procede con una gripe. Le recetaré unos comprimidos que le vendrán muy bien para los momentos en que se encuentre más nervioso. En segundo

lugar, por lo que me ha contado, usted presenta, aparentemente, ciertos problemas de autocontrol que podrían responder a traumas producidos por crisis de personalidad durante la adolescencia. Nada anormal, por otra parte.

-Pero doctora, en realidad, no sé muy bien qué me sucede. Sé que me encuentro mal con mi vida, pero no adivino el porqué.

-Ya le digo, está usted atravesando una depresión que no debe de tener mayores consecuencias que las de un lógico proceso de este tipo, ya sabe, trastornos del sueño, pérdida del apetito, atonía...

-¿Pero me curaré?

-Eso dependerá, en gran parte, de las ganas que usted tenga de salir de este bache anímico por llamarlo de alguna manera. –Soltó el lápiz, adelantó la espalda y apoyó sus manos enlazadas sobre la mesa. Me miraba en silencio.

-Yo... Creo que necesito su ayuda porque hace tiempo que no me siento nada bien y considero que mi vida, en general, sufre una falta de orden.

-Tampoco se preocupe más de la cuenta. Su caso no es inusual, ni es usted la única persona que se siente desorientado en una cierta etapa. No se preocupe. En principio, si le parece bien, nos veremos un día a la semana, durante algún tiempo. También le sugeriría, porque lo considero conveniente, que se plantee la posibilidad de una terapia en grupo. Da magníficos resultados.

-Lo que usted me diga, Doña Carmen. ¿Será largo el tratamiento? –Sonrió.

-Esta es la primera pregunta que todo el mundo hace. Piense que estamos dispuestos a revisar los archivos donde se halla escrita toda su vida. Así que la terapia durará un tiempo impreciso, pero dilatado, desde luego.

-¿Años?

-Puede ser. Todo depende del paciente, pero hágase a la idea de un período largo y, por favor, no comience un camino pensando en la distancia.

Aquellas semanas iniciales transcurrieron con demasiada lentitud; tal vez, yo esperara resultados inminentes. Una constante desazón me poseía y me refugié en los somníferos que, junto con los tranquilizantes que me recetó la psiquiatra, mudaron el paso de las horas en el intento por atravesar un túnel lleno de gelatina. En una libreta de bolsillo anotaba los recuerdos que me surgían con el fin de facilitar las posibles indagaciones de la doctora, quien hacía énfasis en el análisis de la etapa desde los cuatro hasta los siete años. Rememoré sucesos que jamás tuve presentes; al menos, reordenaría mi infancia.

En octubre, la lluvia intensa empapaba la ciudad con el color de los mares norteños. No sé si la melancolía, o un hastío antiguo empozado, me atrajeron el llanto una tarde en la consulta de la doctora. Mientras miraba al puerto y la neblina envoltorio de la Catedral, recordé con nitidez la separación de mis padres, cómo en aquel cámping del Algarve me picó una araña y aquello desencadenó una inexplicable desavenencia entre ambos.

-Yo me sentí culpable de su divorcio, doctora. Además, ambos se reprochaban, que habían entregado su vida al otro, a cambio de la mediocridad. Yo dormía abrazado a mi almohada; me daba mucho miedo que algo me cogiera por los pies y me llevara no sé dónde; el más mínimo ruido me despertaba, doctora, el más pequeño. –Me limpié los mocos y las lágrimas con la vista quieta por el ventanal, no quería que doña Carmen me viera-. Aquellos días, mi madre me llevaba al colegio con muchísima brusquedad; yo temía que me abandonasen entre aquellas paredes viejas y patios empedrados; durante los recreos, no me separaba de los portones. Ya sabe usted que a esa edad los niños son crueles; de vez en cuando me apedreaban. Yo no podía correr, me atormentaba la idea

de que mis padres llegasen para despedirse y yo no estuviera allí. Un día, mi madre, supongo que debido a sus presiones, me llevó al colegio vestido con pantuflas. Los niños se reían de mí a carcajadas y Don Anselmo, el maestro, me castigó de cara a la pared. Es curioso, doctora, nunca recordé el nombre de mi maestro.

-¿Se da usted cuenta de que ha deshilvanado un posible camino para explicar ese sueño recurrente que padece en situaciones de tensión?

-Es posible. La inseguridad ¿no?

-Muy probablemente. Sabe, creo que está usted preparado para que comencemos sesiones de terapia de grupo. El próximo día, hablaremos de ello y podrá incorporarse a principios del mes siguiente. Estoy segura de que obtendremos magníficos resultados por su buena disposición y el interés que demuestra.

La doctora continuó explicándome las sensaciones de inseguridad, cómo esos traumas determinan la niñez y hacen imprescindible el descubrimiento del estímulo al que se asociaron en su día. No comprendí bien algunas nociones; me encontraba aturdido y agotado por tanta memoria. Por la noche dormí como un niño, un niño sin traumas, por supuesto.

Llegué contento a la oficina aquella mañana. Igual que los episodios de desánimo dibujan el día con la luz cenicienta, el júbilo otorga un suplemento de sol a cada instante. Desde un punto de vista objetivo, nuestro ánimo no influye en la naturaleza que rodea, pero esculpimos una agradable distorsión cuando consideramos que el mundo se cubre con nuestra felicidad. Necesitaba decir algo agradable a la secretaria del director adjunto en la sección Inversiones y Proyectos, no cejé hasta que aquella chica de rostro aguileño y torvo modificó, durante unos segundos, sus facciones agrias por tanta responsabilidad; le conté un chiste breve, los más eficaces, y rió como una lechuza, suponiendo que las lechuzas rían. El calor invernal de mi sur mediterráneo

apoyaba una euforia perfume para la jornada de trabajo. Me acerqué a las instalaciones siempre pulcras de Clara con la intención de desearle un buen día. Charlamos. Le agradó el encuentro. Estaba risueña; aquella mañana la vi muy guapa, ya digo que el desenfreno, aunque frívolo, decora cualquier coyuntura con los mejores matices. Pero comete torpezas por ausencia de bridas.

-¿Por qué no quedamos para cenar?

-Ay, hijo no sé. Me lo dices tan de improvisado.

-Anda, vente, no seas tonta. Hablaremos tranquilos. Me voy a escapar del trabajo y compro unas cigalitas de la bahía. Venga, por una vez no va a pasar nada; varía tus planes, que el desorden también es bueno.

-Bueno, vale, ¿a qué hora me paso?

-Llégate a las ocho y media; charlamos, nos relajamos y luego cenamos, para que te puedas volver pronto a casa.

No me corearon vaticinios favorables cuando regresé a mi mesa. Tal vez, la invitación a Clara provocaría un fallo interpretativo que confundiera sus sentimientos que yo supuse indiferentes hacia mí. Tampoco juzgaría cada una de mis acciones. Ya veríamos a la hora de cenar cómo me comportaba. Al medio día, me dirigí a *Sibaris* y compré doce cigalas malagueñas, una exquisitez que me costó más de lo que yo tenía previsto; para que los vinos no hundieran el presupuesto, opté por una sangría con cava, un semi-seco, nada caro, al que luego le añadí licores, frutas, azúcar y canela; a las mujeres les encanta y beben sin darse cuenta. No pretendía seducir a Clara, pero, bueno ¿y qué importaba una noche divertida? En estas batallas una de las partes siempre insiste un poco. La sangría conjuga un buen filtro amoroso. Compré unas ostras para que ayudaran en la excitación de la libido y un par de chuletones de buey para que el alcohol no surtiera tanto efecto que nos llevara sin dilaciones por los vericuetos de la

somnolencia. Sí. Íbamos a disfrutar una magnífica noche. Nos merecíamos unos momentos amables.

-Por los viejos tiempos, Clara.

-Uy, se me está subiendo a la cabeza. Está riquísima. Pero esto lleva mucho alcohol.

-Es para que caigas antes, Caperucita. –Ambos reímos.

Ya en el sofá, Clara me confió datos de sus quehaceres, algunas cuentas que le preocupaban y varias cosas más; yo no atendía mucho, mi mente calculaba las posibilidades de triunfo que un beso inesperado desencadenaría, los mejores. Ella humedecía sus labios con la copa intermitente. Traicionero yo bebía y la deseaba. Vamos. La fortuna de los audaces. Ahora. Me lancé y Clara respondió pasional. Nos fuimos hacia la cama en una caricia mientras arrojábamos la ropa al suelo; durmió abrazada a mí. Cuando sonó el reloj, me sobresalté. Ambos nos vestimos con premura; sobre todo ella que necesitaba un cambio de apariencia en su apartamento que le permitiese acudir discreta a la oficina. Una mañana dulce de invierno, idéntica a la anterior pero sin igual alegría. Cometí un error de los que exigen su venganza. Clara vino a mi mesa de trabajo. Sonreía. “¿Invito yo esta noche?” Quien resucita a un muerto asume la obligación de matarlo. Un asesinato para el que no se aplicarán las eximentes por redimir aquellos preciosos instantes que dormían catalépticos. Cuando uno espolea un antiguo noviazgo no sabe qué ángel o crueldad despertará. Clara con ilusiones por una segunda convivencia, según deduje por el mucho interés que demostraba en que volviéramos a encontrarnos; ella ofrecía y yo me excusaba igual que se defiende un gato frente a otro, pero con mi mejor sonrisa, continuas negaciones que detuvieron su discurso cuando comprendió de un golpe lo que sucedía. “Eres un cerdo. No te acerques más a mí. Sólo sabes hacer daño. Cerdo.” Aquellas horas transcurrieron con una lentitud exasperante.

Un adicto a la pasión, me dijo la doctora; además sufría una neurosis desencadenante de complejos problemas afectivos, causa de fracasos perpetuos en mis relaciones de pareja y trastornos del ánimo con difíciles reconducciones. Me preocupé bastante y volví a los somníferos. Había que modificar aquellas conductas perniciosas. Cambiaría. La doctora consideró necesario que acudiese cuanto antes a un grupo de trabajo; emprendería el camino de la terapia colectiva, lo cual me provocaba un cierto temor a lo desconocido.

No hablé durante el primer encuentro; en parte, me avergonzaba que episodios ridículos de mi biografía se revelaran ante todos; en parte, me sorprendieron las múltiples increpaciones entre ellas; uso “ellas” porque sólo dos varones soportábamos a ocho chicas. Alegué esto cuando doña Carmen me instó a que participara; aquel conjunto de personas alardeaba problemas que me parecían demasiado diferentes como para que fueran expuestos en común. En fin, yo me limitaba a permanecer allí; lo había ordenado mi psiquiatra. Raquel, por ejemplo, estuvo enamorada de su profesor de literatura; consiguió acostarse con él cuando cumplió los dieciocho años, una fantasía adolescente no sólo con resultados desagradables, sino que, mediante sucesos en cadena, ocasionó el divorcio de su pedagogo lo cual le provocaba aún este inexplicable sentimiento de culpa que, unido al acoso obsesivo de su, ya, libre amante, la condujo a que aborreciera a los varones. Vivía con una mujer docente de química, pero al mismo tiempo no se aceptaba en sus relaciones lésbicas. Raimundo, el otro chico, exponía unos problemas de homosexualidad que nunca comprendí. Le señalé mi opinión y vociferó alterado que yo me comportaba allí como un prepotente, entendí “impotente” y discutimos durante más de cinco minutos. Luego, me vi obligado a analizar, en voz alta, por qué le concedo tanta importancia a esa duda sobre mis aptitudes viriles, pero esa cuestión me importaba menos que el prejuicio demostrado sobre mi ecuanimidad. Aquel

debate se prolongó casi dos sesiones. A causa de aquel afán introspectivo me obnubilé en la busca de concomitancias y reacciones susceptibles de sentido. No sé; por ejemplo, he recordado los nombres de Raquel y Raimundo, ya no importa nada, pero ambos comienzan con “R” y la primera chica de la que me enamoré se llamaba Rosa. A veces me descubría paseante analítico de las raíces más recónditas.

Yo no podía enojarme; allí no se insultaba con agresividad aunque las formas transcurrieran por vertientes bruscas. La doctora intervenía en determinadas ocasiones para que el debate se recondujese sin necesidad de que nadie golpeará unos sacos de arena con una especie de remo de goma, calmante de histerias agudas. Aunque algunos encuentros desesperaban. Elena confundía la terapia con un monólogo siempre culminado por los alaridos y reproches de Laura quien la acusaba de egocéntrica y una imitadora de su estilo de vestir, al mismo tiempo. Ya digo que en aquel salón confluían dolencias heterogéneas. Yo hablaba casi a regañadientes, cuando Laura –la sincera oficial- me reprochaba mis ínfimas confesiones. El fin de mis intervenciones recibía como respuesta unánime la misma acusación de falócrata necesitado de una ayuda que, vista mi actitud, rechazaba. Raimundo se unió a esta corriente de pensamiento gracias a nuestro altercado. Consideré mi retorno al ejercicio físico; al menos, más relajante. También calificaron esta idea como vínculo con el pene propio del macho cazador y déspota de la tribu.

Pocas reuniones me hastiaron ya de aquella rutinaria inmersión en traumas ajenos y sus claves. Había casi perdido la confianza en la doctora Castillo de Alba cuando Elisa llegó al grupo. Nuestras normas de comportamiento incluían varias pautas inquebrantables de conducta; por ejemplo, a la vez que no podía interpretar como un ataque cualquier sugerencia o reconvención que me expresaran mis compañeras, yo también estaba obligado a manifestar las impresiones que ellas en tanto que sexo

distinto me produjeran. Otra norma, parece que muy importante, incidía en la imposición de que no saliéramos juntos, ni mantuviésemos contacto durante el período de terapia; según la doctora, la comunicación en el exterior ajena a aquella matriz retrasaba, mediante empatía u odio, los objetivos últimos. Aquella tarde, prerrogativas de veterano, expresé el buen estímulo que Elisa despertaba en mí. “Quiero decirte, Elisa que me caes muy bien porque te pareces a una novia a la que quise mucho. Bueno, creo que esto oculta mi afán por buscar en cada persona que se cruce conmigo, algo que me conecte con las sensaciones placenteras que guardo en la memoria. Quizás sea porque no me encuentro demasiado bien en el presente.” Nadie supo qué responderme. Por regla general, una o dos cofrades se disparaban como metralletas de dicción; cualquier argumento se enredaba como ovillo en zarpa de gato. Luego, se entabló un pequeño debate sobre la figura materna y su influjo en las relaciones personales adultas pero, en contra de lo que esperaba, me dejaron en paz.

Morena de talle alto, Elisa compensaba sus hombros un poco masculinos con una cintura estrecha sobre un precioso culo pedestal. Muy presumida. Cuando realizábamos ejercicios de relajación, llegaba con el chándal puesto pero los pies desnudos; creo que se vestía los calcetines ante nosotros para que pudiéramos disfrutar la escrupulosa manicura de imaginería chinesca en cada dedo. Desde su perfume hasta el pañuelo que sacase del bolso combinaban en toda minucia con el conjunto de su imagen. Al menos así lo veía yo. Pero me prometí el control de mi universo sentimental, de modo que borraría su efigie de esa peligrosa lista en la que empezaba a dibujarse nítido su nombre.

Comenzaba diciembre y el influjo navideño sobre los grandes almacenes y tiendas de obsequios. Salvo algún día, el final del mes anterior transcurrió seco y soleado, por lo que en Málaga supone una rareza la imagen de una Navidad canónica

con blancura, abrigos y abetos al lado de las chimeneas. Pero, incluso en la playa, los recuerdos se emboscan como lobos. Las bondades navideñas me deprimen. Esas conmemoraciones dosificadas, incluso para el más ateo significan una purificación del espíritu. Todo el mundo huye de la realidad y se refugia en el empalago y en la sonrisa de artificio. Por ejemplo, se produce un anormal número de rupturas entre las parejas de amantes. Estas celebraciones obligan a una pelea en torno al veintidós de diciembre, para que la reconciliación se demore hasta el ocho de enero, o así. La familia ante todo. Se interpone el chantaje emocional de los ambientes idealizados; así, cuando los niños lleguen a adultos no se arruinarán entre psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras, como hago yo. ¿Qué infame monta un divorcio entre cena, cena y cabalgata de Reyes Magos? La solidez hogareña vence con su almíbar al deseo pornográfico. Incluso la esperanza en la suerte navideña en forma de cupones y loterías despierta la fe; las sobras fomentan la caridad en más de uno; la contingencia de las primeras indigestiones previene la gula. La navidad cubre, pues, con su blancor todas nuestras bajezas que disparatan sin gobierno el resto del año. Y pobre del que se encuentre solo en esas semanas. Desde niño, algo me tintinea incoherente y falso entre las figuras del belén que estorbará en pocos días, y las bragas de encaje rojo que están deseando ser rotas en año nuevo. Algo equívoco bucea bajo la exaltación que estos festejos encumbran de la familia, como en los homenajes a las banderas, o en los aniversarios de las novias que necesitan un diamante en cada aniversario. La Nochebuena, por su mucho teatro barroco, ilumina nuestra verdadera soledad. Todos los años me invadía la tristeza, recordaba, como un error mi divorcio y desde que Concha, mi ex, se marchó de aquí por motivos nupciales, no he visto a mi hija y eso me hace daño durante estas ceremonias señaladas. La soledad significa un borracho que vocifera en mitad de un sepelio. Me propuse este año unas navidades distintas.

Con aquel ánimo decaído, soportar a los compañeros, jefes y clientela del banco no sintetizaba la mejor medicina, desde luego. Llegué al despacho después del desayuno, y el estómago se me convulsionó; sobre la mesa, la inequívoca huella de Clara (Concha y Clara comienzan por “C” ¿?), en forma de corazón (también comienza por “c”) adhesivo verde. “Necesito hablar contigo. Es muy urgente.” Decidí que comenzaran unas vacaciones que me aislasen. No me costó muchos alegatos que me concedieran permiso. Mi departamento me necesitaba más en agosto, con lo que me permitieron ausentarme sin ningún problema; además, estoy seguro de que mi jefe temía que volviera a padecer una depresión, motivo para otra baja laboral con la consiguiente caída en el índice de eficacia del conjunto por él dirigido y, por tanto, sospechaba una posible pérdida del complemento discrecional que cada mes le ingresaba un modesto, pero útil, fajo de billetes. Antes de mi marcha, me encontré con Antonio Gámez el de Cobros Indebidos, “El Eco”, como le llamábamos todos. Nunca había charlado con él; se extrañó que me detuviera y le comentara que me iba de viaje. “Una aventura improvisada, ya te digo. Ni móvil, ni horarios, ni dirección. La tarjeta de crédito, la maleta, el coche y un mapa de carreteras que me indique caminos.” El Eco me miraba con los ojos aspaentados; siempre lo desprecié por chivato; pero en ocasiones resulta útil un correveidile. Le conté una mentira y así me aseguraba de que Clara sabría en pocos minutos que me había ido, que no deseaba hablar con ella, y la conclusión de todo. Unas lagrimitas últimas, un par de tartas con chocolate, y ya se le pasa. La fuga marcaría un solemne punto y final entre nosotros.

Dispuse el gozo de mi asueto. El teléfono sonó varias veces durante el primer día; llamaban desde el banco. Alguien no comprendió mis propósitos, o Clara no asumía su derrota. Ella. Insistió a altas horas de la noche desde su domicilio. Tampoco consiguió que cayera en la trampa. Me cercioré de que las cortinas no filtrasen la luz

interior. Con varios somníferos dormí sin desvelos. Nueva llamada desde el banco. Me fui a la calle como disfrute de un sol que lucía con fuerza. Decidí un paseo por Fuengirola, así me aseguraba de que nadie se encontraría conmigo durante el horario laboral. Me agrada la Costa durante el invierno. Se difumina la tristeza frente al mar brillante en una avenida con terrazas abarrotadas de viajeros en manga corta y sandalias, risueños porque la vida se alarga en aquella urna natural y muestra sus nubes de algodón. No narraría mis últimos avatares en la terapia de grupo. Por aquella larga avenida junto a las olas con mujeres admirables sentadas en la arena permitiendo a la luz su caricia, ¿quién descifraría algún sentido al claustro en un salón con un grupo de neuróticos que sólo necesitaban descubrir el mundo, salir sin miedos y copular, sobre todo, copular? Me aplicaría mi propia receta; pero antes amortizaría el dinero entregado a la doctora Castillo de Alba.

Aparecí por la consulta con media hora de antelación. Elisa no se demoró mucho; como siempre, única fumadora, fue con su cigarrillo a la terraza. Me acerqué.

-Hola. Qué vistas más bonitas disfruta la doctora ¿verdad? –Me sonrió y asintió con la cabeza. Estaba absorta en sus pensamientos.- ¿Me das un cigarrillo?

-¿Tú fumas?

-Quiero comenzar. –Temía que los demás se dieran cuenta de que hablábamos y, durante la sesión, me recriminasen que me había acercado a Elisa tras sus tetas, o cualquier otra barbaridad de ese estilo que cercenara mis propósitos.

-¿Por qué te has acercado a mí? –Me ofrecía su encendedor. Pensé mentirle, pero intuí un grave error.

-Me gustas mucho.

-Apenas me conoces. –Debía reconducir aquella contrincante hacia un discurso algo más demencial.

-En principio me atraes sexualmente. Quizás alguna reacción edípica, o algo así, aún no estoy tan avezado en el conocimiento de mi ello. Pero sí. Me atraes sexualmente. Mucho. Me pareces preciosa.

-Sabes que no podemos relacionarnos, que para que la terapia dé resultados, es conveniente que ni nos veamos.

-Bueno, eso da más morbo al encuentro, ¿no?

-¿No te parece que vas muy rápido?

-Es que me gustas mucho y ambos tenemos más de dieciocho años. ¿Nos vemos esta noche en el *Onda Passadena*? Hay un magnífico concierto de jazz y podríamos hablar tranquilos.

-He quedado con unos amigos. Pero los convenceré para que aparezcamos por allí.

-¿A las once?

-A la una mejor, para no hacerte esperar. Aunque tampoco te aseguro que vaya. –Un claro sí, en el idiolecto femenino.

No atendía al grupo. Mis compañeras me reprocharon mi abandono mental. Pedí disculpas y aduje dolor de cabeza. Cuando aterricé sobre las cuestiones de dictamen colectivo, Violeta lloraba porque no podía evitar su amor por mí. Me ruborizó. Mi pensamiento evaluaba encerronas para Elisa, a la vez que el estado general de higiene en mi dormitorio con el fin de emprender o no, una limpieza sin dilaciones; en sucesivos fotogramas mi lascivia proyectó escenas donde ella aparecía con un tanga mínimo arrancado por mis dientes mientras pasaba la lengua por sus muslos.

Durante una situación tirante entre dos compañeras y a pesar de que Violeta aún gimotease, alegué fiebre, pedí disculpas y me fui. Fregaría el cuarto de baño, además de la conveniente muda de sábanas y reposición de bebidas. Nunca se sabe dónde terminará la noche.

El infortunio germina en trazos de caminos casi siempre inconfesables. La desgracia surge porque uno desprecia la fortuna en su puño, cautivo por estandartes que ondeen lejanos, vapor de promesas que dormitan sobre el viento. Un soldado, en pleno ataque de locura, se lanza hacia la ametralladora que, por inexplicables parábolas y juegos de ángulos, no acierta sobre su uniforme un solo tiro. Sube del escalafón de loco, al de héroe por designio del azar o de la mala suerte que, en otras ocasiones se confabula para que el tornillo bien ajustado se suelte, y el cable de alta tensión envuelva el tórax de un paseante. El peso de la casualidad alienta a los deterministas. El espermatozoide que fecundó el proyecto del asesino psicópata apenas contaba con posibilidades de alcanzar su destino.

Tras las obligaciones del hogar, medité sobre la conveniencia de acudir al encuentro; dudaba el inicio de esta aventura, resultado de un impulso más que de una ofensiva medio planificada. Emitían un programa por televisión acerca de las posibilidades de vida en otros planetas. Salté del sofá ante aquel ya conocido estremecimiento de abulia, mezcla de visiones negativas con un simple cansancio; una afectación anímica en suma. Me empujé: “Vamos, ánimo. ¿No vas a permitir que te derroten? ¿No?, amigo. Venga a la ducha. Hoy va a ser una buena noche, ya verás”.

Los bares de Málaga se abarrotan los jueves por la noche de personas alegres con ganas de relacionarse. Me dirigí hacia el *Onda Pasadena*, al concierto de los *Jazz Daniel's*, un grupo divertido, con Rubén García, trompeta que sorprende por el riesgo de sus escalas. Seguíamos el compás de los platos del batería con la cabeza. El balanceo de piernas de una chica con minifalda sobre unos escalones me permitió el disfrute intermitente de sus bragas. Allí se congregaron varios grupos de mujeres solas. Un corral interesante para el acecho. La vi de reojo. No sé cuánto tiempo llevaba allí; quizás me hubiera estado observando. Llegó mucho antes de la hora prevista. Se

agarraba a los barrotes en vertical que jalonan una escalera camino hacia los billares de la primera planta. El contoneo de su cintura se acomodó a un ritmo interno distinto al que restallaba por el ambiente; la melena negra casi le cubría la cara, tal un Cristo vestido con mono de colores estentóreos y tacones de aguja azul. Dejé que siguiera allí con sus extrañas ondulaciones corporales antes de acercarme. Todos aplaudían con vehemencia el fin de una magnífica actuación. Mientras el trompeta presentaba al resto del grupo, ambos nos dirigimos hacia la barra. Jugamos a los desconocidos.

-Disculpe, señorita, ¿ha pensado alguna vez, en las vueltas que ha dado el universo, en las conjugaciones de planetas y casualidades biológicas para que usted y yo coincidamos en esta barra de bar? ¿Me permite invitarla? –Me miraba como si quisiera averiguar qué clase de locura me había poseído. No sabíamos apenas el uno del otro. Mi corazón se aceleraba.- Perdóneme, tal vez, la molesto, no sé si viene sola o acompañada. No quiero importunarla. -Se rió.

-No. No me molestas. No te preocupes, vengo con unos amigos, pero todos van en pareja, menos yo. –El mono, estampado de flores le moldeaba unos puntiagudos pechos sostenidos por sendas dalias. Elisa siempre vestía con un aire retro. No ostentaba más joyas que unos ocultos zarcillos a tono con la miniaturista imaginería chinesca, blanca sobre roja, en las uñas de manos y pies. Localicé como prevención a sus acompañantes, un grupo de jóvenes con apariencia muy moderna del que se distanciaba mucho por la edad.

-¿Son tus amigos?

-Bueno. Digamos, que les pago las copas y les doy becas.

-¿Eres una ministra? ¿La ministra que suministra en los bares?

-Eres muy simpático. Ellos son pintores jóvenes y yo dirijo una empresa que concede becas a jóvenes artistas con las que desgravo impuestos. Llevamos toda la tarde de fiesta.

El vaso que le entregué un par de minutos antes ya estaba casi vacío. Bebía a velocidad de profesional. Me llevaba muchas copas por delante, quizás una ventaja para mí. Intenté darle un beso en los labios pero me esquivó con soltura, no le concedió importancia. Bailamos una pieza lenta y le pregunté si nos marchábamos a mi casa. “Mejor a la mía. Pero tienes que conducir tú.” Bien. No se sorprendía por nada. Cogió su bolso y salimos sin que se despidiese de sus creadores noveles. Había aparcado su coche sobre la acera junto a la casa natal de Picasso; arrojó la multa al suelo y a mí las llaves. Nunca conduje un deportivo como aquel. La noche se perfilaba una sonrisa.

-¿Hacia dónde quiere la señora que nos dirijamos?

-Ve hacia Cerrado de Calderón. Ya te indico luego. Estoy muy borracha.

-Pues no se te nota nada.

Apenas conocía aquella zona. Un monte frente a la bahía con grandes casonas, chalés y pisos menos ostentosos. Un laberinto para quien no deambulara con frecuencia por aquellas calles. Elisa se quedó dormida aunque tardamos unos veinte minutos en llegar a su domicilio. Abatida por el alcohol; a partir de ese punto calculé pocas posibilidades de que aquel encuentro culminase en la cama. Un mal presagio que excluía para que no determinara mi conducta posterior.

-Elisa, estamos llegando. –Le di unos golpes de aviso en la pierna.

-Gira a la izquierda cuando entres en la urbanización. –Comenzó un llanto callado. -No me quiere nadie. –Me inundó la pesadumbre. Lo sabía. El llanto de la borrachera. Traté de conservar la calma.

-Sí. Yo te quiero.

-No. No me quiere nadie.

-Bueno. No te quiere nadie, pero dime hacia dónde vamos.

-Hacia allí. –Se limpió los mocos. Parecía una enferma con el rímel corrido por las lágrimas. Continué por una larga cuesta.

-¿Por aquí?

-Sí para, junto a aquella puerta blanca. Por favor, no me dejes sola esta noche. –Volví a albergar cierta esperanza mientras aparcaba. La seguí.

Un portón sin llave o con mecanismo de apertura oculto daba paso a un jardín no muy extenso con piscina, césped impecable, muebles de teka y sombrilla de lona en color crudo. Dos ficus enredados flanqueaban el dintel hacia unas puertas de cristal que también descorrió sin cierre hacia un dormitorio forrado en madera, con sofá, chimenea, dos tocadores y un cuarto de baño con jacuzzi sumido en el suelo y cabina de ducha, todo en una planta diáfana. Sólo había visitado dormitorios como ese en las revistas de decoración y en alguna película. Elisa se arrojó a la enorme cama con la boca contra la colcha. Se entregó al llanto esta vez desentonado. Me senté junto a ella.

-¡No me quiere nadie! –Vociferó.

-Que sí, que yo te quiero. –La acariciaba.

-No. No. No me quiere nadie.

-Que sí. Yo te quiero. –Le desabroché los zapatos y besé el pie. –Que yo te quiero.

-No me quiere nadie. –Le di bocaditos en el cuello- No me quieren mis padres. No me quieren mis hijos. No me quiere mi marido. –Aquella palabra me hizo saltar hasta el sofá igual que si me hubieran activado un resorte.

-¿Cómo? ¿A qué te refieres? –Gemía con sus manos enmarañadas entre el pelo.

-Mi marido tampoco me quiere. No. No. Nada. No me quiere nada. ¡Sólo atiende a sus negocios y a sus furcias! ¡A sus furcias!

Caí en la cuenta de que no sólo desconocía aquella zona, sino que ignoraba si estábamos solos, además de la disposición de aquella enorme casa. Me levanté para inspeccionar las puertas.

-¿A dónde vas? -Alzó la cabeza y me preguntó brusca. Tenía el rostro congestionado.

-Eh... Por agua. -Me dirigí hacia el lavabo. Protegían los vasos unas bolsitas con el logotipo de una empresa que limpiaba aquel decorado de comedia aristocrática donde abundaba un cierto mal gusto proclive al exceso: dos cepillos eléctricos con mango dorado, junto a navaja de afeitar y enseres en oro. Nunca distinguí las imitaciones. Había llegado el momento de la huida. Elisa lloraba. La puerta de cristal abierta me facilitaría un sencillo salto de la valla si lo requiriera la ocasión. Miré con sigilo por el hueco de la escalera que descendía varias plantas. Oscuridad y silencio. Un enorme tapiz de elefantes y tigres adornaba una pared. Ofrecí el agua a Elisa.

-Muchas gracias. Perdona la noche que te estoy dando.

-No. No te preocupes. Estás deprimida, eso es todo.

-Sí es cierto. Me hacía falta poder hablar con alguien; pero perdóname. Por favor, déjame tu número de teléfono. No diremos nada en la terapia. Apúntalo aquí. Cogió una libreta de pastas doradas con el nombre *Oriental-Palace. Hong-Kong* grabado sobre un dragón. El bolígrafo, un Mont-Blanc de oro, semejante a las imitaciones que regala mi banco a quienes se jubilan. Escribí mis datos y me levanté.

-Bueno. Aquí tienes. Me llamas cuando quieras ¿Vale? Estoy de vacaciones. Bueno, creo que es mejor que me vaya.

-¡No! ¡No te vayas! -Agarró mi mano con gesto de desesperación; así, sobre la colcha con el pelo revuelto y la cara aún enrojecida semejaba un alpinista caído ante el último metro de cordaje. -¡No te vayas! -Alzó la voz- ¡No te vayas! -Aulló. Me separé hasta el sofá.

-¡Si vuelves a chillar, me voy! -Advertí enérgico, pero con voz contenida. Sólo pensaba en la oscuridad de la escalera y en la posible presencia de alguien allí abajo. Si el cónyuge entraba ¿cómo justificaría yo aquello? “Le echaron alguna sustancia en el vaso a su señora. Yo la traje por hacer un favor. Ya ve usted, los canallas que hay por la noche. No. No es necesario que me acompañe, si ya cojo un taxi. Que haya mejoría.”

-No te vayas. Me estoy volviendo loca. –Lloraba contra la almohada. Me acerqué y cogí su mano.

-Bueno, tranquilízate. Venga, me quedo junto a ti. Intenta dormir.

-¡Estoy loca! –Se alzó. Me cogió las manos y acercó su rostro hasta mí.- ¡Loca! ¡Loca!
¿Lo oyes? Y la doctora no me hace caso.

-O te duermes, o me voy. –De nuevo me senté en el sofá.

-No, por favor. No te vayas. La culpa la tienen los vecinos que son unos hijos de puta.

-Se dirigió hacia la ventana casi de un salto y les chilló varios insultos.

-Elisa, me voy.

-¡No! ¡No te vayas! ¡Por favor!

-Bueno, pero métete en la cama. –Se desnudó. Ahora sí se trataba de una situación inexplicable para su marido. Por fortuna, cayó en un estado de somnolencia que me permitió escapar con discreción felina a los pocos minutos. Al fondo de la calle, muy lejos, las luces de Málaga. No llevaba un euro en el bolsillo y hasta allí no subían los recorridos de los taxis. Anduve unas dos horas. Ni siquiera los perros me ladraban.

Me levanté al mediodía. El teléfono había sonado con insistencia. No comprobé el número desde el que llamaban. Mi ánimo zozobra a causa de las atmósferas absurdas en las que me atrapan las circunstancias y yo después resuelvo tan mal. Tanto si telefoneaba Clara, como Elisa, no les respondería. Dos enajenadas. Todas las mujeres me habían fastidiado la existencia. A partir de hoy, la organizaría de otro modo; otras

constituirían mis prioridades nuevas; desde luego, durante un tiempo largo apartaré al género femenino y a la terapia de grupo. No iba a permitir que me denigrasen. Tenía que modificar mi enfoque de las relaciones. Sólo me acercaré a una mujer que me guste lo bastante, tras meses de conocimiento mutuo, como para que nos planteemos una convivencia seria y estable. ¿Pero cómo sé si me atrae lo suficiente? Primero tendría que acostarme con ella ¿no? Sí. Pero ante todo, dejaré clara mi búsqueda concienzuda del amor; si no aceptase este reto, finalizarían nuestros encuentros de un modo tajante. No parece un mal plan. El teléfono sonó de nuevo. Una tortura discontinua. No me ocultaría más.

-Diga.

-Soy Clara.

-Clara, mira precisamente iba a...

-Calla y escucha.

-Puedes hablar más alto, apenas te oigo.

-No puedo. Te llamo para pedirte perdón.

-Bueno...

-¡Calla y escucha! Estaba muy enfadada por la última noche. Tenía sobre mi mesa el expediente con todo detalle del fraude que hiciste. –Mi estómago se contrajo con dos fuertes convulsiones. Clara calló como si llorase. La imaginé ante un tablero abarrotado de papeles y cientos de corazoncitos autoadhesivos recordatorios de cifras y sumas que se referían a la sucursal donde yo trabajé.- El banco te ha denunciado a la policía. Tienes que huir. Te quiero. Siempre te he querido. Adiós.

Encantadora. Sabía que para ella toda esa situación forjaba una gran tragedia griega. La protagonista se debatía entre el deber con la *polis* y la pesadumbre perpetua del corazón. Que me avisara ajena al libreto, en su caso, ilustraba un episodio heroico.

Un gran cansancio me desplomó en el borde de la cama. Opté por un método nuevo para la resolución del conflicto; decidí quedarme quieto. Se acabó. Esperaría mi destino con toda la calma posible. Por algún lado quedaba una cajetilla de tabaco. Aspiré el humo con determinación como si aquel fuego trazase la firma privada de mi designio. Me desagradó muchísimo el sabor. Me acosté. Sin duda me esperaban largos interrogatorios, inquisiciones sobre desfalcos que no había cometido y cualquier otra cosa. El final me había capturado desfallecido. Cuando llegaran los agentes, me entregaría sin más, pediría permiso para acicalarme un poco, sólo eso. Cuando pudiera, enviaría las llaves de casa a mis padres. Ellos sabrán cómo disputárselas. Me arrodillaba frente al ariete de la ruina y sólo necesitaba que el sueño borrara la espera.

El sol de la mañana me despertó sobresaltado. Nadie había venido por mí. Miré el reloj; casi veinte horas acostado. ¿Podría escapar? ¿A dónde? Da igual. A Madrid, allí tardarán en localizarme. Hice el equipaje con premura. Vacíé el frigorífico y desconecté los electrodomésticos. Camuflado por unas gafas de sol y una gorra, me dirigí a un cajero automático próximo. Una clave especial me posibilitaba la disposición de cantidades mayores que las permitidas a los clientes; argumentamos que así los protegemos de cualquier robo; no nos conviene que usen demasiado efectivo por día. No habían bloqueado mis cuentas. Torpezas que exponen la ineficacia del sistema. Imaginé la orden de denuncia de mesa en mesa, de firma en firma. Corría por delante de ellos. Entre crédito y saldo, extraje más de 6000 euros que escondí en un doble fondo de la maleta; un nuevo delito, pues no voy a devolverlos. Mi coche evitará cualquier tipo de control en transportes públicos. Encaminé mi ruta criminal hacia el garaje, algo lejos de casa. Usaba muy pocas veces este pobre automóvil cubierto de polvo; lo lavaré en la gasolinera para que corriese desapercibido. A veces temblaba abocado por la trasgresión. Salía del garaje, a la vez que entraba un coche más ancho que el mío. En mi

marcha atrás, a causa de la mugre que me impedía ver por espejos y cristales, golpeé una columna. El otro permanecía en el portal, sin duda, a la espera que me retirase de su carril. Siempre un imbécil fastidia el día. Le rogué disculpas con un gesto. Salí para comprobar los daños. Dos hombres descendieron desde el automóvil que bloqueaba la salida.

-No te preocupes, no le diste con fuerza. –Dijeron mientras se acercaban.

-Parece que le he hundido la cerradura del portón trasero; veremos si abre. –Respondí sin mirarlos apenas.

-A ver, no parece que haya problema. Ábrela soy mecánico. –Saqué la llave del encendido y abrí la puerta.

-Qué bien, no es nada. –Vi una jeringa en mi costado. Ambos rieron. Los tobillos flaquearon y sentí el frío del suelo en mi rostro. Una gran paz, como de inocencia, frenaba que moviese cualquier músculo. Me afianzaron en el asiento trasero de mi propio coche con el cinturón de seguridad. Uno de ellos me roció con vodka o algo parecido. Inmóvil, de vez en cuando abría los ojos de forma compulsiva, como si intentara saber que aún no me habían matado. En una de las ocasiones en que pude despertar, vi que corríamos por una carretera que conduce hacia los polígonos industriales. Me dormí. Cuando de nuevo recobré la conciencia, los dos tipos me arrastraban cogido por las axilas hacia el interior de una especie de gran fábrica. Balbuceé algo y me amenazaron para que callase.

Me despertó el graznido de una gaviota que andaba sobre el techo plástico. Confuso y tambaleante, oriné en un retrete sucio al fondo de aquella habitación en semi-penumbra. Me mareaban pensamientos peregrinos y la memoria de sueños alucinados. El ambiente sonaba hueco, como si un casco de corcho me cubriera. Intenté volver a dormir en un jergón sobre el que me habían arrojado, sentía náuseas. Contuve las ganas

de vomitar. Tenía mucha hambre pero no miedo. El portón se abrió de un golpe y entraron los dos que me trajeron aquí, junto con otro. Me sentí muy asustado.

-Vamos, el jefe quiere hablar contigo.

-Oigan esto es una confusión, yo... –El desconocido me apuntó con un revólver. Alcé las manos y retiré la cara.

-Si vuelves a hablar, te mato.

Anduvimos un pasillo extenso flanqueado por varios portones verdes de metal, muy grandes. Tras ellos, se oían máquinas y golpes, como si nos halláramos en el interior de una fábrica. Aquello no estaba relacionado con el banco ni con la policía. Las cloacas del Estado no iban a funcionar por una miserable estafa. Pensé en Yénifer, en los mafiosos que quisieran sacarme más dinero, o atracar mi oficina. No me explicaba el origen de aquella situación y el pánico me poseía por segundos. Me di cuenta de que caminaba con las cejas arqueadas como un niño que busca compasión. Subimos una estrecha escalera de hierro que accedía a otro pasillo con una puerta de madera al fondo. Uno de los tipos que iba delante de mí, llamó y tras él desfilamos a un extenso despacho todo en madera pero sin ventanas, ionizado y cálido; reconocía aquel ambiente, muy parecido, si no el mismo, al que noté cuando me llevaron ante el Director de Recursos Humanos para que me entregase una pluma de acero grabada con el logotipo de la empresa, premio a una década de trabajo.

-Dejadnos solos. –Ordenó un hombre de unos cincuenta años, con un traje azul y el pelo brillante por la gomina, sentado sobre un sillón director de cuero negro. Los esbirros obedecieron silenciosos.- Bien. Tenía ganas de conocerlo en persona. Usted, seguro que está en esa fase durante la que todos intentan racionalizar lo que sucede.

-Oiga, yo creo que es una equivocación. –El tipo alzó el dedo índice y endureció el rostro como señal de mutismo. Así hice.

-Mi nombre es Marcelo Lalandi; soy el dueño de varias empresas, que a usted le sonarán. Sobre todo, *FUNDMA* y *MERCAR* –Claro, Marcelo Lalandi. Caí en la cuenta, uno de los industriales ricos de mi ciudad, pero con el que yo no tenía ninguna conexión ni jamás había trabajado en algún puesto relacionada con él.- Esto lo deja a usted mucho más perplejo y quizás le oculte más de lo que le aclare. –Aquel tipo hablaba como si fuera a venderme un préstamo o algo así.- Ya le digo que usted se encuentra en el periodo de buscar una razón para su, digamos, anómala estancia aquí, pero crea que me debe algo.

-¿Yo? Pero usted se confunde, si yo...

-Sí. Mire al televisor. –La pantalla proyectó muda imágenes de mi episodio con Elisa en su dormitorio. Mis caricias en su pelo, el llanto, mis gestos para desnudarla, los besos en el pie, por el cuello.- ¿Le gusta mi mujer?

-No. –Grité.- Aquí hay una confusión. Yo no hice nada. Ella estaba, bueno, ambos estábamos muy bebidos. –Me repitió la mueca para que callase. Mi garganta se secó como nunca en mi vida; el corazón me bombardeaba el pecho.

-Si vuelve a gritar o interrumpirme, le reviento la cara de un disparo con esta. –Sacó una pistola dorada de algún sitio debajo de la mesa. No se alteró su voz con la amenaza.- Mire. Le soy franco. –Puso un semblante sonriente de gato viejo- A mí, estos devaneos de Elisa, en el fondo, me hacen gracia. Incluso, me excitan. Le confieso que al día siguiente disfruté mucho dándole unas cuantas bofetadas y acostándome con ella. Siempre que no sea en exceso, me parecen adecuados esos gestos de hombría para darle gustillo al matrimonio. Elisa está muy loca y, de vez en cuando, hay que ajustarle las correas. Ya le digo, a mí me da igual, pero no a mis enemigos, ni al servicio que lo oyó todo. Vivimos en una sociedad muy hipócrita.

-Pero mire, si yo, yo no voy a decir nada. –Me atreví a balbucear, casi rogando. Debí darme cuenta de mi falta de saliva; me acercó un vaso de agua. Mi mano temblaba.

-El caso es que quiero darle una oportunidad. –Abrí los ojos.- Soy aficionado al boxeo. Si usted me ofrece un buen combate con mi pupilo “El Pollito”. Lo dejaré marchar tranquilo.

-Pero yo no soy boxeador.

-No le he dicho que venza, sino que pierda con dignidad. Demuéstreme que es usted un hombre y le permitiré que se vaya. Si no, ya puede imaginar una muerte dolorosa a manos de mis ayudantes a quienes ya conoce. ¿Qué me dice? –Se sentó sobre la mesa delante de mí. En la calle, me esperaba la policía; aquí, la muerte, o la lucha contra “El Pollito”.

-Acepto. –Musité.

-Bien. Bravo, mi valiente amigo. –Me dio unos golpecitos de ánimo en la espalda. No se hable más. Vamos a ello.

Bajo la escalera que nos condujo al despacho, se encontraba una puerta también metálica más pequeña que las otras. En procesión, Marcelo marchaba delante, los tres subalternos detrás, y yo en medio. Atravesamos un pasillo corto que desembocó en una nave muy alta, sin ventanas y con un cuadrilátero a ras de suelo en uno de sus lados. Aquel lugar estaba lleno de sacos de boxeo, pesas, cordeles y aparatos gimnásticos. Al fondo, dos hombres gruesos y calvos golpeaban a alguien vestido con chándal azul. Marcelo se acercó hacia quienes se entretenían o entrenaban al púgil que supuse mi contrincante. Detuvieron su ejercicio, y el del chándal se descubrió. Un muchacho con cara de pollo a causa de su nariz pequeña y curva, joven de músculos no muy voluminosos. Marcelo, entre risas, le golpeó el vientre. Se acercaron. Marcelo echó el brazo al chico por el hombro.

-Mira “Pollito” este es tu contrincante.

-Espero que no me lesione, Don Marcelo. –Todos carcajearon, menos yo.

Trajeron un pantalón corto. Me desnudé en la esquina. Hacía mucho frío. Uno de los ayudantes me acompañó al servicio para que orinara, muy importante, según me explicaron. Quise huir. ¿Cómo? Lloré. No podía hacer nada sino continuar por el único camino ante mí abierto. Me ajustaron los guantes y el protector bucal. Jamás me había dado nadie un puñetazo. No imaginaba mi reacción. Con apuros me colé entre las cuerdas. Todos reían. Marcelo se situó en el centro y nos llamó a los contrincantes. Al boxeador y a mí, mejor dicho. “Va a ser un combate corto. Con asaltos de dos minutos. Pollito, este hombre no resistiría más. Y tú, no vayas a dar a mi chico golpes bajos aunque sientas la tentación porque te mato ¿comprendido?” Quise decir “sí” pero salió un resoplido a causa del artilugio sobre los dientes que casi se me cae. Entre risotadas volvieron a encajármelo. Marcelo me miró y con una amplia sonrisa y los brazos en cruz, dijo “ding”. Alcé los puños con coraje y comencé a moverme alrededor del Pollito; un hombre acorralado siempre encarna una fiera peligrosa. Los matones me jalearon; el eco parecía que llenaba la nave de público. El Pollito se limitó a girar y alternar sus puños ante la boca con un sube y baja pausado. Yo, con los míos frente al rostro tan duros como me permitían el grueso de los guantes, no paraba de moverme a su alrededor; clavé mi mirada en sus ojos. Ni siquiera vi el primer puñetazo; mis propias manos me golpearon. El segundo, directo, me tumbó en el suelo sin que reaccionase. Los gritos del jefe sonaban lejos. Alguien me arrojó agua con una manguera que junto al contacto de un cable eléctrico esgrimido con pericia por otro de sus sicarios, me devolvieron crueles hasta la rudeza de los tablones sobre los que sangraba. Marcelo se acuclilló junto a mí.

-Si cualquiera sabe algo de esto imagina el último asalto.

Asentí con la cabeza mientras jadeaba. Me permitieron vestirme y me entregaron el coche. Huí.

FIN